

**Serie: Tratados Teológicos**

# **Organización Eclesiástica**

Un estudio profundo sobre la forma en la que  
Jesús diseñó la estructura organizacional de su  
iglesia para que esta pudiera cumplir  
eficientemente su sagrada misión.



*Federico Salvador Wadsworth*





## 0. Contenido

0.	Contenido .....	2
1.	Introducción General .....	3
2.	Estructura del Tratado Teológico .....	3
3.	Mapa General de Tratados.....	5
4.	Mapa del Tratado .....	6
5.	Propósito del Tratado .....	7
6.	Desarrollo del tema .....	7
6.1.	Introducción.....	7
6.2.	La tarea apostólica.....	7
6.3.	La iglesia local.....	12
6.4.	La necesidad de talentos y dones.....	16
6.5.	La necesidad de más estructura u organización .....	20
6.6.	La organización de la IASD.....	23
6.7.	Autoridad de la iglesia.....	26
6.8.	La delegación de la autoridad .....	30
7.	Material complementario .....	31
7.1.	Un análisis de la organización.....	31
7.1.1.	La organización a mayor nivel .....	31
7.1.2.	La importancia del orden .....	33
7.1.3.	Planeamiento eclesiástico .....	34
7.1.4.	La administración financiera .....	38
7.1.5.	Los negocios de la iglesia.....	41
7.2.	Recursos humanos .....	44
7.2.1.	La gestión del recurso humano.....	44
7.2.2.	La formación de los ministros .....	47
7.2.3.	Competencias .....	50
7.3.	Historia y organización.....	53
7.4.	Estructura y eficiencia .....	66
7.4.1.	La iglesia local y su potencial contribución .....	66
7.4.2.	La estructura superior diseñada por Dios .....	67
7.5.	Los ministerios independientes .....	68



## 1. Introducción General

La búsqueda del conocimiento de Dios y su propósito para el hombre constituye la más apasionante de las aventuras que la mente humana pueda proponerse. El reto de encontrar en el libro sagrado aquel hilo de oro del plan de salvación recompensará al estudioso, que podrá comprender la majestuosidad del esfuerzo de Aquél que **“no escatimó ni a su propio hijo” (Romanos 8: 32)**.

El conjunto de tratados sobre temas bíblicos, del que usted tiene en sus manos uno de los estudios, ha sido preparado para proveer al miembro laico de la Iglesia Adventista del Séptimo Día del conocimiento requerido para enseñar a otros acerca de cómo crecer **“en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3: 18)** así como para **“presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15)**.

El autor es miembro regular de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desde 1977, anciano de iglesia desde 1979, esposo, padre y abuelo, con el gozo de tener a toda su familia en **“la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3)** y que además suscribe totalmente las 28 doctrinas oficiales de la misma.



Reitero que estos tratados han sido preparados para el miembro de Iglesia, por lo que deberá graduar la dosis de conocimiento que deba transmitir a aquellos que se encuentren interesados en conocer a Jesús, a quien el profeta llama el **“Deseado de todas las gentes” (Hageo 2: 7)**.

Por eso, al mismo tiempo, hemos querido también incluir material complementario al estudio bíblico que esperamos le permita ampliar sus actuales conocimientos, así como estar preparado para profundizar en **“cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1: 12)**. Su habilidad para introducir estos subtemas en armonía con los conceptos centrales es clave para favorecer la transferencia del conocimiento que usted y yo nos proponemos.

Dado que el conocimiento de nuestro Dios y sus propósitos estarán, por la obra y gracia del Espíritu Santo, siempre en pleno desarrollo, podrá encontrarse regularmente con actualizaciones de cada tratado (vea la fecha aa.mm.dd que acompaña al nombre del archivo). Estas actualizaciones, por supuesto, también corregirán algunas de las fallas humanas que puedan haber pasado inadvertidas para el autor. Por otro lado, su bien intencionado propósito de ayudarnos a mejorar estos temas será siempre bienvenido.

## 2. Estructura del Tratado Teológico

Al inicio de cada tratado le presentaremos la estructura general del conjunto de estos utilizando un diagrama de bloques numerado, llamado Mapa General de Tratados. Este gráfico (que aparece en la subsiguiente página) le permitirá ver dónde encaja el tratado que tiene en sus manos en relación con los otros temas. Para facilitar su ubicación además de la numeración, este estará marcado en color diferente de los demás. Coleccione los temas, actualícelos y ordénelos en esta secuencia si le parece útil a su propio desarrollo del conocimiento.

Los números en cada bloque establecen simultáneamente el orden de creación de estos tratados y la dependencia lógica también entre ellos. Los bloques del número 70 en adelante representan, a su vez, un conjunto de tratados especiales. Los he agrupado en 6 grandes temas:

- |                               |             |
|-------------------------------|-------------|
| a. Religiones comparadas      | Serie 70.nn |
| b. Cronologías                | Serie 75.nn |
| c. Armonías de los Evangelios | Serie 80.nn |
| d. Genealogías                | Serie 85.nn |
| e. Biografías bíblicas        | Serie 90.nn |
| f. Historia                   | Serie 95.nn |

La lectura de estos temas le dará el marco referencial para entender los tratados más temáticos. Estos otros temas tienen su propia estructura que guardará relación con la aquí mencionada.

Luego del diagrama del conjunto, encontrará usted un diagrama de bloques del estudio propiamente dicho, llamado Mapa del Tratado, donde podrá notar lo siguiente:

- Cada bloque del diagrama indica el versículo o versículos de referencia en la parte inferior y una breve frase que corresponde con la lógica de su inclusión en el tema.



- b. Notará que hay algunos bloques, con versículos de color diferente, que hacen referencia a parábolas que ayudan a entender el tema central.
- c. Otros bloques, que no contienen versículos, exponen asuntos que podría usted tocar cuando presente el estudio; asuntos que poseen un trasfondo histórico, geográfico, científico, técnico, entre otros. Usted encontrará en este estudio alguna información que le ayudará a exponer sobre estos conceptos.
- d. Estos dos tipos de bloques no necesariamente están incluidos en todos los estudios.
- e. Las flechas indican la secuencia lógica en la que el autor piensa que estos temas deben ser presentados. La secuencia está establecida de izquierda a derecha y de arriba a abajo. Sin embargo, su propia iniciativa y conocimiento de las necesidades de sus oyentes le pueden marcar una ruta diferente. Déjese guiar en oración por Aquél que no puede errar.

Al finalizar esta fase gráfica usted encontrará el estudio en detalle, que seguirá hasta donde sea posible, la estructura del diagrama de bloques. Algunos materiales complementarios al estudio se incluirán al final. Le recomiendo que los lea con anticipación para encontrar el momento exacto para incluirlos en su exposición.

Hasta donde me ha sido posible he presentado la fuente de algunos de estos temas para que pueda extender su comprensión revisándolos. No pretendo conocer todo lo que estas fuentes tratan sobre el tema, por lo que lo aliento a profundizar y comentarme cómo mejorar este contenido. He incluido algunas imágenes halladas en Internet para hacer más amena su lectura, espero le agraden.

La fase escrita del estudio contendrá:

- a. Acápites por los subtemas principales.
  - b. Citas Bíblicas (en color rojo).
  - c. Citas del Espíritu de Profecía (en color verde).
  - d. Citas de libros o artículos de diversos autores, destinadas a ampliar su conocimiento sobre el tema (en color azul).
  - e. Comentarios de las citas mencionadas; en algunos casos estos se presentarán antes de la cita, como anticipando la declaración, mientras que en otras se ubicarán después como confirmación del concepto que se sostiene (en color negro).
  - f. Mapas, cronogramas, genealogías y otros diagramas cuando corresponda a la exposición del tema.
  - g. Material complementario agrupado en un acápite que ayuda a comprender algunos de los aspectos que podrían surgir al tratar el tema central con otras personas. No todos los temas contienen necesariamente este material.

Cuando no se indique lo contrario las citas de la Santa Biblia corresponden a la versión Reina-Valera 1960, mi favorita. Alguna vez incluiré otras versiones para comparar o ampliar la comprensión de un texto.

Cuando usted desarrolle un estudio bíblico sobre este tema con personas que no pertenecen a la Iglesia le recomiendo que use la sección correspondiente al estudio (con los versos incluidos en el diagrama de bloques) sin presentar las declaraciones del Espíritu de Profecía. Comente los materiales complementarios conforme surjan en la exposición, así como en la fase de preguntas y respuestas.

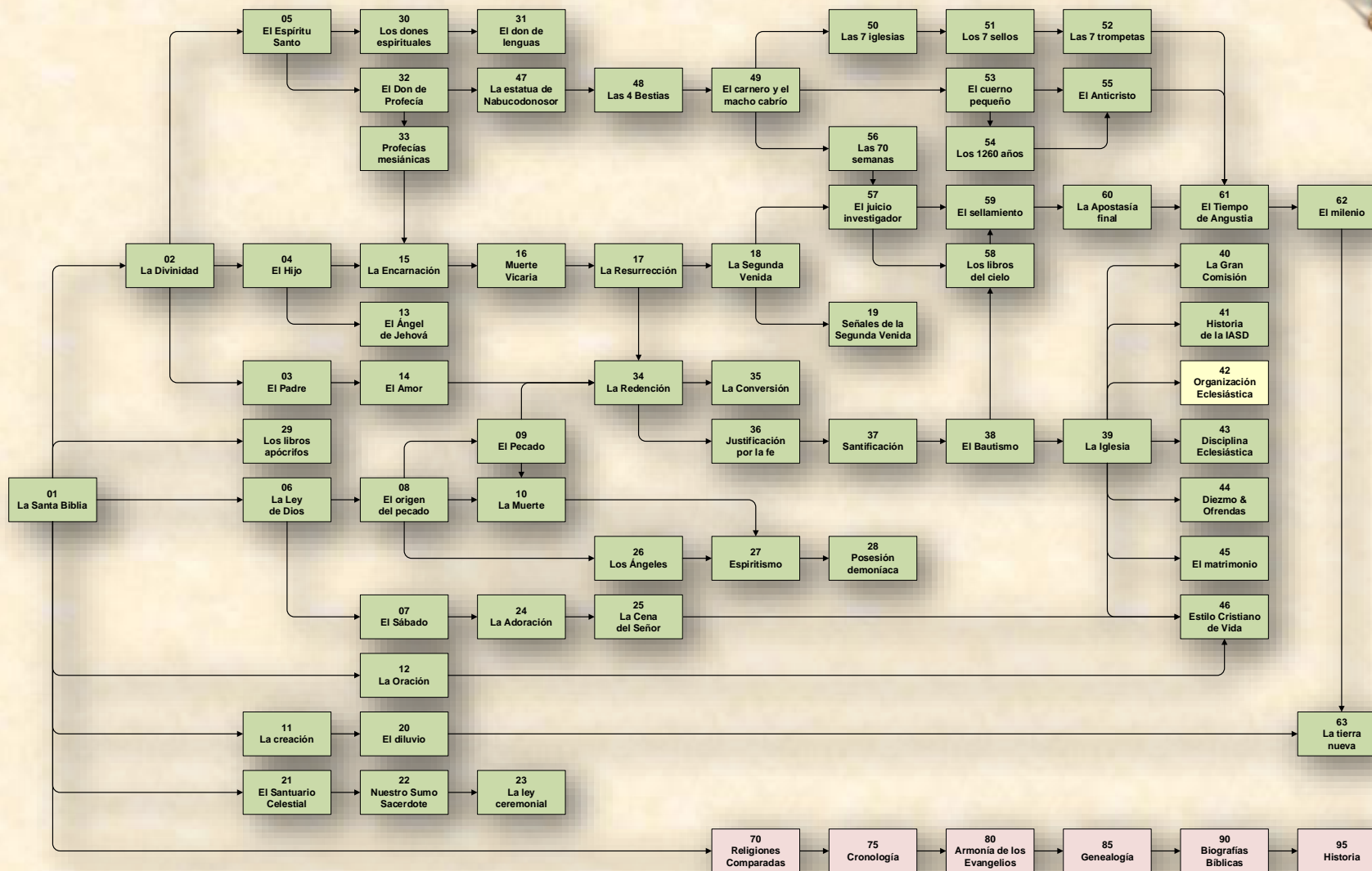
He preparado también un archivo que incluye todos los diagramas de bloques de los tratados de manera que le sirvan de ayudamemoria cuando presente el tema. También he creado un archivo con una copia de todos los contenidos de los tratados de manera que pueda revisarlos sin abrir cada uno de los documentos, en caso esté buscando un subtema específico.

Permítame, como hasta ahora, que durante el estudio me dirija a usted en forma personal. Creo que así es como nuestro Salvador hablaba con aquellos a quienes amaba y deseaba salvar. Seguramente usted hará lo propio con aquellos que le escuchan con este propósito.

Este es un material gratuito que seguramente ha llegado hasta usted por alguien que lo aprecia y desea que conozca aún más a Jesús y su maravilloso plan de salvación. Difúndalo de la misma manera, ya que “de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10: 8).

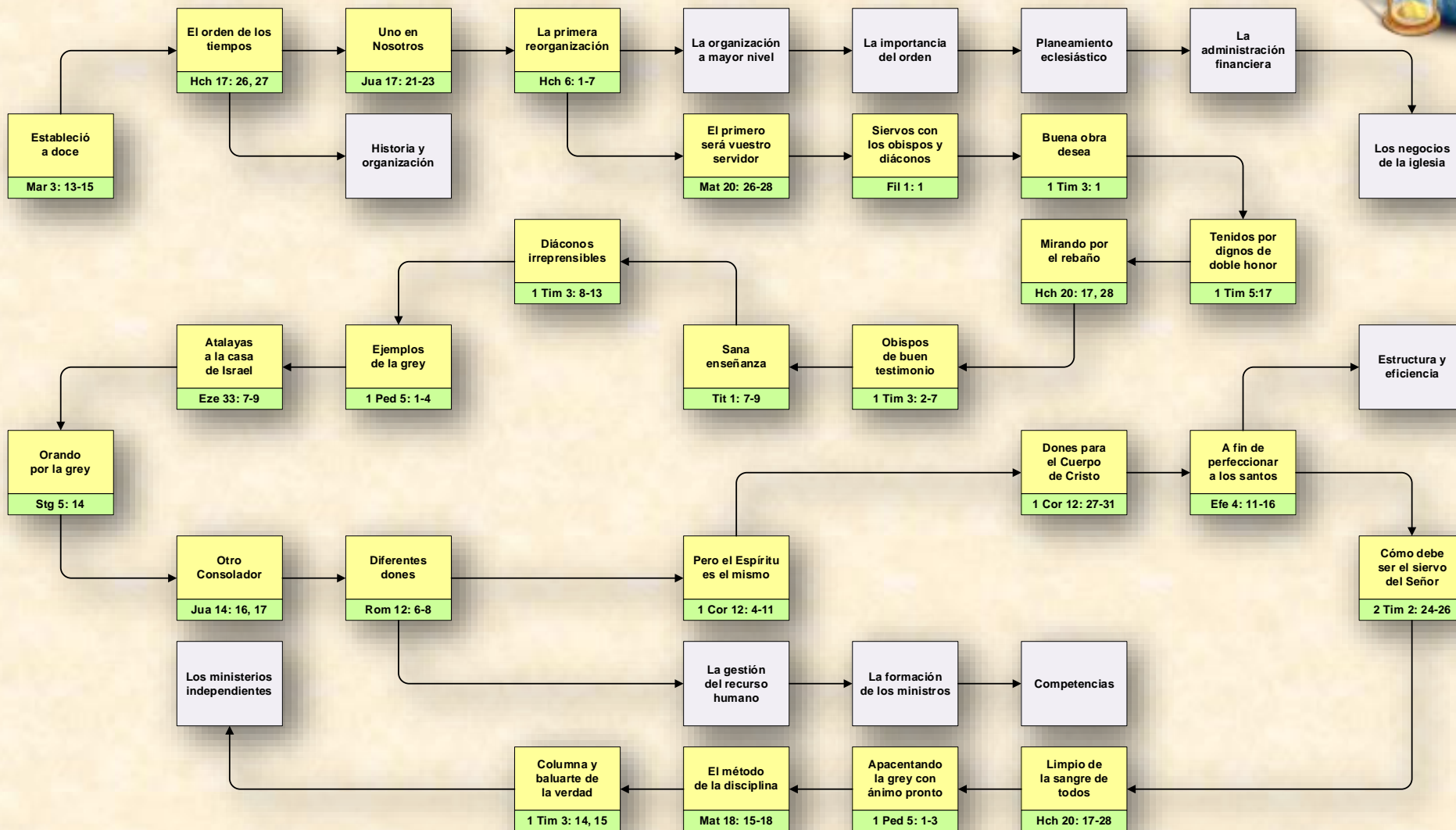


### 3. Mapa General de Tratados





#### 4. Mapa del Tratado





## 5. Propósito del Tratado

El propósito del tratado es el siguiente:

- a. Complementar el estudio de la iglesia y su misión.
- b. Definir la estructura de autoridad en la administración de la iglesia.
- c. Diferenciar la autoridad administrativa de la doctrinal.
- d. Entender el enfoque y propósito del liderazgo en la iglesia.
- e. Analizar los principios de administración que deben darse en la iglesia actual.
- f. Comprender la importancia de la planificación en la gestión de la iglesia local y en los niveles superiores.
- g. Estudiar el efecto de las tendencias y movimientos actuales del mundo en la gestión de la iglesia.
- h. Presentar la demanda de reorganización que el ambiente actual parece imponer a una iglesia con una gran y abarcante misión

## 6. Desarrollo del tema

### 6.1. Introducción

Toda organización requiere una estructura para funcionar de manera óptima. Esta organización debe ser capaz de definir los procesos más importantes, asignar las responsabilidades individuales y grupales, así como establecer los parámetros bajo los cuales debería funcionar y también establecer formas de medir su eficiencia. Si esto es aplicable y clave para todas las organizaciones es aún más importante para la iglesia que tiene que alcanzar al mundo con un mensaje urgente de salvación. En particular en estos tiempos (con la dimensión de las operaciones de la Iglesia, no solamente en el campo directo de la predicación del mensaje, sino tomando en cuenta las múltiples instituciones que acompañan al esfuerzo misionero, tales como universidades, escuelas, colegios, casas publicadoras, hospitales y otros negocios de la Iglesia, Incluyendo todo el sistema logístico que esto implica), la importancia de este tema se hace aún mayor.

Un aspecto que establece una aún mayor necesidad de analizar la organización eclesiástica es el hecho de los grandes cambios que han ocurrido en el mundo en los últimos años. Por otro lado, debemos entender que Dios debe dirigir a su iglesia en los cambios y reajustes de la organización que Él mismo creó. Por esta razón es importante analizar los principios que Dios estableció para la gestión de la Iglesia e intentar que estos principios se mantengan incólumes mientras cambian las formas.

Debe entenderse también que, un cambio en la organización implica también cambios en las competencias que deben poseer quienes la administren en el futuro. Es interesante notar que juntamente con la responsabilidad de administrar Su iglesia Dios dotó a la misma de los talentos y capacidades que ella requería a través de los dones espirituales. Si bien la Palabra del Señor no nos dice cómo administrar la iglesia en el Siglo XXI, ella nos da suficiente información para que podamos diseñar esta administración de la manera más eficiente posible, con la menor necesidad de consumo de recursos y con la mayor eficacia para cumplir la misión.

### 6.2. La tarea apostólica

La organización inicial de la Iglesia fue diseñada por Jesús. Dentro de sus muchos seguidores Jesús eligió a 12 para que fueran sus apóstoles, es decir, aquellos que serían enviados para difundir el mensaje de salvación. Aunque esta organización era evidentemente temporal, esto sería también el núcleo base sobre el cual se desarrollaría la organización de la Iglesia primitiva. Un principio que queda evidente en esta organización es que la selección de estos hombres no se basaba en el nivel educativo que ellos tenían, sino en la relación espiritual que tenían con su Maestro. Seguían a Jesús y trataban de imitarlo en todo aquello que Él les enseñaba. También queda muy claro el propósito de predicar el mensaje de salvación, por lo tanto, la razón la existencia de esta pequeña organización quedaba clara, dar el mensaje a todo el mundo. Podemos también afirmar que esta organización debería cambiar conforme avanzara la obra de predicación, el mundo se hiciera más complejo y hubiera más recursos que administrar.

Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios:

**Marcos 3: 13-15**

Para continuar su obra, Cristo no escogió la erudición o la elocuencia del Sanedrín judío o el poder de Roma. Pasando por alto a los maestros judíos que se consideraban justos, el Artífice Maestro escogió a hombres humildes y sin letras para proclamar las verdades que habían de llevarse al mundo. A esos hombres se propuso prepararlos y educarlos como directores de su iglesia. Ellos

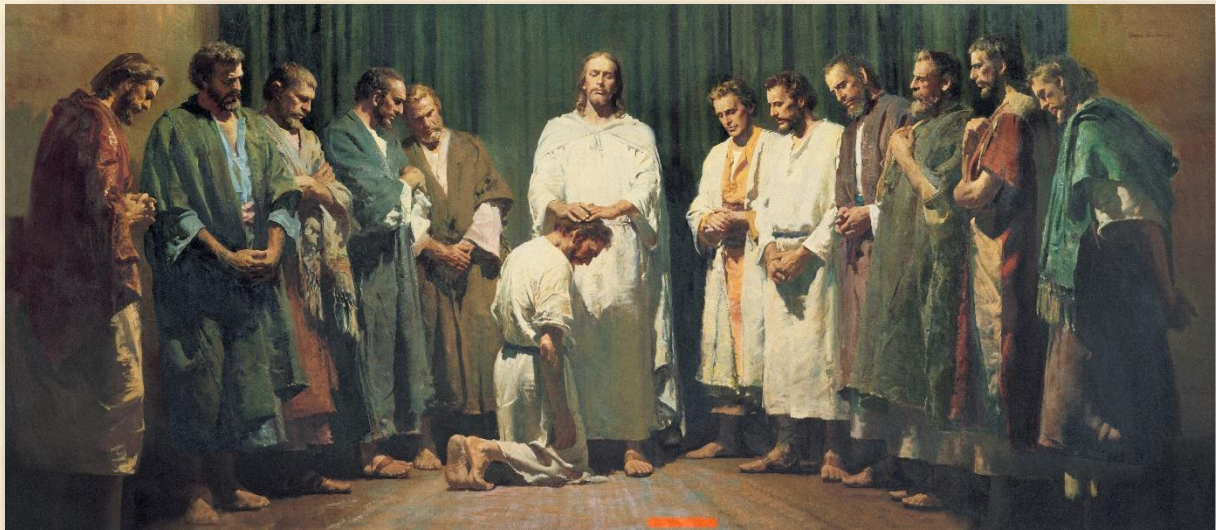


a su vez habían de educar a otros, y enviarlos con el mensaje evangélico. Para que pudieran tener éxito en su trabajo, iban a ser dotados con el poder del Espíritu Santo. El Evangelio no había de ser proclamado por el poder ni la sabiduría de los hombres, sino por el poder de Dios.

Durante tres años y medio, los discípulos estuvieron bajo la instrucción del mayor Maestro que el mundo conoció alguna vez. Mediante el trato y la asociación personales, Cristo los preparó para su servicio. Día tras día caminaban y hablaban con él, oían sus palabras de aliento a los cansados y cargados, y veían la manifestación de su poder en favor de los enfermos y afligidos. Algunas veces les enseñaba, sentado entre ellos en la ladera de la montaña; algunas veces junto a la mar, o andando por el camino, les revelaba los misterios del reino de Dios. Dondequiera hubiese corazones abiertos a la recepción del mensaje divino, exponía las verdades del camino de la salvación. No ordenaba a los discípulos que hiciesen esto o aquello, sino que decía: “**seguidme**”. En sus viajes por el campo y las ciudades, los llevaba consigo, para que pudiesen ver cómo enseñaba a la gente. Viajaban con él de lugar en lugar. Compartían sus frugales comidas, y como él, algunas veces tenían hambre y a menudo estaban cansados. En las calles atestadas, en la ribera del lago, en el desierto solitario, estaban con él. Le veían en cada fase de la vida.

Al ordenar a los doce, se dio el primer paso en la organización de la iglesia que después de la partida de Cristo habría de continuar su obra en la tierra. Respecto a esta ordenación, el relato dice: “y subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”. **Marcos 3: 13, 14.**

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 15, 16**



Los discípulos debían entender, que, a pesar de sus diferencias individuales, debían estar unidos en la misión que se les encargaba. Deberían considerar a todos los hombres, sin distinción de raza, educación, o nivel socioeconómico, como objetivo de su enseñanza. Ellos sabrían que al hacerlo estaban cumpliendo un objetivo del más alto nivel y que el gran amor de Dios los sostendría. No bastarían para ello, sus habilidades; deberían ser guiados por el Espíritu Santo para que la meta pudiera ser alcanzada.

Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

**Hechos 17: 26, 27**

Así Cristo trataba de enseñar a sus discípulos la verdad de que en el reino de Dios no hay fronteras nacionales, ni castas, ni aristocracia; que ellos debían ir a todas las naciones, llevándoles el mensaje del amor del Salvador. Pero sólo más tarde comprendieron ellos en toda su plenitud que Dios “de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitasen sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos; para que buscasen a Dios, si en alguna manera, palpando, le hallen; aunque cierto no está lejos de cada uno de nosotros”. **Hechos 17: 26, 27.**

En estos primeros discípulos había notable diversidad. Habían de ser los maestros del mundo, y representaban muy variados tipos de carácter. A fin de realizar con éxito la obra a la cual





habían sido llamados, estos hombres, de diferentes características naturales y hábitos de vida, necesitaban unirse en sentimiento, pensamiento y acción. Cristo se propuso conseguir esta unidad. Con ese fin trató de unirlos con él mismo. La mayor preocupación de su trabajo en favor de ellos se expresa en la oración que dirigió a su Padre: “para que todos sean una cosa; como tú, oh, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa”; “y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado”. **Juan 17: 21, 23**. Su constante oración por ellos era que pudiesen ser santificados por la verdad; y oraba con seguridad, sabiendo que un decreto todopoderoso había sido dado antes que el mundo fuese. Sabía que el Evangelio del reino debía ser predicado en testimonio a todas las naciones; sabía que la verdad revestida con la omnipotencia del Espíritu Santo habría de vencer en la batalla contra el mal, y que la bandera teñida de sangre flamearía un día triunfalmente sobre sus seguidores.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 17, 18**

para que todos sean uno; como tú, oh, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.

**Juan 17: 21-23**

Cuando el ministerio terrenal de Cristo estaba por terminar, y él comprendía que debía dejar pronto a sus discípulos para que continuaran la obra sin su superintendencia personal, trató de animarlos y prepararlos para lo futuro. No los engañó con falsas esperanzas. Como en un libro abierto leía lo que iba a suceder. Sabía que estaba por separarse de ellos y dejarlos como ovejas entre lobos. Sabía que iban a sufrir persecución, que iban a ser expulsados de las sinagogas y encarcelados. Sabía que, por testificar de él como el Mesías, algunos de ellos serían muertos, y les dijo algo de esto. Al hablarles del futuro de ellos, lo hacía en forma clara y definida, para que en sus pruebas venideras pudieran recordar sus palabras y ser fortalecidos creyendo en él como el Redentor.

Les habló también palabras de esperanza y valor. “No se turbe vuestro corazón—dijo:—creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiera dicho: voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde yo voy; y sabéis el camino”. **Juan 14: 1-4**. Por amor a vosotros he venido al mundo, por vosotros he trabajado. Cuando me vaya, todavía trabajaré fervientemente por vosotros. Vine al mundo para revelarles a vosotros, para que pudierais creer. Voy a mi Padre y a vuestro Padre para cooperar con él en favor vuestro.

“De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará; porque yo voy al Padre”. **Juan 14: 12**. Con esto Cristo no quiso decir que los discípulos habrían de realizar obras más elevadas que las que él había hecho, sino que su trabajo tendría mayor amplitud. No se refirió meramente a la realización de milagros, sino a todo lo que sucedería bajo la acción del Espíritu Santo. “Cuando viniere el Consolador—dijo él,—el cual yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio”. **Juan 15: 26, 27**.

Estas palabras se cumplieron maravillosamente. Después del descenso del Espíritu Santo, los discípulos estaban tan llenos de amor hacia Cristo y hacia aquellos por quienes él murió, que los corazones se conmovían por las palabras que hablaban y las oraciones que ofrecían. Hablaban con el poder del Espíritu; y bajo la influencia de ese poder miles se convirtieron.

Como representantes de Cristo, los apóstoles iban a hacer una impresión definida en el mundo. El hecho de que eran hombres humildes no disminuiría su influencia, sino que la acrecentaría; porque las mentes de sus oyentes se dirigirían de ellos al Salvador, que, aunque invisible, seguía obrando todavía con ellos. La maravillosa enseñanza de los apóstoles, sus palabras de valor y confianza darían a todos la seguridad de que no obraban ellos por su propio poder, sino por el poder de Cristo. Al humillarse a sí mismos, declararían que Aquel a quien los judíos habían crucificado era el Príncipe de la vida, el Hijo del Dios vivo, y que en su nombre hacían las obras que él había hecho.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 18, 19**

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos el día de Pentecostés, y recibieron el poder que se les había prometido, su mensaje alcanzó a miles de personas con gran rapidez. Esto creó una rápida necesidad de reorganización en la iglesia primitiva. Los apóstoles notaron que estaban desbordados en las tareas diarias y algunos de los aspectos del cuidado de la grey quedaban lamentablemente desatendidos. Los primeros problemas ocurrieron cuando se presentaron quejas por discriminación entre las viudas



griegas y las hebreas en la distribución de alimentos. Esta situación podría haber afectado la unidad de la Iglesia y era necesario tomar una rápida acción para corregirla. Los apóstoles seguramente se reunieron y trajeron a la congregación una solución que fue pronto aceptada.



En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: no es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra. Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos. Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.

**Hechos 6: 1-7**

“En aquellos días, habiéndose multiplicado el número de los discípulos, hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos, de que sus viudas eran descuidadas en la administración diaria”. **Hechos 6: 1 VM.**

En la iglesia primitiva había gente de diversas clases sociales y distintas nacionalidades. Cuando vino el Espíritu Santo en Pentecostés, “moraban entonces en Jerusalem Judíos, varones religiosos, de todas las naciones debajo del cielo”. **Hechos 2: 5.** Entre los de la fe hebrea reunidos en Jerusalén había también algunos que eran conocidos generalmente como helenistas, cuya desconfianza y aun enemistad con los judíos de Palestina databan de largo tiempo.

Los que se habían convertido por la labor de los apóstoles estaban afectuosamente unidos por el amor cristiano. A pesar de sus anteriores prejuicios, hallábanse en recíproca concordia. Sabía Satanás que mientras durase aquella unión no podría impedir el progreso de la verdad evangélica, y procuró prevalerse de los antiguos modos de pensar, con la esperanza de introducir así en la iglesia elementos de discordia.

Sucedió que, habiendo crecido el número de discípulos, logró Satanás despertar las sospechas de algunos que anteriormente habían tenido la costumbre de mirar con envidia a sus correligionarios y de señalar faltas en sus jefes espirituales. Así “hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos”. El motivo de la queja fué un supuesto descuido de las viudas griegas en el reparto diario de socorros. Toda desigualdad habría sido contraria al espíritu del Evangelio; pero Satanás había logrado provocar recelos. Por lo tanto, era indispensable tomar medidas inmediatas que quitasen todo motivo de descontento, so pena de que el enemigo triunfara en sus esfuerzos y determinase una división entre los fieles.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 72, 73**

La selección de los 7 diáconos resolvió el problema y dejó en claro una cosa más, quienes se incorporarán a la gestión de la Iglesia deberían poseer también los dones espirituales de los fundadores, aunque dones de diferente tipo, estos debieran contribuir a la edificación de la Iglesia. Por otro lado, es evidente que al aumentar la feligresía sería necesario también aumentar a aquellos que pudieran cuidar de la Iglesia mientras los apóstoles continuaban abriendo la obra en nuevos lugares. Por supuesto la tarea de predicar el mensaje no podría limitarse únicamente a los apóstoles, sino que surgirían nuevos predicadores y evangelistas que permitirían llegar a más lugares, por lo que el número de los apóstoles (enviados) debería ser cada vez mayor. Aunque los apóstoles originales seguirían ocupando un lugar preponderante en la organización de la Iglesia, se hacía cada vez más evidente la necesidad de delegar la responsabilidad y la autoridad para la administración de las iglesias locales.

Los discípulos de Jesús habían llegado a una crisis. Bajo la sabia dirección de los apóstoles, que habían trabajado unidos en el poder del Espíritu Santo, la obra encomendada a los mensajeros del Evangelio se había desarrollado rápidamente. La iglesia estaba ensanchándose de continuo, y



este aumento de miembros acrecentaba las pesadas cargas de los que ocupaban puestos de responsabilidad. Ningún hombre, ni grupo de hombres, podría continuar llevando esas cargas solo, sin poner en peligro la futura prosperidad de la iglesia. Se necesitaba una distribución adicional de las responsabilidades que habían sido llevadas tan fielmente por unos pocos durante los primeros días de la iglesia. Los apóstoles debían dar ahora un paso importante en el perfeccionamiento del orden evangélico en la iglesia, colocando sobre otros algunas de las cargas llevadas hasta ahora por ellos.

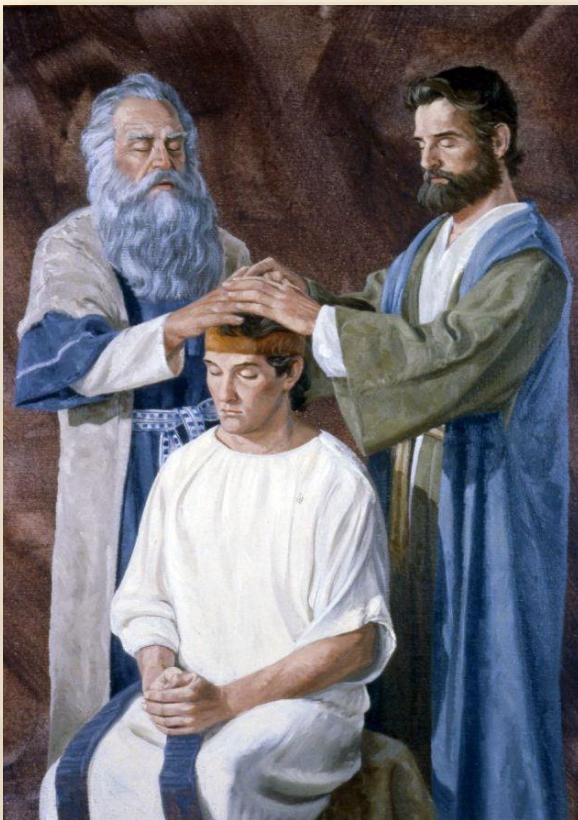
Los apóstoles reunieron a los fieles en asamblea, e inspirados por el Espíritu Santo, expusieron un plan para la mejor organización de todas las fuerzas vivas de la iglesia. Dijeron los apóstoles que había llegado el tiempo en que los jefes espirituales debían ser relevados de la tarea de socorrer directamente a los pobres, y de cargas semejantes, pues debían quedar libres para proseguir con la obra de predicar el Evangelio. Así que dijeron: “buscad pues, hermanos, siete varones de vosotros de buen testimonio, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, los cuales pongamos en esta obra. Y nosotros persistiremos en la oración, y en el ministerio de la palabra”. Siguieron los fieles este consejo, y por oración e imposición de manos fueron escogidos solemnemente siete hombres para el oficio de diáconos.

El nombramiento de los siete para tomar a su cargo determinada modalidad de trabajo fue muy beneficioso a la iglesia. Estos oficiales cuidaban especialmente de las necesidades de los miembros, así como de los intereses económicos de la iglesia; y con su prudente administración y piadoso ejemplo, prestaban importante ayuda a sus colegas para armonizar en unidad de conjunto los diversos intereses de la iglesia.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 73, 74**

Respecto a la organización de la iglesia primitiva, los escritos del Nuevo Testamento no proporcionan tantos detalles como quisiéramos; sin embargo, proveen datos sólidos e importantes sobre el tema.

Pareciera evidente, por lo que se lee en los evangelios, que en vista de que Jesús tenía la intención de crear una comunidad visible, les impartió a sus seguidores algunas instrucciones formales acerca de la nueva organización. Muy pronto, después de su ascensión, apareció un cuerpo bien definido de discípulos dirigidos por los apóstoles (**Hechos 1: 13-15; 2: 14**), con un sentido claro de misión (**Hechos 2: 37-41**) y mostrando firmes indicios de crecimiento (versículos **41; 4: 4; 6: 7**). Luego surgen los apóstoles como líderes y maestros de la comunidad (**Hechos 2: 37, 42; 3: 1; 5: 1-3**).



Con el correr del tiempo, el aumento en el número de los discípulos y la intensidad del sentido de misión (**Hechos 6: 1-3**) incentivó a los apóstoles a delegar algunas de sus funciones en siete creyentes que los ayudaran en el ministerio (versículos **4-6**). “Y crecía la Palabra del Señor” (versículo **7**). Luego la persecución dio como resultado la expansión de la iglesia a otras partes de Palestina y más allá (**6: 8-8: 4**). En “Fenicia, Chipre y Antioquía” un “gran número creyó y se convirtió al Señor” (**Hechos 11: 19-21**), estableciéndose iglesias como la de Antioquía (versículo **26**). Enviados por el Espíritu Santo y la iglesia de Antioquía, la misión de Pablo y Bernabé llevó a la fundación de un gran número de otras iglesias locales, cada una de las cuales recibió la ayuda de ancianos asignados por estos últimos, aunque probablemente escogidos por los creyentes locales, como en el caso de los siete a quienes se hace referencia en **Hechos (14: 23; 6: 3)**. Ancianos como éstos ya estaban en función en Jerusalén, tal como se lee en **Hechos 11: 30**.

El reconocimiento del liderazgo de los apóstoles era inequívoco. En el sentido más restringido de esta palabra, los apóstoles fueron los Doce designados por Jesús (**Mateo 10: 1-4**), Matías (que reemplazó a Judas) y Pablo; aunque en un sentido más amplio también se aplica a Bernabé (**Hechos 14: 1-4, 14**), a Santiago



(**Gálatas 2: 9, NBE**), y a Andrónico y a Junias (**Romanos 16: 7**). En la organización en desarrollo que era la iglesia, los Doce y también Pablo, por haber visto al Señor resucitado y haber sido comisionados personalmente por él, ocupan una posición singular de autoridad. Junto con los profetas son el cimiento sobre el cual se edifica la iglesia, siendo Jesús la piedra angular (**Efesios 2: 20**). Como fundamento de la iglesia no tienen sucesores. Fueron los líderes y maestros naturales de la comunidad cristiana.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 622**

### 6.3. La iglesia local

Los apóstoles habían aprendido de Jesús que quienes desearan el más alto cargo dentro de una organización deberían ser los servidores de todos. Contrariamente a lo que el mundo enseña, la doctrina de Jesús es que, la verdadera grandeza se alcanza en el servicio. Si Jesús, siendo la majestad de las alturas, vino a este mundo para servirnos, qué otra cosa sino servir podemos hacer sus seguidores. Por eso, no es extraño encontrar que en las Sagradas Escrituras el apóstol Pablo, entre otros, se llama a sí mismo siervo de Jesucristo.

Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

**Mateo 20: 26-28**

Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos:

**Filipenses 1: 1**

En su vida y lecciones Cristo dio una perfecta ejemplificación del ministerio abnegado que tiene su origen en Dios. Dios no vive para sí. Al crear el mundo y al sostener todas las cosas, está ministrando constantemente a otros. "Hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos". **Mateo 5: 45**. El Padre encomendó al Hijo este ideal de ministerio. Jesús fué dado para que permaneciera a la cabeza de la humanidad, y enseñara por su ejemplo qué significa ministrar. Toda su vida estuvo bajo la ley del servicio. Él servía a todos, ministraba a todos.

Veza tras veza, Jesús trató de establecer este principio entre sus discípulos. Cuando Santiago y Juan le pidieron la preeminencia, les dijo: "mas entre vosotros no será así; sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor; y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo: como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos". **Mateo 20: 26-28**.

Desde su ascensión, Cristo ha llevado adelante su obra en la tierra mediante embajadores escogidos, por medio de quienes habla aún a los hijos de los hombres y ministra sus necesidades. El que es la gran Cabeza de la iglesia dirige su obra mediante hombres ordenados por Dios para que actúen como sus representantes.

La posición de aquellos que han sido llamados por Dios para trabajar en palabra y en doctrina para la edificación de su iglesia, es de grave responsabilidad. En lugar de Cristo han de suplicar a los hombres y mujeres que se reconcilien con Dios; y pueden cumplir su misión solamente en la medida en que reciban sabiduría y poder de lo alto.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 289, 290**

Por lo tanto, quienes deseen ocupar un cargo en la iglesia deben tener el espíritu de servicio. Al mismo tiempo deben poseer el deseo de servir y honrar al Señor. Algunas personas llegan a pensar, sin razón alguna, que anhelar una posición en la iglesia es incorrecto. Por el contrario, Pablo señala que "si alguno anhela obispado, buena obra desea".

Palabra fiel: si alguno anhela obispado, buena obra desea.

**1 Timoteo 3: 1**

El ministro que es colaborador de Cristo tendrá un profundo sentido de la santidad de su trabajo, y de la ardua labor y el sacrificio requeridos para realizarlo con éxito. No estudia su propia comodidad o conveniencia. Se olvida de sí mismo. En su búsqueda de las ovejas perdidas, no siente que él mismo está cansado, con frío y hambre. No tiene sino un objeto en vista: la salvación de los perdidos.

El que sirve bajo el estandarte manchado de sangre de Emmanuel, tiene una tarea que requerirá esfuerzo heroico y paciente perseverancia. Pero el soldado de la cruz permanece sin retroceder en la primera línea de la batalla. Cuando el enemigo lo presiona con sus ataques, se torna



a la fortaleza por ayuda, y mientras presenta al Señor las promesas de la Palabra, se fortalece para los deberes de la hora. Comprende su necesidad de fuerza de lo alto. Las victorias que obtiene no le inducen a la exaltación propia, sino a depender más y más completamente del Poderoso. Confiando en ese Poder, es capacitado para presentar el mensaje de salvación tan vigorosamente que vibre en otras mentes.

El que enseña la Palabra debe vivir en concienzuda y frecuente comunión con Dios por la oración y el estudio de su Palabra; porque ésta es la fuente de la fortaleza. La comunión con Dios impartirá a los esfuerzos del ministro un poder mayor que la influencia de su predicación. No debe privarse de ese poder. Con un fervor que no pueda ser rechazado, debe suplicar a Dios que lo fortalezca para el deber y la prueba, que toque sus labios con el fuego vivo. A menudo los embajadores de Cristo se aferran demasiado débilmente a las realidades eternas. Si los hombres quisieren caminar con Dios, él los esconderá en la hendidura de la Roca. Escondidos así, podrán ver a Dios, así como Moisés le vio. Por el poder y la luz que él imparte podrán comprender y realizar más de lo que su finito juicio considera posible.

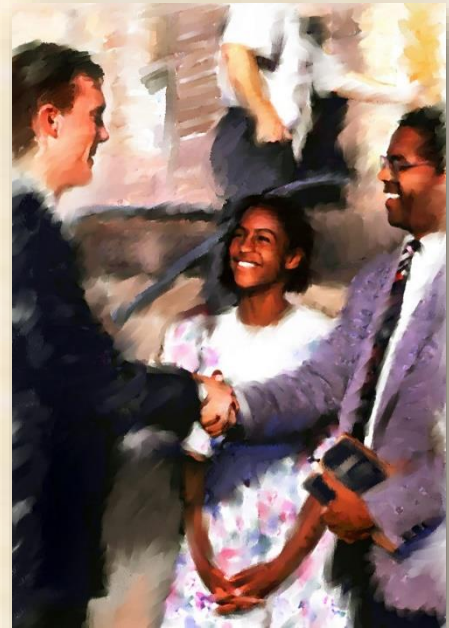
**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 291, 292**

He sido anciano de iglesia por más de 40 años, un cargo que he desempeñado siempre con un espíritu de gratitud al Señor, y aunque no ha estado exento de momentos tristes, estaría dispuesto a hacerlo hasta que las fuerzas me acompañen. Alguien podría tener el derecho a pensar que la cita siguiente la hago por interés, pensando en mi experiencia, pero creo que es correcto que los miembros de iglesia retribuyan con su agradecimiento a quienes les sirven por amor al Señor, no solamente en la posición de anciano, sino en todas las tareas que la administración de la Iglesia requiere.

Los ancianos que gobiernan bien sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.

**1 Timoteo 5: 17**

En los primeros años de la Iglesia apostólica, la responsabilidad en la iglesia local fue colocada sobre los hombros de los ancianos y diáconos. La Santa Biblia llama a los ancianos con diferentes nombres, tales como presbíteros y obispos (ver los versos siguientes), pero todos ellos tienen un significado semejante. Ellos desarrollaban tareas espirituales y de supervisión, además de la atención personalizada de la grey, y evidentemente poseían autoridad sobre la congregación. No es posible poseer responsabilidad sin la correspondiente autoridad. Es cierto que su autoridad estaba limitada a la iglesia local y que los grandes temas de desarrollo de iglesia debían ser tratados junto con los apóstoles a un nivel más elevado.



Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia.

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.

**Hechos 20: 17, 28**

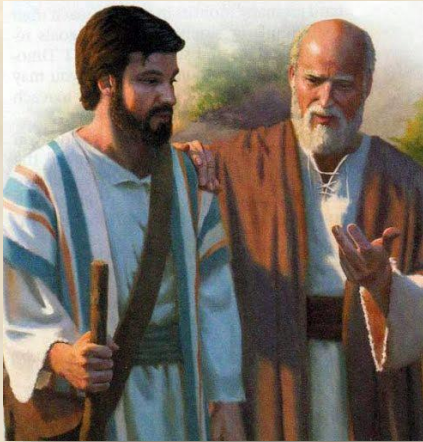
Al mismo tiempo que los apóstoles ejercían lo que podría describirse como un ministerio general y global, parece que los diáconos y ancianos llevaban a cabo el suyo en el ámbito local. Los ancianos o presbíteros, también conocidos como obispos o supervisores (estos vocablos son intercambiables en el Nuevo Testamento; **Hechos 20: 17, 28; Tito 1: 5, 7; cf. 1 Pedro 5: 2**), realizaban tareas principalmente espirituales y de supervisión (**Hechos 20: 17-28; 1 Pedro 5: 1-3; Santiago 5: 14**). Trabajaban entre los demás creyentes y presidían "[sobre ellos] en el Señor" (**1 Tesalonicenses. 5: 12**); tenían una definida posición de liderazgo. Su papel permanente se reconoce a juzgar por la lista de cualidades necesarias para llegar a ser dirigentes, registrada en **1 Timoteo 3: 1-7** y **Tito 1: 7-9**. Lo mismo puede decirse de los diáconos, cuya obra pareciera haber sido espiritual, además de cuidar de los negocios temporales de la iglesia (**Hechos 6: 1-6, 8-14; 8: 4-13, 26-40; 1 Timoteo 3: 8-13**).

Es decir, las funciones de liderazgo en las fases más tempranas de la historia de la iglesia estuvieron fundamentalmente en manos de los apóstoles. A medida que la iglesia crecía, la necesidad de un gobierno, de instrucción y disciplina, hizo que algunas de las funciones del



ministerio de los apóstoles fueran asumidas por miembros locales que ejercían los dones recibidos de Dios. Se estaba desarrollando una organización razonablemente estructurada. Muchas de las tareas administrativas en las iglesias locales estaban a cargo de las mismas congregaciones, mientras que las cuestiones difíciles que surgían a causa del gran crecimiento de la iglesia se discutían en asambleas más grandes (cf. **Hechos 15: 1-6**).

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 622, 623**



Aquellos que fueran nombrados ancianos y diáconos debían ser hombres de buen testimonio tanto en sus familias como en la iglesia. Cuando el apóstol Pablo escribe a Timoteo expone con precisión las características de los ancianos y diáconos, y hace lo propio también con Tito. En ambos casos el aspecto espiritual de la vida de estos hombres es lo que prima en la selección de los candidatos. No solamente se toma en cuenta al propio anciano o diácono sino también el comportamiento de sus familias, pues esto último es un testimonio de su forma de vida, así como de la posesión de los dones espirituales o carismáticos que serían necesarios.

Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?); no un neófito, no sea que

envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.

**1 Timoteo 3: 2-7**

Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.

**Tito 1: 7-9**

Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia. Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables. Las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo. Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas. Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

**1 Timoteo 3: 8-13**

Aunque ya he comentado ampliamente este tema en el tratado sobre los dones espirituales es importante establecer la relación entre estos y la administración de la Iglesia (ampliaremos en el siguiente acápite). Quisiera que note que algunos de los dones mencionados están relacionados con funciones dentro de la Iglesia que, además de ser realizadas por los apóstoles, ancianos y diáconos, podían ser encomendadas a otros, cómo pastores, evangelistas, y maestros. Demás está mencionar que el don de profecía no era una función asignable, sino que dependía directamente de la decisión de Dios.

Se ha debatido mucho no sólo en cuanto a la naturaleza precisa de los dones carismáticos, sino también respecto al lugar que deben ocupar en el gobierno de la iglesia. Varias funciones de liderazgo eclesiástico se describen como "dones" en **Efesios 4: 11**: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Denotaban cierto grado de liderazgo con autoridad. Además, como ya se mencionó, resulta claro que las iglesias a las que se refiere Pablo poseían un liderazgo formal, a juzgar por la apelación que hace a los tesalonicenses: "...que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden [proístaménous] en el Señor y os amonestan" (**1 Tesalonicenses 5: 12**). El mismo participio se usa después para referirse a los obispos (**1 Timoteo 3: 4**), diáconos (versículo **12**) y ancianos (**1 Timoteo 5: 17**). Esto último nos lleva a la conclusión de que proístaménous designa la función o cargo de ancianos, obispos y diáconos.

Con relación a la forma en que se vinculaba lo institucional con lo carismático, algunos sostienen que la iglesia no necesitaba una organización, puesto que cada creyente era nacido del Espíritu y recibía al menos un don (**1 Corintios 12: 7**; **1 Pedro 4: 10**). Según este punto de vista, la



necesidad de cargos institucionales surgió sólo cuando desapareció el ministerio carismático de la iglesia, que ahora se mostraba infiel a su vocación. Otros, señalando el hecho de que varias epístolas paulinas, así como Hechos, dan fe de la importancia adjudicada a la organización, afirman que la teoría mencionada toma en cuenta los datos bíblicos tan sólo superficialmente. Parece más sustentable suponer que los jarísmata y los cargos institucionales -como los de ancianos, obispos y diáconos- existieron en forma paralela y que la misión de la iglesia dependía de ambos.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 624**

La función principal de los ancianos sería la de apacentar la grey del Señor siguiendo el método del "Príncipe de los pastores". Al mismo tiempo estos hombres deberían ser los atalayas de Israel, amonestando al pueblo de Dios de manera que mantuvieran su fidelidad al mensaje de salvación. También debían hablar a quien se apartare para que volviera al Señor y pudiera ser salvo.

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.

**1 Pedro 5: 1-4**

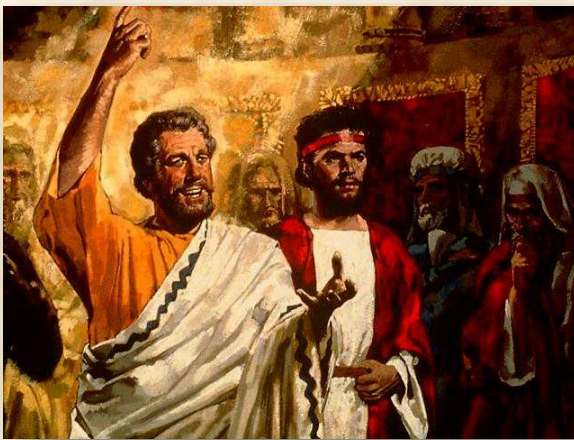
A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú libriste tu vida.

**Ezequiel 33: 7-9**

Los ministros de Cristo son los atalayas espirituales de la gente encomendada a su cuidado. Su trabajo se ha comparado al de los centinelas. En los tiempos antiguos los centinelas eran colocados sobre los muros de las ciudades, donde, desde puntos estratégicos, podían ver los puestos importantes que debían ser protegidos, y dar la voz de alarma cuando se acercaba el enemigo. De su fidelidad dependía la seguridad de todos los que estaban dentro. Se les exigía que a intervalos determinados se llamaran unos a otros, para estar seguros de que todos estaban despiertos, y que ninguno había recibido daño alguno. El grito de buen ánimo o de advertencia era transmitido de uno a otro, y cada uno repetía el llamado hasta que el eco circundaba la ciudad.

A todos los ministros el Señor declara: "tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apercibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte, y él no se apartare de su camino, ...tú libriste tu vida". **Ezequiel 33: 7-9.**

Las palabras del profeta declaran la solemne responsabilidad de los que son colocados como guardianes de la iglesia, mayordomos de los misterios de Dios. Han de permanecer como atalayas sobre los muros de Sión, para dar la nota de alarma al acercarse el enemigo. Las almas están en peligro de caer bajo la tentación, y perecerán a menos que los ministros de Dios sean fieles en su cometido. Si por alguna razón sus sentidos espirituales se entorpecen hasta que sean incapaces de discernir el peligro, y porque no dieron la amonestación el pueblo perece, Dios requerirá de sus manos la sangre de los perdidos.



Es el privilegio de los atalayas de los muros de Sión vivir tan cerca de Dios, ser tan susceptibles a las impresiones de su Espíritu, que él pueda obrar por medio de ellos para advertir a los hombres y mujeres su peligro, y señalarles el lugar de seguridad. Han de advertirles fielmente el seguro resultado de la transgresión, y proteger fielmente los intereses de la iglesia. En ningún tiempo pueden descuidar su vigilancia. La suya es una obra que requiere el ejercicio de todas las

facultades de su ser. Sus voces han de elevarse con tonos de trompeta, y nunca han de dar una nota vacilante e incierta. No han de trabajar por la paga, sino porque no pueden obrar de otra



manera, porque comprenden que pesa un ay sobre ellos si no predicán el Evangelio. Escogidos por Dios, sellados con la sangre de la consagración, han de rescatar a los hombres y mujeres de la destrucción inminente.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 290, 291**

Los ancianos además debían atender a la grey en las más diversas situaciones, inclusive para orar por aquellos que enfermaban, en particular cuando había pocas esperanzas de recuperación. Puede entenderse, por esta y otras citas, lo integral que era el trabajo de los ancianos en relación con la administración de la iglesia.

¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.

**Santiago 5: 14**

#### 6.4. La necesidad de talentos y dones

Jesús conocía las limitaciones de sus discípulos. Sabía que la gran tarea de llevar el Evangelio a todo el mundo no podría ser completada a menos que ellos fueran preparados de manera diferente. En realidad, la tarea era tan inmensa que no importaría cuáles fueran las capacidades de ellos, pues requeriría de mayores dones que los que poseería cualquier grupo de hombres. Se requería la obra del Espíritu Santo, y por supuesto muchos más brazos que se unieran a la tarea. Pero aquellos que se unieran debían recibir también la formación del Espíritu Santo. El cumplimiento de la promesa capacitaría a los apóstoles y a sus seguidores para alcanzar a todo el mundo con el Evangelio.

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.

**Juan 14: 16, 17**

De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

**Romanos 12: 6-8**

Cuando Cristo dio a sus discípulos la promesa del Espíritu, se estaba acercando al fin de su ministerio terrenal. Estaba a la sombra de la cruz, con una comprensión plena de la carga de culpa que estaba por descansar sobre él como portador del pecado. Antes de ofrecerse a sí mismo como víctima destinada al sacrificio, instruyó a sus discípulos en cuanto a la dádiva más esencial y completa que iba a conceder a sus seguidores: el don que iba a poner al alcance de ellos los recursos inagotables de su gracia. “Y yo rogaré al Padre—dijo él,—y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce: mas vosotros le conocéis; porque está con vosotros, y será en vosotros”. **Juan 14: 16, 17.** El Salvador estaba señalando adelante al tiempo cuando el Espíritu Santo vendría para realizar una obra poderosa como su representante. El mal que se había estado acumulando durante siglos, habría de ser resistido por el divino poder del Espíritu Santo.

¿Cuál fué el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las alegres nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas a las más alejadas partes del mundo habitado. Mientras los discípulos proclamaban el mensaje de la gracia redentora, los corazones se entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones. Los apóstatas se reconvertían. Los pecadores se unían con los creyentes en busca de la perla de gran precio. Algunos de los que habían sido los más enconados oponentes del Evangelio, llegaron a ser sus campeones. Se cumplió la profecía: “el que entre ellos fuere flaco... será como David: y la casa de David... como el ángel de Jehová”. **Zacarías 12: 8.** Cada cristiano veía en su hermano una







revelación del amor y la benevolencia divinos. Un solo interés prevalecía, un solo objeto de emulación hacía olvidar todos los demás. La ambición de los creyentes era revelar la semejanza del carácter de Cristo, y trabajar para el engrandecimiento de su reino.

“Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo; y gran gracia era en todos ellos”. **Hechos 4: 33**. Gracias a estas labores fueron añadidos a la iglesia hombres escogidos que, al recibir la palabra de verdad, consagraron sus vidas al trabajo de dar a otros la esperanza que llenaba sus corazones de paz y gozo. No podían ser refrenados ni intimidados por amenazas. El Señor hablaba por su medio, y mientras iban de un lugar a otro, predicaban el Evangelio a los pobres, y se efectuaban milagros de la gracia divina.

Tal es el poder con que Dios puede obrar cuando los hombres se entregan al dominio de su Espíritu.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 39, 40**

Todos los discípulos debían formar un solo cuerpo del cual Cristo sería la cabeza. Cada uno de ellos podría tener una parte en la enorme empresa que se les presentaba por delante. Pero no todos iban a cumplir las mismas tareas, ni tendrían el mismo nivel de responsabilidad, por lo cual necesitarían también talentos diferentes con los cuales contribuir a la obra de Dios. Esta diversidad de dones sería provista por uno y el mismo Espíritu Santo dando a cada cual las capacidades que necesitaría. Al recibir estos dones ellos los utilizarían para edificar el cuerpo de Cristo y para fortalecer los brazos voluntarios de los nuevos seguidores, al mismo tiempo que mantendrían la unidad de la Iglesia y la pureza del mensaje.

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.

**1 Corintios 12: 4-11**

Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente, apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aún más excelente.

**1 Corintios 12: 27-31**

Los discípulos, no solamente serían preparados para entender con mayor amplitud el mensaje de salvación sino también presentarlo a otros de tal manera que la iglesia pudiera crecer. Existirían muchas tareas que realizar en el futuro de la Iglesia por lo que se necesitaría una variedad de dones, y ellos no debían preocuparse por quién poseyera cada don sino porque éste estuviera al servicio de la Iglesia. Deberían entender que el Señor elegiría a algunos para conducir a la iglesia, para ser líderes y otros para seguirlos. Ninguno de ellos debía codiciar el lugar que le correspondía a otro, si no deberían encontrar la forma de trabajar armoniosamente para que el objetivo fuera cumplido. Lamentablemente, aún en nuestro tiempo, hay quienes se proponen debilitar las fuerzas de aquellos a quienes el Señor ha elegido para conducir Su iglesia.

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

**Efesios 4: 11-16**

Dios tiene una iglesia, y ésta tiene un ministerio designado divinamente. “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes,



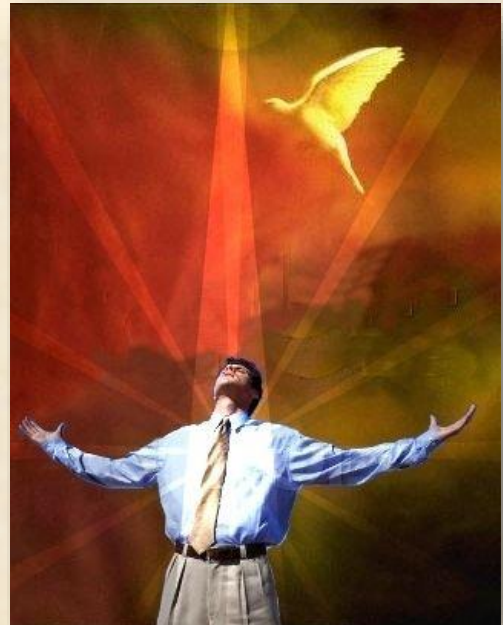
llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”.

El Señor tiene sus agentes designados, y una iglesia que ha sobrevivido persecuciones, conflictos y tinieblas. Jesús amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, y él la restaurará, refinará, ennoblecerá y elevará, para que subsista firmemente en medio de las influencias corruptoras de este mundo. Hombres designados por Dios han sido escogidos para velar con celoso cuidado y vigilante perseverancia, para que la iglesia no sea destruida por los malos designios de Satanás, sino que subsista en el mundo y fomente la gloria de Dios entre los hombres. Habrá siempre un fiero conflicto entre la iglesia y el mundo. Un espíritu chocará contra otro, un principio contra otro, la verdad contra el error; pero en la crisis que ya se ha iniciado y que pronto ha de culminar, los hombres de experiencia habrán de hacer la obra que Dios les ha asignado, y velar por las almas como quienes han de dar cuenta.

Los que llevan este mensaje de error, denunciando a la iglesia como Babilonia, descuidan la obra que Dios les ha designado, están en contra de la organización, y en contra del sencillo mandato de Dios, pronunciado por Malaquías, de traer todos los diezmos a la tesorería de la casa del Señor, e imaginan que ellos tienen una obra que hacer, a saber, amonestar a quienes Dios ha escogido para hacer progresar su mensaje de verdad. Estos obreros no están añadiendo eficiencia a la causa y al reino de Dios, sino que están empeñados en una obra similar a aquella en la cual se halla empeñado el enemigo de toda justicia. Que estos hombres, que se levantan contra los métodos y los medios ordenados por Dios para hacer progresar su obra en estos días de peligro, abandonen todas sus opiniones antibíblicas concernientes a la naturaleza, la función y el poder de los agentes designados por el Señor.

Entiendan todas las palabras que escribo ahora. Los que colaboran con Dios son sólo sus instrumentos, y no poseen en sí mismos gracia o santidad inherentes. Sólo cooperando con los seres celestiales es como tienen éxito. No son sino vasos terrenos, depositarios en quienes Dios pone los tesoros de su verdad. Pablo puede plantar y Apolos regar, pero es únicamente Dios quien da el crecimiento.

Dios habla por medio de los agentes que ha designado, y ningún hombre o confederación de hombres ha de insultar al Espíritu de Dios negándose a oír el mensaje de la palabra de Dios de los labios de sus mensajeros escogidos. Al negarse a oír el mensaje de Dios, los hombres se encierran en una cámara de tinieblas. Mantienen sus almas encerradas y alejadas de grandes bendiciones, y al manifestar falta de respeto por los agentes que Dios designó, privan a Cristo de la gloria que le corresponde.



**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 52-54**

Recordemos que el Espíritu Santo reparte los dones conforme a él le parece, entre los cuales se cuenta el don de la administración, una categoría muy importante para vincularla al tema que estamos tratando. Es evidente, por lo que podemos leer en las Escrituras y en el Espíritu de Profecía que este don de administración es diferente de los dones vinculados con la predicación o con la atención espiritual de la Iglesia, y parece referirse a la habilidad de administrar los bienes que la iglesia posee. Si bien en el pasado la iglesia solamente acumulaba tal vez templos o lugares de reunión, hoy debe administrar múltiples negocios en los sectores de salud, educación, producción y distribución de publicaciones (junto con las propiedades que estos implican), negocios que cada vez son más complejos y que requieren, por lo tanto, habilidades específicas que deben poseer los administradores.

El Espíritu añadió, a la dotación inicial de poder que le concedió a la comunidad cristiana, la repartición de dones especiales a algunos creyentes (**Romanos 12: 6-8; 1 Corintios 12: 4-11, 27-31; Efesios 4: 11**). Estos jarismata, o dones de la gracia, no deben confundirse con las virtudes cristianas descriptas como frutos del Espíritu (**Gálatas 5: 22, 23**). El mismo Espíritu los reparte a cada uno en particular como él desea (**1 Corintios 12: 11**). Algunos de estos dones se refieren al ejercicio de ministerios prácticos como la sanidad, el obrar milagros o el don de la administración.



Otros tienen que ver con el ministerio de la Palabra de Dios, como los apóstoles, profetas, evangelistas. Todos se le conceden a la iglesia “para provecho” (versículo 7) y para su propia edificación (1 Corintios 14: 12). Su propósito es fortalecer la fe de los creyentes y capacitarlos para llevar a cabo su ministerio entre los creyentes o entre los incrédulos. Los apóstoles presentan el otorgamiento del Espíritu y de sus dones como el don del Señor exaltado por medio del cual lleva a cabo su obra en la Tierra.

Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 621

Desde el principio Dios ha estado obrando por su Espíritu Santo mediante instrumentos humanos para el cumplimiento de su propósito en favor de la raza caída. Esto se manifestó en la vida de los patriarcas. A la iglesia del desierto también, en los días de Moisés, Dios le dio su “espíritu para enseñarlos”. Nehemías 9: 20. Y en los días de los apóstoles obró poderosamente en favor de su iglesia por medio del Espíritu Santo. El mismo poder que sostuvo a los patriarcas, que dio fe y ánimo a Caleb y Josué, y que hizo eficaz la obra de la iglesia apostólica, sostuvo a los fieles hijos de Dios en cada siglo sucesivo. Fué el poder del Espíritu Santo lo que durante la época del obscurantismo permitió a los cristianos valdenses contribuir a la preparación del terreno para la Reforma. Fué el mismo poder lo que hizo eficaces los esfuerzos de muchos nobles hombres y mujeres que abrieron el camino para el establecimiento de las misiones modernas, y para la traducción de la Biblia a los idiomas y dialectos de todas las naciones y pueblos.

Y hoy, Dios sigue usando su iglesia para dar a conocer su propósito en la tierra. Hoy los heraldos de la cruz van de ciudad en ciudad, y de país en país para preparar el camino para la segunda venida de Cristo. Se exalta la norma de la ley de Dios. El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de Dios y de su verdad. Pueden verse en muchos lugares hombres y mujeres consagrados comunicando a otros la luz que les aclaró el camino de la salvación por Cristo. Y mientras continúan haciendo brillar su luz, como aquellos que fueron bautizados con el Espíritu en el día de Pentecostés, reciben más y aún más del poder del Espíritu. Así la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios.



Por otra parte, hay algunos que, en lugar de aprovechar sabiamente las oportunidades presentes, están esperando ociosamente que alguna ocasión especial de refrigerio espiritual aumente grandemente su capacidad de iluminar a otros. Descuidan sus deberes y privilegios actuales y permiten que su luz se empañe a la espera de un tiempo futuro en el cual, sin ningún esfuerzo de su parte, sean hechos los recipientes de bendiciones especiales que los transformen y capaciten para servir.

Es cierto que, en el tiempo del fin, cuando la obra de Dios en la tierra esté por terminar, los fervientes esfuerzos realizados por los consagrados creyentes bajo la dirección del Espíritu Santo irán acompañados por manifestaciones especiales del favor divino. Bajo la figura de la lluvia temprana y tardía que cae en los países orientales al tiempo de la siembra y la cosecha, los profetas hebreos predijeron el derramamiento de la gracia espiritual en una medida extraordinaria sobre la iglesia de Dios. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fué el comienzo de la lluvia temprana, y gloriosos fueron los resultados. Hasta el fin del tiempo, la presencia del Espíritu ha de morar con la iglesia fiel.

Pero acerca del fin de la siega de la tierra, se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los



cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies “en la sazón tardía”. **Zacarías 10: 1**. En respuesta, “Jehová hará relámpagos, y os dará lluvia abundante”. “Hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía”. **Joel 2: 23**.

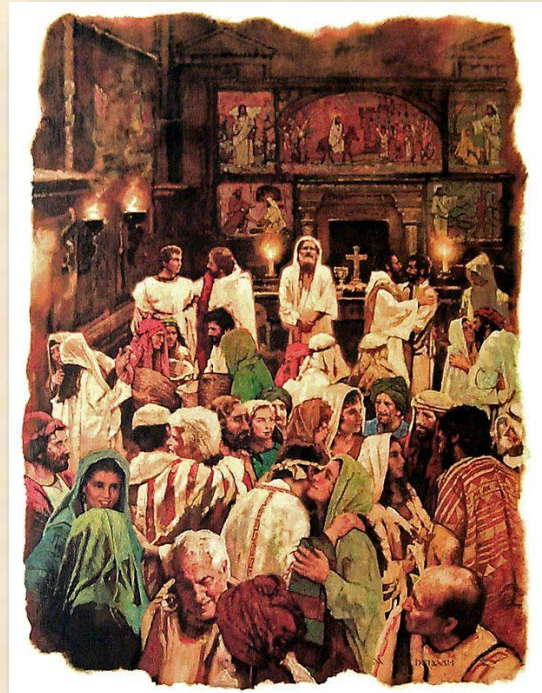
Pero a menos que los miembros de la iglesia de Dios hoy tengan una relación viva con la fuente de todo crecimiento espiritual, no estarán listos para el tiempo de la siega. A menos que mantengan sus lámparas aparejadas y ardiendo, no recibirán la gracia adicional en tiempo de necesidad especial.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 43-45**

### 6.5. La necesidad de más estructura u organización

En las diferentes épocas de la historia de la Iglesia se ha cuestionado el concepto de la organización y muchos han pensado que cada persona o congregación debería actuar libremente sin los frenos que implique una organización o un credo. Como veremos en un acápite mucho más adelante, esto también fue una discusión que se generó en los inicios de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Lo que sí resulta evidente es que con el avance de los tiempos la cada vez mayor complejidad de la tarea de la Iglesia demanda una organización también más compleja. Lamentablemente, las páginas del Registro Sagrado nos proveen poca información sobre la estructura de una iglesia más compleja. Solamente se registra lo que ocurrió en las etapas iniciales de la Iglesia primitiva, que prácticamente no poseía propiedades, ni tampoco administraba sistemas educativos, de salud o medios de producción.

El método de gobierno de la iglesia comprende básicamente un conjunto de reglamentos y normas cuyo propósito es facilitar la tarea de la iglesia y el trabajo de los que la dirigen. Algunos han visto en la acción administrativa de la iglesia, o en el orden eclesiástico, una contradicción de términos, alegando que en la iglesia el Espíritu sopla de donde quiere y que su obra no puede ser dirigida por seres humanos. Sin embargo, por lo que hemos visto en la Biblia, parece que el Espíritu no es tan “místico” como para que no pueda obrar de acuerdo con un orden. Todavía persiste la pregunta acerca de la forma de gobierno que se prescribe en las Escrituras. El Nuevo Testamento, que registra la vida de la iglesia desde su nacimiento, sorprendentemente presenta poca información detallada sobre la organización de ella, con excepción de Hechos y las epístolas pastorales de Pablo.



**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 623**

Los estudiosos han señalado que existen varias teorías referentes al gobierno de la iglesia y quienes defienden cada uno de ellos encuentran soporte en las Escrituras. El modelo de la Iglesia Adventista se aproxima más a la forma presbiteriana de gobierno eclesiástico, pues otorga responsabilidades a los ancianos y dirigentes de la Iglesia local y eleva los asuntos complejos a los niveles de una estructura superior cuyas obligaciones a nivel global crecen casi exponencialmente.

A través de los siglos han surgido tres teorías principales referentes al gobierno de la iglesia, cada una de las cuales afirma tener apoyo bíblico.

El sistema episcopal consiste en el gobierno de la iglesia por medio de los obispos (episkópoi). Aunque las formas del gobierno episcopal varían, la expresión más amplia del sistema sostiene que Cristo confió la autoridad y el gobierno directa y exclusivamente a los obispos como sucesores de los apóstoles. La forma más desarrollada de gobierno episcopal le ha conferido una autoridad especial al obispo de Roma, considerado el obispo supremo.

El congregacional es un sistema de gobierno eclesiástico que enfatiza el papel individual del cristiano y convierte a la congregación local en la fuente de la autoridad. También asegura tener precedentes bíblicos. En esta variante se hace énfasis en la autonomía e independencia de la iglesia



local. Sólo Cristo es la cabeza de la iglesia. El poder del gobierno descansa exclusivamente en los miembros de la congregación. Pueden existir asociaciones de cooperación cuando se lo considere conveniente, pero su papel es estrictamente consultivo.

La forma presbiteriana de gobierno eclesiástico consiste en la administración de los ancianos (presbyteroi) como representantes de la iglesia. La autoridad la ejercen los ancianos y, en forma particular, una serie de cuerpos representativos. Se considera que Cristo confiere su autoridad a los creyentes de manera individual, quienes a su vez la delegan en los ancianos. Éstos han de representar y ejercer la autoridad delegada en nombre de los miembros, tanto localmente como en una serie de asambleas de gobierno que incluyen al clero y al laicado.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 623**

El cambio que se produjo con la elección de los 7 diáconos representa un ejemplo de la capacidad de adaptación que debe tener la iglesia conforme los tiempos avanzan y la operación de esta requiere de una organización, procesos y métodos diferentes. Veremos como este ejemplo se repite en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, no solamente con relación a la dimensión de la feligresía, sino también en relación con las propiedades, el cambio en las condiciones mundiales e inclusive el choque cultural que debe enfrentar en algunos lugares.

Esta medida estaba de acuerdo con el plan de Dios, como lo demostraron los inmediatos resultados que en bien de la iglesia produjo. “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalem: también una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe”. Esta cosecha de almas se debió igualmente a la mayor libertad de que gozaban los apóstoles y al celo y virtud demostrados por los siete diáconos. El hecho de que estos hermanos habían sido ordenados para la obra especial de mirar por las necesidades de los pobres, no les impedía enseñar también la fe, sino que, por el contrario, tenían plena capacidad para instruir a otros en la verdad, lo cual hicieron con grandísimo fervor y éxito feliz.

A la iglesia primitiva se le había encomendado una obra de crecimiento constante: el establecer centros de luz y bendición dondequiera hubiese almas honestas dispuestas a entregarse al servicio de Cristo. La proclamación del Evangelio había de tener alcance mundial, y los mensajeros de la cruz no podían esperar cumplir su importante misión a menos que permanecieran unidos con los vínculos de la unidad cristiana, y revelaran así al mundo que eran uno con Cristo en Dios. ¿No había orado al Padre su divino Director: “guárdalos por tu nombre, para que sean una cosa, como también nosotros”? ¿Y no había declarado él de sus discípulos: “el mundo los aborreció, porque no son del mundo”? ¿No había suplicado al Padre que ellos fueran “consumadamente una cosa”, “para que el mundo crea que tú me enviaste”? **Juan 17: 11, 14, 23, 21**. Su vida y poder espirituales dependían de una estrecha comunión con Aquel por quien habían sido comisionados a predicar el Evangelio.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 74**

Cada uno de los sistemas actuales de gobierno de la iglesia podría referirse a elementos del Nuevo Testamento que justifiquen su organización. Sin embargo, hay varios hechos y principios establecidos por los redactores del Nuevo Testamento que no debemos ignorar.

En primer lugar, Cristo es en todas las cosas la cabeza de la iglesia y la fuente de autoridad. Su voluntad, tal como está revelada en la Palabra escrita, es la norma final usada por la iglesia para regir sus acciones. Puede decirse que Cristo ejerce su autoridad en la iglesia a través de los dirigentes, como en el caso de los apóstoles, pero esto no debe interpretarse como que él haya traspasado su autoridad a sus siervos. La autoridad de ellos es sólo derivada o delegada. Los líderes llamados por Dios y escogidos por la feligresía son apartados para guiar a la iglesia en los diversos aspectos de su misión mundial.

Esta era la forma de gobierno eclesiástico hacia la cual se encaminaba la iglesia en los días de los apóstoles. Las Escrituras no justifican la existencia de un sistema de gobierno episcopal, que condicione a la iglesia siguiendo líneas monárquicas o de corte imperial. Tampoco invitan a seguir un patrón según el cual cada iglesia o congregación es una iglesia completa, independiente de cualquier otra, rechazando la idea de que cualquier estructura de autoridad organizacional sea superior a la congregación. Más bien pareciera que la información bíblica presenta una forma básica de gobierno eclesiástico representativo, en la que se destaca el sacerdocio de todos los creyentes y los dones de la gracia concedidos por el Espíritu, a la vez que se reconoce la autoridad de los cuerpos representativos.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 623, 624**

La organización de la iglesia de Jerusalén debía servir de modelo para la de las iglesias que se establecieran en muchos otros puntos donde los mensajeros de la verdad trabajasen para ganar conversos al Evangelio. Los que tenían la responsabilidad del gobierno general de la iglesia, no



habían de enseñorearse de la heredad de Dios, sino que, como prudentes pastores, habían de “apacentar la grey de Dios... siendo dechados de la grey” (1 Pedro 5: 2, 3), y los diáconos debían ser “varones de buen testimonio, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría”. Estos hombres debían colocarse unidamente de parte de la justicia y mantenerse firmes y decididos. Así tendrían unificadora influencia en la grey entera.

Más adelante en la historia de la iglesia primitiva, una vez constituidos en iglesias muchos grupos de creyentes en diversas partes del mundo, se perfeccionó aún más la organización a fin de mantener el orden y la acción concertada. Se exhortaba a cada uno de los miembros a que desempeñase bien su cometido, empleando útilmente los talentos que se le hubiesen confiado. Algunos estaban dotados por el Espíritu Santo con dones especiales: “primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas”. 1 Corintios 12: 28. Pero todas estas clases de obreros tenían que trabajar concertadamente.

“Hay repartimiento de dones; mas el mismo Espíritu es. Y hay repartimiento de ministerios; mas el mismo Señor es. Y hay repartimiento de operaciones; mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. Empero a cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho. Porque a la verdad, a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu; a otro, operaciones de milagros; y a otro, profecía; y a otro, discreción de espíritus; y a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Mas todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere. Porque de la manera que el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, empero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un cuerpo, así también Cristo”. 1 Corintios 12: 4-12.

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 75, 76**

Otro ejemplo interesante puede hallarse en la experiencia de Moisés, cuando intentó llevar él solo las responsabilidades de administrar un pueblo tan grande. Estimo que en ese entonces el pueblo de Israel constaba de unos dos y medio millones de personas, y el intento de un solo hombre de administrar toda esta multitud lo llevaría únicamente al fracaso o a consumir inútilmente sus fuerzas. El consejo de su suegro Jetro fue muy oportuno, pues no sólo redujo la tarea del líder, sino estableció un sistema de delegación de la autoridad y de la responsabilidad que era necesario para administrar eficientemente. La complejidad de los asuntos que debían manejarse iba subiendo conforme se escalaban las decisiones a los niveles más elevados. En todos los casos, quienes debían ser elegidos eran “varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia”, para asegurar que juzgar con justicia los temas que eran traídos a su conocimiento.

Son solemnes las responsabilidades que descansan sobre aquellos que son llamados a actuar como dirigentes de la iglesia de Dios en la tierra. En los días de la teocracia, cuando Moisés estaba empeñado en llevar solo cargas tan gravosas que pronto lo agotarían bajo su peso, Jetro le aconsejó que planeara una sabia distribución de las responsabilidades. “Está tú por el pueblo delante de Dios—le aconsejó Jetro,—y somete tú los negocios a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde anden, y lo que han de hacer”. Jetro aconsejó además que se escogieran hombres para que actuaran como “caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta y sobre diez”. Estos habían de ser “varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia”. Ellos habían de juzgar “al pueblo en todo tiempo”, aliviando así a Moisés de la agotadora responsabilidad de prestar atención a muchos asuntos menores que podían ser tratados con sabiduría por ayudantes consagrados.

El tiempo y la fuerza de aquellos que en la Providencia de Dios han sido colocados en los principales puestos de responsabilidad en la iglesia deben dedicarse a tratar los asuntos más graves que demandan especial sabiduría y grandeza de ánimo. No es plan de Dios que a tales hombres se les pida que resuelvan los asuntos menores que otros están bien capacitados para tratar. “Todo negocio grave lo traerán a ti—le propuso Jetro a Moisés,—y ellos juzgarán todo negocio pequeño: alivia así la carga de sobre ti, y llevarla han ellos contigo. Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás persistir, y todo este pueblo se irá también en paz a su lugar”.

De acuerdo con este plan, “escogió Moisés varones de virtud del pueblo de Israel, y púsolos por cabezas sobre el pueblo, caporales sobre mil, sobre ciento, sobre cincuenta, y sobre diez, Y juzgaban al pueblo en todo tiempo: el negocio arduo traíanlo a Moisés, y ellos juzgaban todo negocio pequeño”. Éxodo 18: 19-26.

Más tarde, al escoger setenta ancianos para que compartieran con él las responsabilidades de la dirección, Moisés tuvo cuidado de escoger como ayudantes suyos hombres de dignidad, de sano juicio y de experiencia. En su encargo a estos ancianos en ocasión de su ordenación, expuso algunas de las cualidades que capacitan a un hombre para ser un sabio director de la iglesia. “Oíd



entre vuestros hermanos—dijo Moisés,—y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, y el que le es extranjero. No tengáis respeto de personas en el juicio: así al pequeño como al grande oiréis: no tendréis temor de ninguno, porque el juicio es de Dios”. **Deuteronomio 1: 16, 17.**

**Ellen G. White, Los Hechos de los Apóstoles, 76, 77**

## 6.6. La organización de la IASD

Aunque casi al final vamos a tratar del cambio de la organización durante la historia de la iglesia adventista, me gustaría mencionar algunos aspectos generales sobre la estructura y las razones por las cuales el Señor se dignó presentárnosla como la solución para el complejo trabajo de dar el mensaje en los últimos tiempos de este planeta. La organización se generó mediante el extenuante trabajo de un grupo de líderes que confiaron que el Señor les conduciría para resolver los problemas existentes. El esfuerzo inicial se hizo en una época en la que la iglesia tenía pocas propiedades y la feligresía estaba muy esparcida.

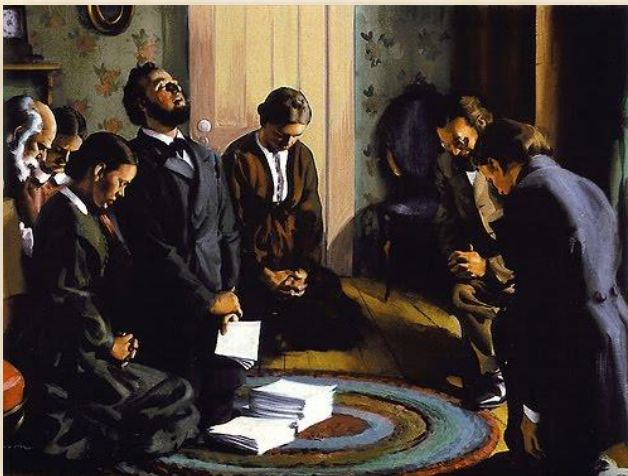
Hace aproximadamente cuarenta años que se introdujo la organización entre nosotros como pueblo. Yo fui una de las personas que tuvieron que ver con su establecimiento desde el comienzo. Conozco las dificultades que hubo que afrontar, los males que ella estaba llamada a corregir, y he vigilado la influencia de la organización con respecto al crecimiento de la causa. En la primera etapa de la obra, Dios nos dio luz especial sobre este punto, y esta luz, junto con las lecciones que la experiencia nos ha enseñado, debe ser motivo de cuidadosa consideración.

Desde el comienzo nuestra obra fue agresiva. Éramos pocos, y nuestros hermanos pertenecían mayormente a la clase más pobre. Nuestras creencias eran casi desconocidas para el mundo. No teníamos casas de culto, sino unas pocas publicaciones, y muy limitadas facilidades para llevar adelante nuestra obra. Las ovejas estaban esparcidas en los caminos y en los vallados, en ciudades, en pueblos y en bosques. Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús era nuestro mensaje.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 24**

Debemos entender que esta organización no surgió por el talento de hombres y mujeres más bien sencillos, con poca instrucción, sino por la dirección de Dios en particular del Espíritu Santo. Se requirieron muchas horas de trabajo y “fervientes súplicas al cielo” para entender la voluntad de Dios, tanto en lo relativo a la doctrina, como en lo que se refiere a la organización de la Iglesia. Quienes participaban anhelaban ser guiados por el Espíritu de Dios, y eran lo suficientemente sabios como para deponer sus propios intereses y sus impresiones particulares y dejar que fueran impresionados por la voluntad de Dios en estos importantes aspectos.

Mi esposo, junto con los pastores José Bates, Esteban Pierce, Hiram Edson, y otros que eran inteligentes, nobles y veraces, estaba entre aquellos que, después que pasó el tiempo en 1844, escudriñaron en procura de la verdad como un tesoro escondido.



Solíamos reunirnos, con el alma cargada, orando que fuéramos hechos uno en fe y doctrina; porque sabíamos que Cristo no está dividido. Un tema a la vez era objeto de investigación. Las Escrituras se abrían con reverente temor. A menudo ayunábamos, a fin de estar mejor preparados para entender la verdad. Después de fervientes plegarias, si algún punto no se entendía, era objeto de discusión, y cada uno expresaba su opinión con libertad; entonces solíamos arrodillarnos de nuevo en oración, y ascendían fervientes súplicas al cielo para que Dios nos ayudara a estar completamente de acuerdo, para que pudiéramos ser uno como Cristo y el Padre son uno. Muchas lágrimas eran derramadas.

Pasamos muchas horas de esta manera. A veces pasábamos la noche entera en solemne investigación de las Escrituras, a fin de poder entender la verdad para nuestro

tiempo. En tales ocasiones el Espíritu de Dios solía venir sobre mí, y las porciones difíciles eran aclaradas por el medio señalado por Dios, y entonces había perfecta armonía. Éramos todos de una misma mente y de un mismo espíritu.

Poníamos especial cuidado en que los textos no fueran torcidos para acomodarse a las opiniones de hombre alguno. Tratábamos de hacer que nuestras diferencias fueran tan leves como



fuera posible, no espaciándonos en puntos de menor importancia sobre los cuales hubiera opiniones variadas. Pero la preocupación de toda alma era producir entre los hermanos una condición que fuera una respuesta a la oración de Cristo de que sus discípulos fuesen uno como él y el Padre son uno.

A veces uno o dos de los hermanos se empeñaban contra el punto de vista presentado, dando rienda suelta a los sentimientos naturales del corazón; pero cuando aparecía esta disposición, suspendíamos las investigaciones y postergábamos nuestra reunión, para que cada uno pudiera tener la oportunidad de ir a Dios en oración, y, sin conversación con otros, estudiara el punto de diferencia, pidiendo luz del cielo. Con expresiones de amistad nos separábamos, para reunirnos de nuevo tan pronto como fuera posible a fin de proseguir con la investigación. A veces el poder de Dios venía sobre nosotros en una forma señalada, y cuando una luz clara revelaba los puntos de la verdad, juntos llorábamos y nos regocijábamos. Amábamos a Jesús; y nos amábamos los unos a los otros.

Poco a poco fuimos aumentando en número. La semilla sembrada fue regada por Dios, y él dio el crecimiento. Al comienzo nos reuníamos para el culto, y presentábamos la verdad a aquellos que venían a escuchar en casas privadas, en cocinas grandes, en galpones, en bosques y en edificios escolares; pero no pasó mucho tiempo antes de que nos fuera posible edificar humildes casas de culto.

#### Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 24-26

Conforme el tiempo avanzaba y la feligresía aumentaba “resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión” y que de por medio estaba el éxito de la misión de dar el mensaje a todo el mundo. No todos estaban de acuerdo en la necesidad de una organización pues en su experiencia personal sabían que habían sido perseguidos por las iglesias de las que habían salido. El temor que esto se repitiera en el futuro era la razón para rechazar tanto una estructura organizacional como un credo que diferenciara a la iglesia de otras. Ellen G. White entendía que era Dios el que les estaba guiando en la tarea de proveer una organización adecuada a la naciente iglesia. Cuando la iglesia se organizó fue evidente que “una señalada prosperidad caracterizó este movimiento de avanzada”.

A medida que nuestros miembros fueron aumentando, resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión, y la obra no se realizaría con éxito. La organización era indispensable para proporcionar sostén al ministerio, para dirigir la obra en nuevos territorios, para proteger tanto a las iglesias como a los ministros de los miembros indignos, para retener las propiedades de la iglesia, para la publicación de la verdad por medio de la prensa, y para muchos otros objetos.

Sin embargo, había un fuerte sentimiento entre nuestros hermanos en contra de ella. Los adventistas del primer día eran enemigos de la organización, y la mayor parte de los adventistas del séptimo día tenían las mismas ideas. Buscamos al Señor con ferviente oración para poder entender su voluntad, y nos fue dada luz por su Espíritu en el sentido de que debía haber orden y disciplina cabal en la iglesia: la organización era esencial. El sistema y el orden se manifiestan en todas las obras de Dios a través del universo. El orden es la ley del cielo, y debe ser la ley del pueblo de Dios en la tierra.



Tuvimos una dura lucha para establecer la organización. A pesar de que Dios dio testimonio tras testimonio sobre este punto, la oposición era fuerte, y hubo que hacerle frente una y otra vez. Pero sabíamos que el Señor Dios de Israel estaba conduciéndonos y guiándonos por su providencia. Nos empeñamos en la obra de la organización, y una señalada prosperidad caracterizó este movimiento de avanzada.

A medida que el desarrollo de la obra exigía que nos empeñáramos en nuevas empresas, estábamos preparados para afrontarlas. El Señor dirigió nuestras mentes a la importancia de la obra educacional. Vimos la necesidad de tener escuelas, a fin de que nuestros niños recibieran una instrucción exenta de los errores de la falsa filosofía, para que su educación estuviera en armonía con los principios de la Palabra de Dios. La necesidad de una institución de salud nos había sido presentada con urgencia, tanto para ayudar e instruir a nuestros propios hermanos como para que





fuera un medio de bendición e iluminación para otros. Esta empresa también fue realizada. Todo esto era obra misionera del más alto orden.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 26, 27**

La prosperidad lograda no puede ser atribuida sino a haber seguido “las órdenes del Capitán de nuestra salvación” pues la naciente iglesia no contaba con hombres con riqueza material, tampoco con una formación específica en el desarrollo de organizaciones complejas como la que se requería. Fue el entendimiento de sus propias limitaciones lo que los puso en la disposición de escuchar la voz de Dios y de seguir su dirección.

La Sierva del Señor sostiene también que no debemos albergar “el pensamiento de que podemos prescindir de la organización”. Ella sostiene que la “erección de esta estructura nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en demanda de sabiduría, que sabemos que Dios ha contestado”. También nos previene contra la posibilidad de que alguien “esté tan engañado como para intentar derribarla, porque así crearíais una situación en la que ni siquiera soñáis”. Algunos pueden, en esta lucha contra la organización, ser engañados por Satanás “y les hace creer que el orden y la disciplina son enemigos de la espiritualidad, que la única seguridad para ellos consiste en permitir que cada uno siga su propia conducta, y en permanecer especialmente distintos de los cuerpos de cristianos que están unidos y trabajan para establecer la disciplina y la armonía de acción”.

Nuestra obra no fue sostenida por grandes donaciones o legados, porque tenemos pocos hombres ricos entre nosotros. ¿Cuál es el secreto de nuestra prosperidad? Hemos avanzado bajo las órdenes del Capitán de nuestra salvación. Dios ha bendecido nuestros esfuerzos unidos. La verdad se ha difundido y ha florecido. Las instituciones se han multiplicado. La semilla de mostaza ha crecido hasta ser un árbol grande. El sistema de organización ha demostrado ser un gran éxito. Se adoptó la dadivosidad sistemática de acuerdo con el plan de la Biblia. El cuerpo ha sido “concertado y unido entre sí por todas las coyunturas”. A medida que hemos avanzado, nuestro sistema de organización ha continuado demostrando su eficacia.

Que nadie albergue el pensamiento de que podemos prescindir de la organización. La erección de esta estructura nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en demanda de sabiduría, que sabemos que Dios ha contestado. Ha sido edificada por su dirección, a base de mucho sacrificio y conflicto. Que ninguno de nuestros hermanos esté tan engañado como para intentar derribarla, porque así crearíais una situación en la que ni siquiera soñáis. En el nombre del Señor os declaro que la organización ha de permanecer, fortalecida, establecida, fijada. A la orden de Dios, “Avanzad”, hemos avanzado cuando las dificultades que debían superarse parecían imposibilitar el avance. Sabemos cuánto ha costado poner por obra los planes de Dios en lo pasado, los planes que han hecho de nosotros como pueblo lo que somos. Sea, pues, cada uno de nosotros sumamente cuidadoso para no confundir las mentes con respecto a las cosas que Dios ha ordenado para que tengamos prosperidad y éxito en hacer avanzar su causa.

Los ángeles trabajan en forma armoniosa. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más de cerca imitemos la armonía y el orden de la hueste angelical, más éxito tendrán los esfuerzos de estos agentes celestiales en nuestro favor. Si no vemos ninguna necesidad de trabajar en forma armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestra forma de obrar, los ángeles, que están cabalmente organizados, y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar por nosotros con éxito. Se apartan apesadumbrados, porque no están autorizados a bendecir la confusión, la distracción y la desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos. Los que tienen la unción de lo alto estimularán el orden, la disciplina y la unidad de acción en todo lo que emprendan, y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca, nunca estos mensajeros celestiales respaldarán la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, para destruir nuestro valor, impedir el éxito en la acción.

Satanás bien sabe que el éxito puede acompañar únicamente al orden y la acción armoniosa. Bien sabe que todo lo que está relacionado con el cielo está en perfecto orden, que la sujeción y la disciplina perfecta señalan los movimientos de la hueste angelical. Es su firme propósito apartar a los profesos cristianos tanto como sea posible del orden del cielo; por lo tanto, engaña aun a los que profesan ser hijos de Dios y les hace creer que el orden y la disciplina son enemigos de la espiritualidad, que la única seguridad para ellos consiste en permitir que cada uno siga su propia conducta, y en permanecer especialmente distintos de los cuerpos de cristianos que están unidos y trabajan para establecer la disciplina y la armonía de acción. Todos los esfuerzos hechos para establecer el orden son considerados peligrosos, una restricción de la libertad que es lícito gozar, y por lo tanto se los teme como papismo. Estas almas tan celosas consideran que es una virtud jactarse de su libertad para pensar y actuar en forma independiente. No aceptan indicaciones de nadie. No se consideran responsables ante ningún hombre. Se me mostró que es la obra especial



de Satanás inducir a los hombres a sentir que Dios les ha ordenado hacer las cosas por su cuenta y escoger su propia forma de obrar independiente de sus hermanos.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 27-29**

También remarca que “es deber de los ministros respetar el juicio de sus hermanos; pero sus relaciones mutuas, así como las doctrinas que enseñan, deben ser examinadas a la luz de la ley y el testimonio; entonces, si los corazones son dóciles para recibir enseñanza, no habrá divisiones entre nosotros”. La unidad no implica el concepto que algunos mandan y los demás obedecen, sino que aquella unidad “hoy sea de un carácter tal que soporte el fuego de la prueba”. Esto es cierto tanto como la doctrina si alguien “recibe nueva luz sobre las Escrituras”, como para las decisiones que son necesarias para la gestión de la iglesia y sus instituciones.

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.

**2 Timoteo 2: 24-26**

Dios está sacando a un pueblo del mundo para colocarlo sobre la exaltada plataforma de la verdad eterna, los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Él quiere disciplinar y preparar a sus hijos. No estarán en desacuerdo, creyendo uno una cosa, y teniendo otro una fe y opiniones totalmente opuestas, moviéndose cada uno independientemente del cuerpo. Por la diversidad de los dones y ministerios que él ha puesto en la iglesia, todos pueden llegar a la unidad de la fe. Si un hombre adopta sus puntos de vista referentes a la Biblia sin considerar la opinión de sus hermanos, y justifica su conducta alegando que tiene derecho de profesar sus propias opiniones peculiares, y luego las impone a otros, ¿cómo podrá cumplirse la oración de Cristo? Y si otro y aún otro se levanta, y cada uno reclama el derecho a creer y hablar lo que le place sin referencia a la fe del cuerpo, ¿dónde estará la armonía que existió entre Cristo y su Padre, y que Cristo pidió en oración existiera entre sus hermanos?

Aunque tenemos una obra individual y una responsabilidad individual delante de Dios, no hemos de seguir nuestro propio juicio independiente, sin considerar las opiniones y los sentimientos de nuestros hermanos; este proceder conducirá al desorden en la iglesia. Es deber de los ministros respetar el juicio de sus hermanos; pero sus relaciones mutuas, así como las doctrinas que enseñan, deben ser examinadas a la luz de la ley y el testimonio; entonces, si los corazones son dóciles para recibir enseñanza, no habrá divisiones entre nosotros. Algunos están inclinados a ser desordenados, y están apartándose de los grandes hitos de la fe; pero Dios está induciendo a sus ministros a ser uno en doctrina y en espíritu.

Es necesario que nuestra unidad hoy sea de un carácter tal que soporte el fuego de la prueba... Tenemos muchas lecciones que aprender, y muchísimas que desaprender. Sólo Dios y el cielo son infalibles. Serán chasqueados quienes creen que nunca habrán de abandonar una opinión acariciada, que nunca se les presentará la ocasión de cambiar su punto de vista. Mientras sigamos aferrados a nuestras propias ideas y opiniones con empecinada porfía, no podremos tener la unidad por la cual Cristo oró.

Cuando un hermano recibe nueva luz sobre las Escrituras, debe explicar francamente su posición, y todo ministro debe investigar las Escrituras con un espíritu libre de prejuicios para ver si los puntos presentados pueden ser comprobados por la palabra inspirada. “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad”. **2 Timoteo 2: 24, 25.**

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 29-31**

#### **6.7. Autoridad de la iglesia**

En una reunión de Pablo con los ancianos de Éfeso, el apóstol les recuerda sus obligaciones para con Dios y la iglesia. Presenta su ejemplo al servicio de la Iglesia y les pide a los ancianos que cuiden del “rebaño en que el Espíritu Santo” los “ha puesto por obispos”; un rebaño que Jesús “ganó por su propia sangre”.

Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia. Cuando vinieron a él, les dijo: vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Ahora, he aquí, ligado yo



en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.

**Hechos 20:17-28**

También Pedro les dice a los ancianos que deben apacentar “la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey”; por lo que debe entenderse que la autoridad implica mucho más el servicio que el derecho a dar órdenes. No deben ser señores de la grey, sino servirla como hizo el Maestro de los maestros.

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.

**1 Pedro 5: 1-3**

Esta autoridad incluía la capacidad de disciplinar a los miembros, siguiendo los principios de nuestro Señor. La orden de Jesús establecía “que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”, lo que no significa que el cielo se someterá a las decisiones de la tierra, sino que éstas deben estar en armonía con los principios celestiales. Solamente así lo que sea atado en la tierra será atado en el cielo

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo.

**Mateo 18: 15-18**

En el ámbito de la congregación local, los ancianos u obispos al parecer han disfrutado de una mayor autoridad... Una de sus funciones principales fue la de proveer supervisión y cuidado pastoral en general (**Hechos 20: 17-28; 1 Pedro 5: 1-3**), con la recomendación especial de enseñar la sana doctrina y refutar a los que la contradicen (**1 Timoteo 3: 1, 2; Tito 1: 5, 9**). Los que “gobiernan bien” debían ser “tenidos por dignos de doble honor”, sobre todo si trabajaban en “predicar y enseñar” (**1 Timoteo 5: 17**).

Si bien los ancianos y diáconos ayudaban a los apóstoles en el ejercicio de su ministerio, gran parte del gobierno de las iglesias locales descansaba sobre las iglesias mismas. Es evidente que las congregaciones locales ejercían autoridad respecto a la selección de sus líderes (**Hechos 6: 1-6; cf. 14: 23**). Nombraban a mensajeros que serían enviados a otras iglesias (**Hechos 11: 22**), o para acompañar a los apóstoles (**2 Corintios 8: 19**), dotándolos en ocasiones de cartas (**1 Corintios 16: 3**). Las congregaciones locales también tenían la responsabilidad de mantener puras las doctrinas y prácticas. Debían probar “si los espíritus son de Dios” (**1 Juan 4: 1**) o, en palabras de Pablo, “examinándolo todo” y “reteniendo lo bueno” (**1 Tesalonicenses 5: 21**).

Lo mismo es cierto respecto al ejercicio de la disciplina en la iglesia (**Mateo 18: 15-17**). El Señor mismo hizo notar que “todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (versículo 18). La terminología resultaba conocida para los discípulos que habían escuchado a Cristo en esa ocasión. Según el uso rabínico y en las sinagogas, significaba primariamente ejercer la autoridad para prohibir o permitir algo, imponer castigos a una persona, o absolverla. El ejercicio de la disciplina podía variar desde una admonición solícita y en privado ( cf. **Mateo 18: 16; Gálatas 6: 1**) hasta la excomunión (**Mateo 18: 18; 1 Corintios 5: 11, 13**). Evidentemente la congregación local debía establecer las reglas y las condiciones para ser miembro.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 630, 631**

En el mensaje de Pablo estaba también comprendida la responsabilidad de los ancianos de cuidar que la herejía no penetrara en la iglesia. Deberían estar preparados para enfrentar las obras de las tinieblas y cuidar de la Iglesia que les había sido encomendada. También debían hacer frente aquellos que buscan



desanimar los esfuerzos que la Iglesia hace para cumplir la misión. Nuestra historia reciente muestra que este deber, de los que han sido elegidos por el Señor, será necesario en todo tiempo, más aún cuando el tiempo final se acerca, pues se nos ha advertido que algunos pretenderán engañar a los escogidos, por lo que todos debemos estar fundados en la verdad presente.

Cuando se levantan hombres que pretenden tener un mensaje de Dios, pero que, en lugar de luchar contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo constituyen un escuadrón traidor, y vuelven sus armas de combate contra la iglesia militante, temedlos. No llevan las credenciales divinas. Dios no les ha encargado en absoluto un trabajo tal. Quieren derribar lo que Dios anhela restaurar con el mensaje a Laodicea. El hiere sólo para que pueda sanar, y no para hacer perecer. El Señor no confía a ningún hombre un mensaje que desanime y desaliente a la iglesia. El reprueba, reprende, castiga; pero lo hace solamente para poder restaurar y aprobar al fin. ¡Cuánto se alegró mi corazón ante el informe de la Asociación General de que muchos corazones fueron enternecidos y subyugados, de que muchos se humillaron e hicieron confesión eliminando de la puerta del corazón la basura que impedía la entrada del Salvador! ¡Cuánto me alegré al saber que muchos dieron la bienvenida a Jesús como a un huésped permanente! ¿Cómo es que estos panfletos que denuncian a la Iglesia Adventista como Babilonia fueron esparcidos por todas partes, en el tiempo mismo en que la iglesia estaba recibiendo el derramamiento del Espíritu de Dios? ¿Cómo es que los hombres pueden estar tan engañados como para imaginar que el fuerte clamor consiste en llamar a los hijos de Dios a que abandonen la comunión de la iglesia que está gozando de un tiempo de refrigerio? ¡Oh, que estas almas engañadas entren en la corriente, y reciban la bendición, y sean dotadas de poder de lo alto!

Todo maestro debe ser un alumno a fin de que sus ojos sean ungidos y discierna las evidencias de la verdad de Dios que avanza. Los rayos del Sol de justicia deben brillar en su propio corazón si quiere impartir luz a otros.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 22, 23**

Debemos conocer las doctrinas distintivas de la Iglesia para evitar ser engañados en el campo de la teología, pero también estar prevenidos contra aquellos, que, desoyendo el mensaje del Señor, querrán una vez más fijar fecha para su segunda venida. No faltarán aquellos que quieran presentar nuevas teorías que debiliten la fe del pueblo de Dios en los hitos antiguos, y se propongan enfrentar “a aquellos a quienes Dios está usando para hacer subir a su pueblo a la plataforma de la verdad”. Debemos estar “en guardia contra la obra de Satanás en cualquiera de sus formas”.

Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que, si tardo, sepas cómo debes conducerte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

**1 Timoteo 3: 14, 15**

Dios no es autor de confusión, sino de paz. Pero Satanás es un enemigo vigilante que nunca duerme, que siempre obra sobre las mentes humanas, buscando un suelo en el cual pueda sembrar su cizaña. Si halla alguien a quien pueda alistar en su servicio, le sugerirá ideas y teorías falsas, y lo hará celoso en la defensa del error. La verdad no sólo convierte, sino que realiza la purificación de quien la recibe. Jesús nos aconseja que nos guardemos de los falsos maestros. Desde el comienzo de nuestra obra, se han levantado de vez en cuando hombres que defendían teorías nuevas y sorprendentes. Pero si los que aseveran creer la verdad acudiesen a quienes tienen experiencia y a la Palabra de Dios con un espíritu humilde y susceptible de ser enseñado, y examinasen sus teorías a la luz de la verdad, con la ayuda de los hermanos que han sido diligentes estudiantes de la Biblia, y al mismo tiempo dirigiesen súplicas a Dios, preguntando: ¿Es éste el camino del Señor, o es una senda falsa en la cual Satanás quiere guiarme?, recibirían luz, y escaparían de la red del cazador.

Desconfíen todos nuestros hermanos y hermanas de cualquiera que quisiera fijar una fecha en que el Señor ha de cumplir su palabra con respecto a su venida, o con respecto a cualquier otra promesa de significado especial que haya hecho. “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad”. Pueden los falsos maestros parecer muy celosos por la obra de Dios, y gastar recursos en presentar sus teorías al mundo y a la iglesia; pero como mezclan el error con la verdad, su mensaje es engañoso, y extraviará las almas por senderos falsos. Es necesario hacerles frente y oponérseles, no porque sean hombres malos, sino porque enseñan errores y procuran poner sobre la mentira el sello de la verdad.

Cuánta lástima inspira ver a ciertos hombres darse tanto trabajo para descubrir alguna teoría errónea, cuando hay un alfolí lleno de preciosas gemas de verdad que podrían enriquecer a todos en la santísima fe. En vez de enseñar la verdad, permiten que su imaginación se espacie en aquello que es nuevo y extraño, y se ponen en desacuerdo con aquellos a quienes Dios está usando para hacer subir a su pueblo a la plataforma de la verdad. Desechan todo lo que se ha dicho acerca de



la unidad de sentimiento, y pisotean la oración de Cristo como si la unidad por la cual él oró no fuese esencial, y no hubiese necesidad de que sus discípulos sean uno como él es uno con el Padre. Escapan por la tangente, y como Jehú, invitan a sus hermanos a seguir su ejemplo de celo por el Señor.

Si su celo los indujese a trabajar en armonía con sus hermanos que han soportado el calor y la carga del día; si fuesen tan perseverantes para vencer los desalientos y los obstáculos como lo han sido sus hermanos, bien podría imitárseles y Dios los aceptaría. Mas han de ser condenados los hombres que salen a proclamar una luz maravillosa, y con todo se apartan de los agentes a quienes Dios está guiando. Así fue como obraron Coré, Datán y Abiram, y su acción nos es relatada como amonestación a todos. No debemos hacer como ellos hicieron al acusar y condenar a aquellos a quienes Dios impuso la carga de la obra.

Los que han proclamado que la Iglesia Adventista del Séptimo Día es Babilonia, han hecho uso de los Testimonios para dar a su posición un apoyo aparente; pero ¿por qué no presentaron lo que durante años ha sido el corazón de mi mensaje la unidad de la iglesia? ¿Por qué no citaron las palabras del ángel: “uníos, uníos, uníos”? ¿Por qué no repitieron la amonestación, ni declararon el principio de que “en la unión hay fuerza, en la división debilidad”? Son los mensajes semejantes a aquellos que han sido proclamados por estos hombres los que dividen a la iglesia y nos avergüenzan delante de los enemigos de la verdad, y en los tales mensajes se revela claramente la obra especiosa del gran engañador, que quisiera impedir a la iglesia alcanzar la perfección y unidad. Estos maestros siguen las teas que ellos mismos encendieron, obran de acuerdo con su propio juicio independiente y estorban la verdad con nociones y teorías falsas. Rechazan el consejo de sus hermanos y siguen su camino hasta que llegan a ser precisamente lo que Satanás desea que sean: desequilibrados mentales.

Amonesto a mis hermanos para que se pongan en guardia contra la obra de Satanás en cualquiera de sus formas. El gran adversario de Dios y del hombre se regocija hoy por haber tenido éxito en lo que respecta a engañar a las almas y distraer sus recursos y talentos para fines perjudiciales. Su dinero podría haberse dedicado a hacer progresar la verdad presente, pero en vez de ello, se ha gastado en presentar nociones que no tienen fundamento en la verdad.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 54-57**

Debe entenderse también que la autoridad de la Iglesia local no es independiente de otras iglesias locales, pues todas ellas son una parte del todo que es la iglesia universal. Sería más conveniente hablar de la autonomía (una mezcla adecuada de autoridad y responsabilidad para actuar) de la Iglesia local que de su independencia. La iglesia local, por ejemplo, elige a sus dirigentes, planifica sus tareas, organiza su presupuesto y lo administra, pero no puede modificar la doctrina o decidir cómo administrar los diezmos. Es evidente que se requiere una organización por encima de la Iglesia local, que se elija con representantes de esta, pero que posea un nivel de autoridad mayor, para custodiar estos aspectos.

Sin embargo, según las mismas Escrituras, es evidente que, al ejercer su autoridad, la congregación local no se desempeñaba en forma aislada o independiente de otras iglesias locales. Por tanto, cualquier teoría de autoridad o de un gobierno eclesiástico que no reconozca la realidad y unidad de la iglesia universal, no se sujeta al testimonio bíblico. No obstante, la relevancia de la unidad de la iglesia no proviene de sus cualidades prácticas ni de la necesidad de una cooperación amigable. Su fundamento está en la misma naturaleza de la iglesia local, que no es simplemente un apéndice de la iglesia universal, sino que es su manifestación plena en esa localidad: la iglesia universal manifestada localmente. La iglesia universal tampoco es la suma de todas las congregaciones locales. La iglesia es una e indivisible, una unidad expresada en forma visible. Esto se refleja claramente en la manera como se emplea frecuentemente la palabra ekklesia en el Nuevo Testamento... La metáfora del “cuerpo” que se presenta en el Nuevo Testamento lo confirma. Cristo no tiene varios cuerpos sino uno, y ese cuerpo se manifiesta en la unidad y cercanía de la iglesia entera. Esto es de vital importancia para el concepto y el ejercicio de la autoridad de la iglesia.

Si en realidad fue la intención de Jesús que su iglesia proclamara y compartiera el evangelio, uno no le podrá negar el derecho de ejercer cierta medida de autoridad administrativa. Al determinar las verdades de la revelación, el papel de la iglesia universal es más difícil e importante. La iglesia, como “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3: 15), fue llamada no sólo a enseñar la verdad del evangelio, sino también a preservarlo y defenderlo. Si bien “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1: 3) quedó fijada por el último testigo apostólico, necesita interpretación y aplicación a las nuevas circunstancias y situaciones.

Los medios por los cuales se logra esto, dependiendo de la dirección que el Señor ha prometido (Juan 14: 15-17; 16: 12, 13), quedaron ilustrados notablemente en Hechos 15. Este capítulo habla de la convocatoria en Jerusalén de una asamblea numerosa de representantes de varias iglesias (versículos 2, 3), incluyendo a los apóstoles y ancianos locales (versículo 4), para



considerar un tema que estaba causando división en la iglesia: el papel de la circuncisión en el evangelio. Después de “**mucho discusión**” (versículo **7**), de la referencia de Pedro a la actividad del Espíritu (versículo **8**) y de la apelación final de Santiago a las Escrituras (versículos **13-18**), se tomó una decisión y fue enviada a los creyentes en otras partes. El decreto enviado por carta en nombre de los apóstoles y ancianos (versículo **23**) no era una simple recomendación, ya que poco después, en su segundo viaje misionero, Pablo y Silas, al pasar por varias ciudades en camino a la región de Frigia y Galacia (**16: 6**), “**entregaban las ordenanzas [griego: dógma] que habían sido acordadas por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén para que las guardasen**” (versículo **4**). La voz del Espíritu (**15: 28**) hablando en las Escrituras y en la obra del evangelio entre los gentiles era escuchada claramente por quienes se reunían “**para conocer de este asunto**” (versículo **6**). Se les aseguró que su decisión, alcanzada después de considerables intercambios, y por medios disponibles a la iglesia en todas las edades, estaba en armonía con la voluntad de Cristo. Sentían confianza al saber que la presencia del Señor había estado “**en medio de ellos**” al estar “**reunidos en [su] nombre**” (**Mateo 18: 20**). Por tanto, las asambleas generales que tratan asuntos relacionados con la iglesia en general y con la preservación de la unidad ejercen su autoridad en una escala más extensa y amplia que la de una congregación local. Estas asambleas, sin lugar a duda, están justificadas en las Escrituras.

**Raoul Dederen, Tratado de Teología Adventista del Séptimo Día, 631, 632**

## **6.8. La delegación de la autoridad**

La autoridad apostólica, instituida por Jesucristo, debía ser delegada a otros conforme la iglesia fuera creciendo en dimensión y complejidad. El relato del nombramiento de los primeros diáconos nos muestra la primera de esta delegación de facultades que resultó en un mejor manejo de la Iglesia local. evidentemente no sería esta la única vez que se requería “**un plan para organizar mejor todas las fuerzas de trabajo de la iglesia**”, con el apoyo de creyentes siempre “**guiados por el Espíritu Santo**”.

Jesús confirió a sus discípulos un poder plenario: “**os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo**” (**Mateo 18: 18**). Elena de White se refirió repetidamente a este texto en sus testimonios, a lo largo de un período de 40 años, subrayando la importancia y la plenitud de la autoridad otorgada a los apóstoles. Sin embargo, ¿cómo se iba a poner en práctica esta autoridad? ¿Cómo se debían tomar las decisiones a la luz de los mandatos de Cristo? Al fin y al cabo, incluyen: “**sabéis que los jefes de las naciones se enseñorean de ellas, y que los grandes ejercen su autoridad sobre ellas. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, que sea vuestro servidor. Y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo**” (**Mateo 20: 25-27**). Para que ningún creyente dudara del significado de Cristo, Pedro lo subrayó con su advertencia: “**sed pastores del rebaño de Dios que está a vuestro cuidado, velando por él, no porque tengáis que hacerlo, sino porque queréis, como Dios quiere que lo hagáis... no os enseñoreéis de los que os han sido confiados, sino que seáis ejemplos para el rebaño**” (**1 Pedro 5: 2, 3 NVI**). Pero la situación se complicaba enormemente por la naturaleza diversa de la iglesia primitiva.

Los primeros creyentes de Jerusalén, aunque todos eran judíos, procedían de muchos países diferentes (**Hechos 2: 5, 6: 1**). Elena de White escribe así sobre ellos “**A pesar de los prejuicios anteriores, todos estaban en armonía unos con otros. Satanás sabía que mientras esta unión siguiera existiendo, sería impotente para frenar el progreso de la verdad evangélica; y trató de aprovechar los antiguos hábitos de pensamiento, con la esperanza de poder introducir en la iglesia elementos de desunión**”. El resultado fue la disensión entre los creyentes de habla griega y hebrea, ya que los primeros alegaban que los segundos trataban injustamente a las viudas griegas (**Hechos 6: 1**). Sin embargo, a pesar de su descontento, los judíos de habla griega no tomaron represalias. En cambio, los apóstoles, como líderes de toda la comunidad de creyentes, consideraron la situación y, como describe Elena de White, “**guiados por el Espíritu Santo**”, concibieron “**un plan para organizar mejor todas las fuerzas de trabajo de la iglesia**”. La mayoría hizo un plan para atender las necesidades y los deseos del grupo minoritario nombrando a los primeros diáconos, un enfoque que tuvo resultados positivos.

**G. T. Ng, Gobierno Eclesiástico y Unidad, Un Estudio Adventista, 28, 29**

La aparición de nuevas comunidades cristianas, cada vez más dispersas, añadió una nueva variable a la necesidad de organizar la iglesia por encima del nivel local. Quienes manejaron inicialmente esta tarea fueron los apóstoles, y algunos otros líderes, que se movían entre las iglesias promoviendo su crecimiento y estableciendo a los líderes locales que continuaban su tarea.

A medida que los creyentes se extendían desde Judea, ya no podía haber una sola comunidad local de cristianos (como llegaron a ser conocidos). Como empezaron a convertir no sólo a judíos que hablaban varias lenguas, sino también a gentiles, la controversia era quizá inevitable. Sin embargo, cuando surgían cuestiones cruciales, no se resolvían de forma independiente, sino colectivamente. Este planteamiento garantizó que se mantuviera la unidad, a pesar de que los



problemas derivados de la diversidad eran tan graves que, en teoría, podrían haber desembocado en un cisma desastroso. En Antioquía hubo "una fuerte disputa y debate" entre, por un lado, "los creyentes que pertenecían al partido de los fariseos", que mantenían que todos los cristianos debían circuncidarse, y Pablo y Bernabé, por otro lado, que no exigían esto a sus conversos gentiles (**Hechos 15: 2, 5 NVI**). Hubo tantas "discusiones y pleitos" en Antioquía que los creyentes locales, "temiendo... una división entre ellos... decidieron enviar a Pablo y Bernabé, con algunos hombres responsables de la iglesia, a Jerusalén para exponer el asunto ante los apóstoles y los ancianos".

Lo que a menudo se llama el "Concilio de Jerusalén" es significativo casi tanto por su proceso como por la decisión teológica que resultó. Cabe destacar que "los apóstoles y los ancianos se reunieron para considerar este asunto" y que fueron ellos quienes tomaron una decisión que evidentemente se consideraba vinculante para las iglesias de todo el mundo. No está claro quiénes eran estos "ancianos", pero Elena de White indica que procedían de Jerusalén, Antioquía y "de las iglesias más influyentes"; y escribe: "El concilio... estaba compuesto por apóstoles y maestros que se habían destacado en el levantamiento de las iglesias cristianas judías y gentiles, con delegados elegidos de diversos lugares".

**G. T. Ng, Gobierno Eclesiástico y Unidad, Un Estudio Adventista, 29, 30**

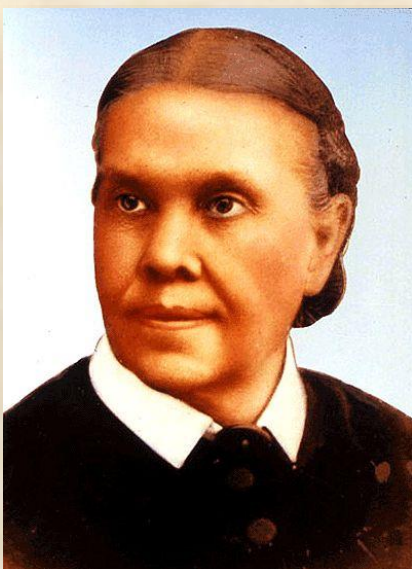
El avance de los tiempos presentaría nuevos retos a la iglesia cristiana, que además debía enfrentar la herejía y la corrupción de la iglesia unos pocos siglos después de la era apostólica. Durante siglos la iglesia remanente sobrevivió sin estructura superior, pero el advenimiento de la Iglesia Adventista del Séptimo Día demandaría una organización que pudiera cumplir en un corto plazo la obra de dar el mensaje de salvación a toda la humanidad.

## 7. Material complementario

### 7.1. Un análisis de la organización

Me interesa plantear aquí (también en los siguientes acápites) algunos conceptos que sería útil considerar al analizar la organización actual tanto de la Iglesia local como la estructura superior. Sin pretender dejar de lado los principios que hemos presentado en este tratado, permítame el lector revisar algunos conceptos que el Espíritu de Profecía ha dejado para nosotros de manera muy clara y que no siempre se ven reflejados en la forma en la que la iglesia mundial procede. Nadie puede discutir no solamente la inspiración de Ellen G. White ni el propósito de sus testimonios ni su amor por la Iglesia, por lo que los puntos que señala deberían ser tomados muy en cuenta para definir el funcionamiento, los procesos y la administración de los negocios de la Iglesia.

#### 7.1.1. La organización a mayor nivel



No pasó desapercibido para Ellen G. White y la iglesia había perdido dinamismo hacia finales del Siglo XIX. Era necesario un cambio y ella tenía una buena idea de cómo lograrlo. Pero también sabía que existían muchos enemigos de la organización (de la alcanzada en 1863 cuando se fundó oficialmente la iglesia) y que aún modificarla implicaría cierta lucha. Durante los años transcurridos se había visto el beneficio de poseer una organización, pero esta parecía ser insuficiente en ese momento, Aunque ella hubiera surgido bajo la conducción del Espíritu de Dios.

Antes de la reorganización de la iglesia mundial en 1901, Ellen G. White escribe desde Cooranbong, Australia lo siguiente:

A medida que nuestros miembros fueron aumentando, resultó evidente que sin alguna forma de organización habría gran confusión, y la obra no se realizaría con éxito. La organización era indispensable para proporcionar sostén al ministerio, para dirigir la obra en nuevos territorios, para proteger tanto a las iglesias como a los ministros de los miembros indignos, para retener las propiedades de la iglesia, para la publicación de la verdad por medio de la prensa, y para muchos otros objetos.

Sin embargo, había un fuerte sentimiento entre nuestros hermanos en contra de ella. Los adventistas del primer día ...eran enemigos de la organización, y la mayor parte de los adventistas del séptimo día tenían las mismas ideas. Buscamos al Señor con ferviente oración para poder entender su voluntad, y nos fue dada luz por su Espíritu en el sentido



de que debía haber orden y disciplina cabal en la iglesia: la organización era esencial. El sistema y el orden se manifiestan en todas las obras de Dios a través del universo. El orden es la ley del cielo, y debe ser la ley del pueblo de Dios en la tierra.

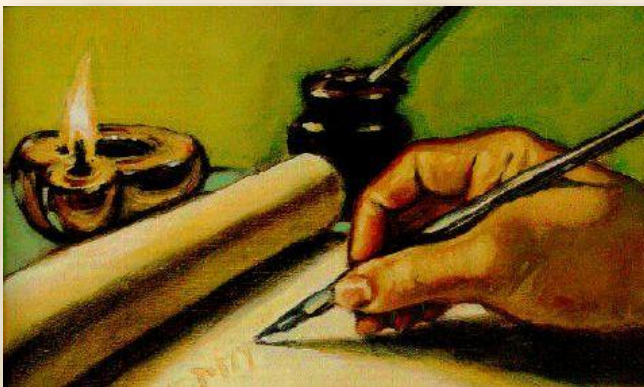
Tuvimos una dura lucha para establecer la organización. A pesar de que Dios dio testimonio tras testimonio sobre este punto, la oposición era fuerte, y hubo que hacerle frente una y otra vez. Pero sabíamos que el Señor Dios de Israel estaba conduciéndonos y guiándonos por su providencia. Nos empeñamos en la obra de la organización, y una señalada prosperidad caracterizó este movimiento de avanzada.

A medida que el desarrollo de la obra exigía que nos empeñáramos en nuevas empresas, estábamos preparados para afrontarlas. El Señor dirigió nuestras mentes a la importancia de la obra educacional. Vimos la necesidad de tener escuelas, a fin de que nuestros niños recibieran una instrucción exenta de los errores de la falsa filosofía, para que su educación estuviera en armonía con los principios de la Palabra de Dios. La necesidad de una institución de salud nos había sido presentada con urgencia, tanto para ayudar e instruir a nuestros propios hermanos como para que fuera un medio de bendición e iluminación para otros. Esta empresa también fue realizada. Todo esto era obra misionera del más alto orden.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 26, 27**

No escapaba su comprensión el hecho que los recursos del Señor no se estaban administrando de la manera correcta. Se habían concentrado en Battle Creek demasiadas responsabilidades en muy pocos hombres. También se habían concentrado demasiadas instituciones en un solo lugar privando a los campos de los recursos humanos y financieros para su crecimiento. Los propios dirigentes poseían caracteres que “necesitaban la gracia transformadora de Cristo”. El liderazgo de algunos de estos dirigentes no había sido el adecuado y entendía que había “habido una forma de actuar contraria a Dios, y se ha aceptado como correcto el juicio de los hombres”.

En las horas de la noche he estado escuchando a uno que hablaba con autoridad. Se hablaron palabras de consejo con respecto a las responsabilidades que deben llevarse en la obra de Dios. El Maestro dijo: no debe trabajarse a la ventura. Mucho de esto se ha hecho. Los hombres han asumido autoridad, pero el pueblo no debiera depender de hombres pobres, finitos y falibles.



Debe poner su entera confianza en la sabiduría que halla su fuerza en la sabiduría de Dios. La inconsecuencia de concentrar tantas responsabilidades en Battle Creek ha sido presentada muchas veces, pero los consejos no se han llevado a la práctica. Las reprensiones y advertencias del Señor han sido evadidas, interpretadas y anuladas por las maquinaciones de los hombres. Ha habido una forma de actuar contraria a Dios, y se ha aceptado como correcto el juicio de los hombres.

En Battle Creek y en otros lugares se ha añadido un edificio a otro para hacer una ostentación imponente. Los hombres pensaban que eso daría carácter a la obra.

Sus propios caracteres necesitaban la gracia transformadora de Cristo. Sólo esto puede dar carácter a la obra. Nada puede hacerse sin la gracia de Cristo.

El Señor permite que surjan impedimentos, para que su sabiduría y su fuerza, al ser buscadas en forma humilde, ferviente y perseverante, puedan manifestarse con claridad. Nada separará tan rápida y decididamente al alma de Dios, y traerá derrota, como que el hombre eleve su alma a cosas vanas y hable de una manera orgullosa, jactanciosa e impositiva a sus semejantes, que son la propiedad de Dios. “No sois vuestros... habéis sido comprados por precio”, el precio de la sangre del Hijo de Dios. Sólo el Señor ha de ser exaltado. Consérvese cada instrumento humano en su lugar y no trate de ocupar el lugar de Dios. Se ha confiado demasiado en los hombres.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 319, 320**

La gran concentración de responsabilidades en unos pocos hombres y el centralismo en el manejo de los recursos financieros estaba ahogando a los campos del exterior que no podían hacer nada sin la aprobación de Battle Creek. Hombres que no tenían conocimiento de las necesidades de la obra en los países extranjeros debían decidir y esto resultaba ineficiente para el crecimiento





de la obra. Por asunto de las comunicaciones de aquel tiempo la demora en recibir respuestas, unos “tres meses”, dejaba en la inacción a quienes demandaban dichos recursos. Y entonces ella señalaba la necesidad que existiera en los diferentes países representantes de la Iglesia que tomarán decisiones para sus respectivos campos sin la participación de la sede en los Estados Unidos de Norteamérica. También señalaba que debería haber, en estos lugares, un hombre que la condujera y una Junta que lo aconsejara y apoyara.

El procedimiento de que todo el dinero debe pasar por Battle Creek y bajo el control de unos pocos hombres que están en ese lugar, es una forma equivocada de administración. Hay demasiadas responsabilidades pesadas dadas a unos pocos hombres, y algunos no hacen de Dios su consejero. ¿Qué saben estos hombres de las necesidades de la obra en los países extranjeros? ¿Cómo pueden ellos saber cómo decidir los asuntos que les son sometidos en procura de información? Les requeriría tres meses a los que están en países extranjeros recibir una respuesta a sus preguntas, aun cuando no hubiera demora en la correspondencia.

En todo país debe señalarse a un hombre para que maneje los intereses generales de la causa. No necesita ser un predicador, y no debe ser tampoco un diplomático. Debe ser abnegado, un hombre que ama, que honra y que teme a su Dios. Todo su tiempo debe estar dedicado a la obra. Debe trazar los planes en forma abnegada y con el temor de Dios. Sea él el agente general para ese país y esté relacionado con una junta compuesta por los mejores hombres, a fin de que ellos puedan tomar consejo juntos y atender la obra dentro de sus fronteras. Debe designarse a administradores que hagan lo mismo en los diferentes estados de Norteamérica.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 321, 322**

Durante largos años he tenido la oportunidad de hacer (a solicitud de la administración de la iglesia) diagnósticos de nuestras instituciones, tanto de la estructura estrictamente eclesiástica como de los negocios de la Iglesia, entre ellos la universidad, escuelas y colegios, clínicas y los negocios vinculados a publicaciones, así como en la industria. Aunque he hecho muchas propuestas que han sido aceptadas por los administradores, veo con tristeza que no siempre se han aplicado los cambios o estos mismos no han resistido el cambio de los administradores, pues algunos de ellos deciden partir de cero cuando llegan a una institución, dejando de lado lo que otros hicieron antes. Esto me parece una práctica lamentable pues no construye sobre lo edificado, sino que pretende hacerlo todo de nuevo, a su manera. Ellen G. White sostenía desde aquel entonces que quienes conocieran “una forma mejor de administrar, debieran compartir sus impresiones con los encargados y ayudarles a comprender cuál es el procedimiento correcto que deben seguir”. También dice ella que si no tiene nada que sugerir tampoco critiquen.

Los que visitan nuestras instituciones y ven trabajos que no se realizan en la forma más adecuada si tienen la experiencia necesaria y conocen una forma mejor de administrar, debieran compartir sus impresiones con los encargados y ayudarles a comprender cuál es el procedimiento correcto que deben seguir. Los que no hacen esto descuidan su deber y son infieles a la responsabilidad que Dios les ha dado. El Señor quiere que difundan luz si es que la poseen; y si no tienen un plan de acción bien estructurado para sugerir, hacen mal en hablar a otros de los errores que han visto.

**Ellen G. White, Consejos sobre la salud, 293**

Aunque trataré este tema con mayor amplitud unos acápites más adelante, quisiera resaltar la importancia que los ministros se capaciten para cumplir con mayor eficiencia las funciones que se les encomiendan. En especial cuando pasan de administrar una iglesia local o un distrito a convertirse en departamentales, secretarios o presidentes de una asociación o misión. Con mayor razón si es que en administrar algunos de los negocios de la Iglesia y se percatan que durante sus años de estudio para ser ministros nunca recibieron la formación adecuada para esto.

Los hombres que aceptan posiciones en cualquiera de nuestras instituciones debieran hacerlo comprendiendo plenamente cuáles son sus responsabilidades... no existe ninguna excusa por no estar haciendo un trabajo misionero más cabal... Debiera prestarse más atención a obtener capacitación para cada deber. Los obreros debieran procurar mejorar para hacer su obra en la mejor manera posible y con fidelidad, a fin de obtener la aprobación de Dios.

**Ellen G. White, Consejos sobre la salud, 283**

### **7.1.2. La importancia del orden**

En el siguiente subacápite trataré el tema del planeamiento estratégico de la Iglesia, sin embargo, me gustaría dedicar unas líneas al tema del orden en la iglesia. Tal vez a algunos puede parecerles un tema baladí, pero la realidad es que es muy importante para cualquier organización y en particular para la iglesia. Siempre decimos y con razón que Dios es un Dios de orden, por lo tanto, debería ser un tema también importante para la gestión de la Iglesia que se hace para servir a un



Dios de orden. Quienes deseamos la bendición de Dios para nuestras tareas de la Iglesia, y que esperamos contar con la presencia de los ángeles, ser ordenados es una virtud que debemos practicar. Soy de los que piensa que no hay planificación sin orden, y que no puede haber orden si no hay planificación antes. Ellen G. White dice que, si “no vemos ninguna necesidad de trabajar en forma armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestra forma de obrar, los ángeles, que están cabalmente organizados, y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar por nosotros con éxito. Se apartan apesadumbrados, porque no están autorizados a bendecir la confusión, la distracción y la desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos”.

Los ángeles trabajan en forma armoniosa. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más de cerca imitemos la armonía y el orden de la hueste angelical, más éxito tendrán los esfuerzos de estos agentes celestiales en nuestro favor. Si no vemos ninguna necesidad de trabajar en forma armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestra forma de obrar, los ángeles, que están cabalmente organizados, y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar por nosotros con éxito. Se apartan apesadumbrados, porque no están autorizados a bendecir la confusión, la distracción y la desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 28**

Ella también menciona la necesidad de trabajar de manera ordenada y disciplinada, y con unidad de propósito y nos previene que lo contrario es el “resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, para destruir nuestro valor, impedir el éxito en la acción”.

Los que tienen la unción de lo alto estimularán el orden, la disciplina y la unidad de acción en todo lo que emprendan, y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca, nunca estos mensajeros celestiales respaldarán la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, para destruir nuestro valor, impedir el éxito en la acción.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 28, 29**

Quisiera mencionar que unidad de propósito no significa uniformidad, ni que todos debamos hacer exactamente lo mismo, que sigamos las instrucciones de una sola mente y que depongamos nuestra capacidad de análisis y juicio, así como nuestra creatividad. No debemos dejar de lado nuestro juicio individual, ni suponer que unas pocas personas poseen “toda la capacidad mental que existe en el mundo”. No piensen nuestros dirigentes que deben “especificar todas las indicaciones que los obreros deben seguir” pues esto en opinión de la Sierva del Señor resultará en “deficiencia, en falta de iniciativa propia en los obreros, porque han dependido de otros para todos sus planes y ellos mismos no han asumido ninguna responsabilidad”.

Se me ha mostrado que hay una costumbre que deben evitar los que ocupan puestos de responsabilidad, porque es perjudicial para la obra de Dios. Los hombres que tienen cargos importantes no deben enseñorearse de la herencia de Dios ni disponer de todo lo que se encuentra a su alrededor. Demasiadas personas han señalado una línea determinada que pretendían que los demás siguieran en la obra. Los obreros han tratado de seguirla con fe ciega, sin ejercer su propio juicio acerca del asunto que tenían entre manos. Si los que fueron nombrados directores no hubieran estado presentes, habrían seguido sus instrucciones exactamente de la misma manera. Pero, en el nombre de Cristo, les ruego que no sigan haciendo esa obra. Den a los hombres la oportunidad de ejercer su juicio individual. Los que siguen las indicaciones de otra persona y están dispuestos a que otro piense por ellos, no están en condiciones de que se les confíen responsabilidades. Nuestros dirigentes son descuidados en este asunto. Dios no ha dado a ciertas personas en particular toda la capacidad mental que existe en el mundo.

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad deben creer que los demás también tienen criterio, cierta capacidad de razonar y perspicacia, y deben considerarlos capaces de realizar la obra que se les ha encomendado. Nuestros dirigentes han cometido un gran error al especificar todas las indicaciones que los obreros deben seguir, y esto ha resultado en deficiencia, en falta de iniciativa propia en los obreros, porque han dependido de otros para todos sus planes y ellos mismos no han asumido ninguna responsabilidad. Si salieran de nuestras filas o murieran los hombres que han tomado sobre sí esta responsabilidad, ¿en qué condición se hallarían nuestras instituciones!

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 301, 302**

### **7.1.3. Planeamiento eclesiástico**

Durante más de 25 años he capacitado a unos 8.000 profesionales, en cursos de maestría y postgrado, en temas de administración en seis universidades (cinco en mi país y una en Europa) y una gran cantidad de empresas e instituciones del sector empresarial y público, así como el social.



Algo conozco sobre el tema. Una de mis citas favoritas cuando trato el tema del planeamiento estratégico, por su brevedad y contundencia, sobre la necesidad del cambio es una de un tal Albert Einstein, del que seguro ha escuchado hablar. La cita dice así:

“Si quieres resultados distintos no sigas haciendo lo mismo”.

**Albert Einstein**

También expone el mismo concepto con una frase aún más directa y con algún contenido de sorna. Por lo general, también la cito cuando trató del mismo tema. Juzgue usted con cuál de las dos se queda... yo me quedo con ambas.

“No hay mayor rasgo de locura que hacer lo mismo y pretender tener resultados diferentes”.

**Albert Einstein**

Hace unos 20 años, me encontraba dictando un curso de planeamiento estratégico a un conjunto de pastores de una asociación. El presidente de esta asociación deseaba mejorar los resultados de la Iglesia y quería implementar un modelo de planeamiento estratégico adecuado. Mientras yo hablaba observé que una persona entró a la sala y se acercó a cada uno de los asistentes para decirles en voz baja algún mensaje. Supuse que se trataba de alguna coordinación urgente por lo que no le presté demasiada atención. Sin embargo, unos minutos después de que este caballero se había retirado el presidente pidió la palabra, pidió disculpas por lo que había pasado y comentó que quien había entrado era un experimentado pastor, y les había dicho al oído que el planeamiento estratégico era un asunto del demonio... Este es el tipo de pensamiento que ha limitado o detenido el uso de las mejores prácticas de administración en la Iglesia Adventista del Séptimo Día. No voy a defender la necesidad de utilizar esta u otras técnicas, sino que dejaré que sea el Espíritu de Profecía quien lo haga.

Ella sostiene que debemos elevar nuestra “mente a la grandeza de la obra”. Esto implica utilizar toda nuestra capacidad para desarrollar planes que permiten que nuestras acciones sean más eficaces y eficientes. No debemos sentirnos limitados por lo que hemos hecho en el pasado, sino que deberíamos estar buscando cada vez nuevas formas con las que cumplir la tarea que el Señor nos ha encomendado. Sígame, por favor, para entender el mensaje de la Sierva del Señor.

**Elevad vuestra mente a la grandeza de la obra. Vuestros planes estrechos, vuestras ideas limitadas no han de incorporarse a vuestros métodos de trabajo.**

**Ellen G. White, El Evangelismo, 402**

Nuestro Señor cuando enseñaba a sus discípulos no dejó de mencionar la necesidad de planificar en detalle la obra, aún en la parte financiera. No hay forma de entender mal estos versículos pues el Señor señala que antes de empezar algo debe haberse analizado lo que hay que hacer y definido cuánto cuesta para evitar el fracaso. En otro momento, habló de planes alternativos mediante el caso de la guerra entre dos reyes.

**¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene lo que necesita para terminarla? No sea que después que haya puesto el fundamento, no pueda acabarla, y los que lo vean se burlen de él, diciendo: este hombre empezó a edificar, y no pudo terminar.**

**San Lucas 14: 28-30**

**O, ¿qué rey, teniendo que ir a la guerra contra otro rey, no considera primero si puede enfrentar con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está aún lejos, le envía una embajada y le pide las condiciones de paz.**

**San Lucas 14: 31, 32**

Ellen G. White afirma además que la planificación debe hacerse rápidamente porque las demoras hacen que con frecuencia se pierden victorias y se generen crisis a la causa. Una acción rápida en el momento adecuado impedirá, según ella, que Dios sea deshonrado.

**La planificación de las cosas en el tiempo puede decir mucho en favor de la verdad. Con frecuencia se pierden victorias a causa de las demoras. Habrá crisis en la causa. Una acción rápida y decisiva llevada a cabo en el momento debido hará ganar triunfos gloriosos, en tanto que la demora y el descuido producirán grandes fracasos y deshonrarán a Dios.**

**Ellen G. White, El Evangelismo, 473**

Entiendo que la última parte de esta cita señala que Dios es deshonrado cuando nosotros no actuamos de la manera que Él espera en la administración de la Iglesia. También entiendo que lo que él espera es una acción rápida, eficaz y en el momento oportuno. Esto implica también una



acción proactiva que solamente puede lograrse si se han analizado con anticipación los potenciales problemas que deberían ser enfrentados. Ella menciona además que junto con la demora se produce descuido, es decir falta de cuidado con la obra que ha sido encargada como queda explícitamente mencionado en la cita siguiente. También para usted va quedando más evidente que ella pensaba que la planificación era muy importante pero la buena marcha de la Iglesia. La Pluma Inspirada destaca además que una de las razones para planificar es poder actuar de una manera “que requiera la menor cantidad posible de recursos, porque la obra debe extenderse hasta las regiones más alejadas”.

El pueblo de Dios debe despertar ahora para llevar a cabo la obra que ha descuidado. Debemos poner en juego todas las energías de la mente en la planificación de esta obra. No debemos economizar ningún esfuerzo para presentar la verdad tal como fue revelada por Jesús, en forma tan sencilla y sin embargo con tanta fuerza que las mentes queden poderosamente impresionadas. Debemos hacer planes para trabajar en una forma que requiera la menor cantidad posible de recursos, porque la obra debe extenderse hasta las regiones más alejadas.

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 231**

Dios también desea que quienes posean “talento y habilidad para planificar y trabajar armoniosamente” se unan voluntariamente su obra y “quieran trabajar teniendo en vista la gloria de Dios, para adelantar la obra en sus diversos ramos”.

Se necesitan talento y habilidad para planificar y trabajar armoniosamente. Necesitamos personas que quieran trabajar, no solamente para beneficiarse a sí mismas, recibiendo todo lo que puedan obtener por su trabajo, sino que quieran trabajar teniendo en vista la gloria de Dios, para adelantar la obra en sus diversos ramos. Esta es una oportunidad preciosa para poner de manifiesto su devoción al Señor de la obra, y su capacidad para llevarla a cabo. A cada uno se da su obra, no para que se glorifique él mismo, sino para que tribute gloria a Dios.

**Ellen G. White, El Evangelismo, 74**

Suelo decir en los cursos de administración que un buen gerente no es el que lo sabe todo, sino el que sabe bien quién sabe. Un buen gerente se rodeará de personas que posean diferentes y complementarios talentos al suyo de manera que sus objetivos puedan ser alcanzados. Sería absurdo pensar que un gerente tendrá más éxito si se rodea de personas que no contribuyan con nuevas ideas, o que no posean talentos complementarios. Ellen G. White sostiene que esta forma de actuar obstruye “el camino del progreso de la obra”. Por el contrario, los administradores deberían educar y animar “a los jóvenes a pensar y a actuar, a proyectar y a planear, a fin de que tengamos una multitud de consejeros”.

Den lugar al Señor para que utilice los talentos que él ha confiado a otros hombres, a fin de que la causa pueda crecer. Denle al Señor la oportunidad de usar las mentes de otros hombres. Estamos perdiendo mucho por causa de nuestros planes e ideas estrechos. No obstruyan el camino del progreso de la obra. Permitan, en cambio, que el Señor obre por medio de quienes él quiera. Eduquen, animen a los jóvenes a pensar y a actuar, a proyectar y a planear, a fin de que tengamos una multitud de consejeros.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 304**

Algunos administradores suponen que es una prueba de lealtad que sus subordinados hagan lo que él les ordena, mientras que Ellen G. White sostiene que “el Señor convoca a obreros que tienen diferentes planes e ideas y diversos métodos de trabajar” pero que en todo esto “se ha de revelar una unidad de propósito”. Con una gran franqueza ella señala que en el pasado “la obra que el Señor quería que prosperase ha sido estorbada porque los hombres procuraron poner un yugo sobre sus colaboradores que no seguían los métodos que ellos consideraban los mejores”.

En la obra de salvar almas, el Señor convoca a obreros que tienen diferentes planes e ideas y diversos métodos de trabajar. Pero con esta diversidad de mentes, se ha de revelar una unidad de propósito. A menudo, en lo pasado, la obra que el Señor quería que prosperase ha sido estorbada porque los hombres procuraron poner un yugo sobre sus colaboradores que no seguían los métodos que ellos consideraban los mejores.

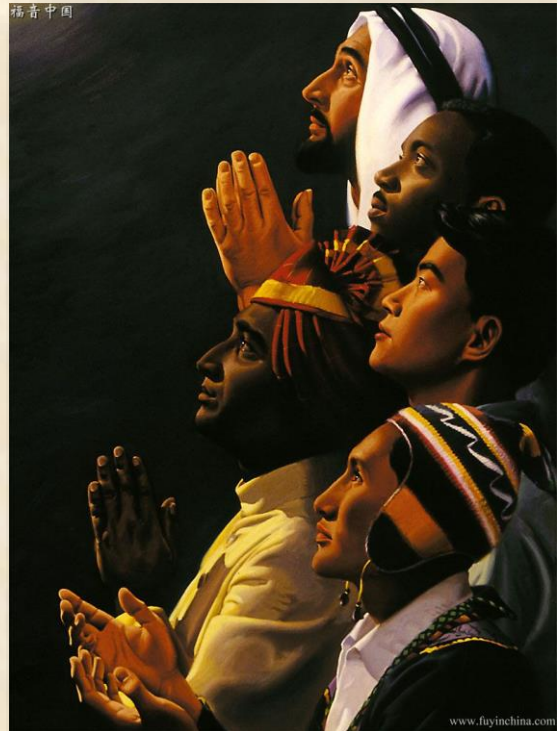
**Ellen G. White, Consejos para los maestros, 517**

No me parece una virtud que los administradores locales se vean obligados a ejecutar los planes, diseñados a nivel de la división, en el lugar donde se desempeñan cuando hay enormes diferencias no solamente culturales, de recursos, de nivel educativo o de capacidades de los miembros de las iglesias donde se han de aplicar. Sin mencionar que las necesidades de las congregaciones son también muy diferentes, tanto como lo son las comunidades en las que deben actuar. Cómo puede suponerse que lo que se ha diseñado para aplicar en todos los campos, pueda tener el mismo efecto positivo en una megápolis como Sao Paulo, o en una pequeña comarca en la



selva del Paraguay, o en una provincia alejada de la serranía de mi país. Algunos dirigentes llegan a pensar que quienes se oponen a seguir el concepto del método único son personas que no aman al Señor o a la Iglesia como ellos. Debemos dejar que existan mil métodos donde existe uno, ya que enfrentamos un mundo cada vez más diverso, aún dentro de una misma ciudad. Las diferencias sociales, económicas, educacionales cuando no el efecto edad demanda cada vez más variación en los métodos, aunque el propósito siga siendo el mismo. No condenemos a quienes quieren aplicar métodos distintos... mientras estos no remuevan los hitos que el Señor estableció.

Por otro lado, los dirigentes de entre el pueblo de Dios deben guardarse del peligro de condenar los métodos de los obreros individuales que sean inducidos por el Señor a hacer una obra especial para la cual hay pocos idóneos. Sean los hermanos que llevan responsabilidades lentos para criticar movimientos que no estén en perfecta armonía con sus métodos de trabajo. No supongan ellos nunca que cada plan debe reflejar su propia personalidad. No teman confiar en los métodos de otros; porque al privar de su confianza a un hermano obrero que, con humildad y celo consagrado, está haciendo una obra especial según Dios le señaló, están retardando el progreso de la causa del Señor.



**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 503**

El mi opinión (también en la de Ellen G. White, que es la que en realidad importa) los que están en un alto cargo “no deben enseñorearse de la herencia de Dios ni disponer de todo lo que se encuentra a su alrededor. Demasiadas personas han señalado una línea determinada que pretendían que los demás siguieran en la obra”. Ellos en cambio deberían dar “a los hombres la oportunidad de ejercer su juicio individual”. Es más, los “que siguen las indicaciones de otra persona y están dispuestos a que otro piense por ellos, no están en condiciones de que se les confíen responsabilidades”.

Se me ha mostrado que hay una costumbre que deben evitar los que ocupan puestos de responsabilidad, porque es perjudicial para la obra de Dios. Los hombres que tienen cargos importantes no deben enseñorearse de la herencia de Dios ni disponer de todo lo que se encuentra a su alrededor. Demasiadas personas han señalado una línea determinada que pretendían que los demás siguieran en la obra.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 301**

Pero, en el nombre de Cristo, les ruego que no sigan haciendo esa obra. Den a los hombres la oportunidad de ejercer su juicio individual. Los que siguen las indicaciones de otra persona y están dispuestos a que otro piense por ellos, no están en condiciones de que se les confíen responsabilidades. Nuestros dirigentes son descuidados en este asunto. Dios no ha dado a ciertas personas en particular toda la capacidad mental que existe en el mundo.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 301, 302**

Quienes dirigen la obra desde los puestos de mayor responsabilidad deben confiar que sus colaboradores “tienen criterio, cierta capacidad de razonar y perspicacia, y deben considerarlos capaces de realizar la obra que se les ha encomendado” y por lo tanto son capaces de crear nuevos métodos para alcanzar a los no alcanzados. Debería otorgárseles la autonomía para iniciar planes novedosos y para hacerse cargo de cada vez mayores responsabilidades.

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad deben creer que los demás también tienen criterio, cierta capacidad de razonar y perspicacia, y deben considerarlos capaces de realizar la obra que se les ha encomendado. Nuestros dirigentes han cometido un gran error al especificar



todas las indicaciones que los obreros deben seguir, y esto ha resultado en deficiencia, en falta de iniciativa propia en los obreros, porque han dependido de otros para todos sus planes y ellos mismos no han asumido ninguna responsabilidad.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 302**

A más de uno debe sorprender el hecho que ella diga que a “través de los siglos, Dios ha sido preciso con respecto al planeamiento y a la realización de su obra”, lo que implica que esto no es un pensamiento divino relacionado con los tiempos modernos, sino que ha sido una constante que la iglesia debía tener en cuenta. También establece que en su propio tiempo el Señor “ha dado a su pueblo mucha luz e instrucción con respecto a cómo su obra ha de llevarse adelante: de una manera elevada, refinada y concienzuda; y él se agrada de aquellos que en su servicio realizan los designios divinos”. Como podemos ver, no hay nada más alejado de la realidad que el planeamiento es un asunto del enemigo de todas las almas, como mencionaba el pastor de mi relato anterior.

A través de los siglos, Dios ha sido preciso con respecto al planeamiento y a la realización de su obra. En esta época, él ha dado a su pueblo mucha luz e instrucción con respecto a cómo su obra ha de llevarse adelante: de una manera elevada, refinada y concienzuda; y él se agrada de aquellos que en su servicio realizan los designios divinos.

**Ellen G. White, El Evangelismo, 54**

La urgencia de realizar un “trabajo sistemático” es evitar que el enemigo ocupe “de antemano el campo con fábulas fascinadoras, y la atención de los hombres llega a estar absorbida en las decepciones del archiengañador”. El uso del concepto “trabajo sistemático” implica a mi modesto entender conjunto de procesos realizados con una frecuencia determinada, aplicando herramientas prediseñadas que han sido enseñadas a los miembros de la organización.

Se necesita trabajo sistemático; pero donde algunos de vosotros empleáis tanto tiempo en proyectar y planear, y prepararos para el trabajo, Satanás ocupa de antemano el campo con fábulas fascinadoras, y la atención de los hombres llega a estar absorbida en las decepciones del archiengañador.

**Ellen G. White, Servicio Cristiano, 97**

Para complementar todo lo mencionado Ellen G. White llama a Dios “el gran Planificador” con lo que el concepto que la planificación no tiene relación con la espiritualidad, ni con la administración de la Iglesia queda totalmente desvirtuado.

La iglesia debe obrar activamente, como cuerpo organizado, para difundir la influencia de la cruz de Cristo. Los que trabajan abnegadamente para presentar la verdad a los de lejos y a los de cerca, son considerados en las cortes celestiales como “colaboradores de Dios... labranza de Dios, edificio de Dios”. **1 Corintios 3: 9**. Dirigidos por el gran Planificador, ponen de manifiesto lo que pueden llegar a ser los seres humanos cuando llevan el yugo de Cristo y aprenden de su mansedumbre y humildad.

**Ellen G. White, Cada día con Dios, 240**

#### **7.1.4. La administración financiera**

Algunas frases célebres son útiles para plantear un concepto importante. **Henry George Bohn**, un importante editor del Siglo XIX señala que “el dinero es un buen sirviente, pero un mal amo”. De acuerdo con mi propia interpretación el dinero puede ser un recurso muy útil si se maneja adecuadamente y puede ser un terrible dolor de cabeza si no se sabe administrar. Una de las preocupaciones más importantes de Ellen G. White en cuanto a la gestión de la Iglesia es la referida a la administración financiera. Numerosas veces ella se pronuncia sobre algunos principios que debía tener la iglesia para el manejo de dinero no solo desde el punto de vista del gasto o la inversión, sino sobre las responsabilidades que atañen a los ministros a este respecto. Aunque algunas de sus ideas pueden parecer sorprendentes, es importante entender el énfasis que ella le otorga a la gestión de los recursos económicos.

Dentro de este campo un aspecto que le merecía mucha preocupación era la concentración de las decisiones en unos pocos hombres en la sede principal de la Iglesia. Ella habla de la necesidad que sean “hombres capaces, que aprendan en la escuela de Cristo a ser sus colaboradores” que deleguen la administración a los asociaciones y que dejen de convertirse “en un serio obstáculo para el avance de la obra”. Ella indica que el pueblo de Dios tiene que volver sus ojos a Él para tener “el conocimiento de la obra de su providencia”

En Battle Creek tenéis evidencia de que hombres que han tenido mucho que decir no andan con Dios. Hay abundante actividad, pero no son muchos los que trabajan en sociedad con Cristo; y los que andan y trabajan lejos de él han sido más activos en planear y poner en práctica sus propios



métodos. Si tuvieran la sabiduría que viene de la Fuente de toda sabiduría, actuarían en forma más considerada y estudiarían más fervientemente la relación de causa a efecto. Se darían cuenta de que unas pocas mentes en Battle Creek no pueden manejarlo todo.

Las asociaciones que corresponden a los estados deben tener hombres en su dirección que amen y teman a Dios: hombres capaces, que aprendan en la escuela de Cristo a ser sus colaboradores, a llevar su yugo y a levantar las cargas del Señor. Han de ser socios con Cristo en el servicio sagrado de salvar almas. Todo miembro de iglesia ha de trabajar con celo y fervor, no luchando, como muchos han hecho, para ver quién será el mayor y cómo obtener los mayores sueldos, sino para ganar almas, lo cual significa ser parte de la firma, socios de Cristo. Traten todos de hacer lo mejor.

Se me presentó el asunto que estaba tratando de explicar a los hermanos. Hay demasiada responsabilidad concentrada en unos pocos hombres en Battle Creek y esos hombres necesitan el poder transformador del Espíritu Santo, de otra manera conducirán por falsos senderos a la herencia de Dios. Las asociaciones están vigilando todo movimiento hecho en el centro de la obra. Las diferentes asociaciones han sido inducidas a volver sus ojos hacia los dirigentes de Battle Creek, creyendo que no puede tomarse ninguna determinación importante sin su aprobación. Esta tendencia se ha ido fortaleciendo hasta convertirse en un serio obstáculo para el avance de la obra. Este arreglo nunca debió haber existido. El Señor quiere tener a su pueblo bajo su jurisdicción. Sus hijos deben volver sus ojos a él, inquiriendo de él con fe, y continuando en el conocimiento de la obra de su providencia.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 320, 321**



Un aspecto central de la administración financiera de la Iglesia es el que tiene que ver con la recolección del diezmo. Pocos identifican la real importancia que esto tiene para la eficacia de la Iglesia. Ellen G. White también sostiene que la responsabilidad principal de pastores y ancianos es que estos se encarguen “fielmente en la obra de reunir el diezmo”. Una demostración de su incapacidad sería “si dejan de destacar ante la iglesia la importancia de devolver a Dios lo que le pertenece, si no se preocupan de que los dirigentes de iglesia que dependen de ellos sean fieles, y de que el diezmo sea llevado a la tesorería”. Menciona que si esto ocurre ellos “están en peligro”, pues “están descuidando un asunto que implica una bendición o una

maldición para la iglesia. Deberían ser relevados de su responsabilidad y habría que poner a prueba a otros hombres”. No recuerdo una cita de la Pluma Inspirada donde ella señale que un pastor o anciano merecería ser separado de su labor por dejar de hacer alguna otra tarea. Esto sin duda destaca la importancia que otorga a recoger un diezmo justo para el Señor.

Que la iglesia designe a pastores o ancianos que se hayan consagrado al Señor Jesús, y que esos hombres comprendan que se elige a dirigentes que se desempeñarán fielmente en la obra de reunir el diezmo. Si los pastores demuestran que no están capacitados para ese cargo, si dejan de destacar ante la iglesia la importancia de devolver a Dios lo que le pertenece, si no se preocupan de que los dirigentes de iglesia que dependen de ellos sean fieles, y de que el diezmo sea llevado a la tesorería, están en peligro. Están descuidando un asunto que implica una bendición o una maldición para la iglesia. Deberían ser relevados de su responsabilidad y habría que poner a prueba a otros hombres.

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 111**

Un complemento importante a lo antes señalado está en la cita siguiente donde indica que el trabajo específico de los presidentes de las asociaciones es descuidado. Aquí no se refiere a la predicación, ni a la ganancia de almas, ni a ordenar pastores, o administrar las instituciones, sino a



la de “vigilar para que los ancianos y los diáconos de las iglesias hagan su obra en ellas, tratando de que entre un diezmo fiel en la tesorería”. No me cabe ninguna duda que ella consideraba que este era el trabajo principal de los administradores de la Iglesia, y que también era el trabajo más importante de los ancianos y diáconos de la Iglesia local.

Muchos presidentes de asociación no atienden su trabajo específico, es a saber, vigilar para que los ancianos y los diáconos de las iglesias hagan su obra en ellas, tratando de que entre un diezmo fiel en la tesorería.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 305**

En los muchos años que tengo de anciano de iglesia me he topado con algunos pastores que no deseaban hacer esta obra (hablar a los feligreses sobre sus obligaciones financieras con Dios) pues le parecía que no sería bien vista por los hermanos de iglesia, dado que ellos aparecerían como los principales beneficiados.

Algunos dejan de educar a la gente en lo que se refiere al cumplimiento de su deber. Predican esa parte de nuestra fe que no despertará oposición ni desagradará a los oyentes; pero no declaran toda la verdad. La gente disfruta de su predicación; pero hay falta de espiritualidad porque no se satisfacen los derechos de Dios. Su pueblo no le da los diezmos y las ofrendas que le pertenecen. Este robo perpetrado contra Dios, practicado tanto por ricos como por pobres, ha llevado oscuridad a las iglesias; y los pastores que trabajan con la gente y no les presentan la sencilla voluntad revelada de Dios, son puestos bajo condenación con la gente, porque han descuidado su deber.

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 92**

Algún otro pastor consideraba que el tema del diezmo era un asunto privado del adorador y que él no pensaba intervenir a menos que fuera consultado. Es evidente que éste no es el pensamiento del Espíritu de Profecía, pues declara que “este robo perpetrado contra Dios, practicado tanto por ricos como por pobres, ha llevado oscuridad a las iglesias; y los pastores que trabajan con la gente y no les presentan la sencilla voluntad revelada de Dios, son puestos bajo condenación con la gente, porque han descuidado su deber”.

Es muy precisa además en señalar que la urgencia de la obra de predicar el último mensaje de amonestación o un mundo que parece requiere de “recursos financieros” para hacer crecer la obra y que “el dinero necesario para extenderla debe ser colocado en la tesorería...”

Si en realidad tenemos la verdad para estos últimos días, ésta debe ser llevada a cada nación, tribu, lengua y pueblo. Dentro de poco los vivos y los muertos serán juzgados según sus obras hechas en el cuerpo, y la ley de Dios es la norma por medio de la que serán probados. Por lo tanto, ahora deben ser advertidos; la ley de Dios debe ser vindicada y puesta ante ellos como un espejo. Para llevar a cabo esta obra se necesitan recursos financieros. Sé que los tiempos son difíciles y que no hay mucho dinero; pero la verdad debe ser esparcida y el dinero necesario para extenderla debe ser colocado en la tesorería...

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 43, 44**

Otro tema. Ellen G. White sostiene que no se debe encargar a los pastores la tarea de manejar las “finanzas de la causa” sino que estas “han de ser manejadas por hombres capaces; pero los ministros han sido destinados a otro ramo de trabajo...”. Lea por favor las dos citas siguientes. Me impresiona que ella diga que “muchos de nuestros ministros han hecho esta obra en lo pasado, pero no es la obra a la cual el Señor desea que se dediquen. Se les han impuesto demasiadas cargas financieras”. Me deja impactado que ella sostenga con tanta precisión que cuando los pastores o ministros “tratan de llevar estas cargas, esto resulta en desmedro de su comisión evangélica. Dios considera esto como un deshonor para su nombre”. Le recuerdo, una vez más, al amable lector que no estoy expresando mi opinión al respecto, sino presentando lo que el Señor nos ha revelado a través del Espíritu de Profecía.

No pocos ministros están descuidando precisamente la obra para la cual han sido nombrados. ¿Por qué se nombran miembros de juntas y comisiones a aquellos que han sido puestos aparte para la obra del ministerio? ¿Por qué se les convoca a asistir a tantas reuniones de negocios, muchas veces a gran distancia de sus campos de labor? ¿Por qué no se ponen los asuntos administrativos en manos de administradores? Los ministros no han sido designados para hacer esta obra. Las finanzas de la causa han de ser manejadas por hombres capaces; pero los ministros han sido destinados a otro ramo de trabajo...

**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 439, 440**

Los ministros no han de ser llamados aquí y allí para asistir a reuniones de junta con el propósito de decidir cuestiones de negocios comunes. Muchos de nuestros ministros han hecho esta obra en lo pasado, pero no es la obra a la cual el Señor desea que se dediquen. Se les han impuesto





demasiadas cargas financieras. Cuando tratan de llevar estas cargas, esto resulta en desmedro de su comisión evangélica. Dios considera esto como un deshonor para su nombre.

**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 44**

#### 7.1.5. Los negocios de la iglesia

Una de las citas más conocida por los adventistas del séptimo día es la que se muestra a continuación. En ella la Sierva del Señor reconoce la exitosa conducción de Dios y se llena de asombro con lo que él ha logrado con su pequeño pueblo. Menciona que “no tenemos nada que temer por el futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido”. Luego de llamar nuestra atención en relación con las “grandes responsabilidades, en correspondencia con la gran luz que Dios nos ha dado” sostiene que tenemos un enorme recurso en el “ejército de jóvenes hoy que puede hacer mucho si es debidamente dirigido y animado” para cumplir con “nuestro deber” de “difundir la luz que sabemos que el mundo no tiene”.

Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que Dios ha hecho, me siento llena de asombro, y confianza en Cristo como nuestro líder. No tenemos nada que temer por el futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido.

Podemos ser ahora un pueblo fuerte, si ponemos nuestra confianza en el Señor; porque estamos manejando las grandiosas verdades de la Palabra de Dios. Tenemos todas las razones para estar agradecidos. Si andamos en la luz de los vivientes oráculos de Dios tal como brilla sobre nosotros, tendremos grandes responsabilidades, en correspondencia con la gran luz que Dios nos ha dado. Tenemos muchos deberes que realizar, porque hemos sido hechos depositarios de la verdad sagrada que debe ser dada al mundo en toda su hermosura y su gloria. Hemos contraído con Dios la deuda de usar toda ventaja que él nos ha confiado para hermostrar la verdad por la santidad del carácter, y para proclamar los mensajes de amonestación, consuelo, esperanza y amor a los que están en las tinieblas del error y del pecado.

Gracias a Dios por lo que ya se ha hecho en proporcionar a nuestros jóvenes los medios para su preparación religiosa e intelectual. Muchos han sido educados para que puedan desempeñar una parte en las diversas ramas de la obra, no sólo en Norteamérica, sino en los campos extranjeros. Nuestras editoriales han proporcionado publicaciones que han difundido por todas partes el conocimiento de la verdad. Que todos los donativos que cual riachuelos han engrosado la corriente de la dadivosidad, sean reconocidos como una causa de gratitud a Dios.

Tenemos un ejército de jóvenes hoy que puede hacer mucho si es debidamente dirigido y animado. Queremos que nuestros niños crean la verdad. Queremos que sean bendecidos por Dios. Queremos que participen en planes bien organizados para ayudar a otros jóvenes. Sean todos preparados de tal manera que puedan presentar correctamente la verdad dando razón de la esperanza que hay en ellos, y honrando a Dios en todo ramo de la obra donde estén capacitados para actuar...

Como discípulos de Cristo, es nuestro deber difundir la luz que sabemos que el mundo no tiene. Que los hijos de Dios “sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna”. **1 Timoteo 6: 18, 19.**

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 31, 32**

Los administradores de la Iglesia no se deben considerar autosuficientes, sino que deberían buscar el consejo de hermanos de experiencia y que tengan conocimiento de los negocios de la Iglesia. Deben poseer la suficiente humildad como para reconocer que puede haber otras personas que conozcan más que ellos sobre algún tema en particular. En la siguiente cita la Sierva del Señor les dice a los administradores que “necesitan comprender el peligro que implica examinar los asuntos desde su punto de vista, solamente con sus propios ojos o discernimiento”. He mencionado en alguna oportunidad, un poco en broma y un poco en serio, que el otorgamiento de un cargo no convierte a la persona en automáticamente un experto en el tema, sino que es una oportunidad para aprender en primera instancia de quienes ya ocuparon esa posición.

No deben independizarse de todo consejo. Es deber de ustedes consultar con sus hermanos. Esto puede afectar el orgullo, pero la mente humilde, enseñada por el Espíritu Santo, escuchará el consejo y descartará toda confianza propia. Cuando reciban un consejo que no esté de acuerdo con sus deseos personales, no deben pensar que poseen suficiente sabiduría como para aconsejar a otros, o que se pueden permitir el desoír ese consejo.

Dondequiera trabajen, será necesario que combinen sus esfuerzos con los de otros obreros eficientes. Nadie es completo en sí mismo; nadie es capaz de terminar con éxito una serie de



reuniones; pero puede hacer su parte junto con otros obreros. Esto tal vez parezca humillante, pero no debe serlo, porque Dios ha concedido diversidad de dones y desea que se combinen en perfecta armonía.

Ustedes necesitan comprender el peligro que implica examinar los asuntos desde su punto de vista, solamente con sus propios ojos o discernimiento. Sería bueno que explicaran francamente sus planes a sus hermanos, para que sepan cómo los ven ellos desde su punto de vista, porque las circunstancias pueden impresionar tan vívidamente la mente de ustedes que les resulte imposible emitir un juicio cabal acerca del asunto. Sus planes deben ser minuciosamente examinados y, con ferviente oración, encomienden su caso al que lo sabe todo. Consúltense mutuamente. No permitan que los susurros de su propia mente o la de otros cierren la puerta del corazón al consejo de los siervos del Señor.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 315**

En esta misma cita ella recomienda a los administradores que expliquen con franqueza “sus planes a sus hermanos, para que sepan cómo los ven ellos desde su punto de vista”. Menciona además que estos “planes deben ser minuciosamente examinados y, con ferviente oración, encomienden su caso al que lo sabe todo. Consúltense mutuamente. No permitan que los susurros de su propia mente o la de otros cierren la puerta del corazón al consejo de los siervos del Señor”.

He tenido la oportunidad de ser delegado en más de un congreso y en todos ellos he recibido la información de los temas que deberían ser tratados al ingresar al lugar de reunión. Es imposible que así un laico, cualquiera que sea su capacidad, pueda contribuir con sus opiniones a enriquecer las propuestas que allí se mencionen. Su contribución, por lo tanto, se reduce a aprobar o denegar, en ambos casos sin la suficiente evaluación, lo que se le plantea. No puede suponerse que en realidad se busque la participación de los laicos en este tipo de congresos. He recomendado en más de una oportunidad a los presidentes de las uniones (he sido miembro de varias juntas plenarios) que la información para los asistentes de un congreso sea enviada al menos con un par de semanas de anticipación, pero no he tenido mucha receptividad a mi propuesta. Esto puede deberse a la falta de planificación para tener el lapso adecuado para entregar la información o un deseo no expresado de limitar la posibilidad de evaluación de los laicos de las propuestas.

Algunos dirigentes y también laicos piensan que ejecutar un proyecto no planificado tendrá de todas maneras la bendición de Dios y que tendrán éxito de cualquier manera. No es esto lo que el Espíritu de Profecía sostiene, por el contrario, proyectos mal planificados han hecho que se dispendie recursos que pudieron haberse empleado con más sabiduría. Un manejo inadecuado en más de una de nuestras industrias de alimentos ha provocado su quiebra y cierre, algo que también ha ocurrido con algunos hospitales, pues se ha colocado al frente de ellos a personas que no estaban técnicamente capacitadas para administrarlos. He escuchado muchas veces decir a importantes administradores de la Iglesia que el Señor cuidará de su obra. Esto es una falacia... el Señor sí hará lo que nosotros no seamos capaces de hacer, pero no suplirá con sus bendiciones el error en que nosotros incurrimos al manejar sin su sabiduría el dinero y la obra del Señor.

Una especie de frenesí se ha apoderado de las mentes de algunos y los ha guiado a llevar a cabo empresas que insumen dinero sin tener ninguna posibilidad de producir recursos en el futuro. Si este dinero se hubiese empleado en la forma como el Señor se había propuesto, habría sido posible preparar obreros para que realicen la obra que debe efectuarse antes de la venida de nuestro Señor. El mal uso de los recursos muestra la necesidad de la advertencia del Señor según la cual su obra no debe ser atada por proyectos humanos, y en cambio debe llevarse a cabo en forma tal que fortalezca su causa. Los hombres han endeudado la causa al trabajar guiados por planes erróneos. Que no se repita esto. Que los dirigentes de la obra actúen cautelosamente y rehúsen sepultar la causa de Dios bajo las deudas. Que nadie actúe descuidadamente, temerariamente, pensando sin tener base para ello, que todo saldrá bien.

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 296, 297**

La Pluma Inspirada ha definido que “las finanzas de la causa han de ser manejadas adecuadamente por hombres de capacidad comercial; pero los predicadores y evangelistas están apartados para otro ramo de trabajo”. En muchas ocasiones se coloca a pastores en la tarea de dirigir instituciones que no conocen, sin poseer los conocimientos de administración y de gestión de negocios que serían necesarios para tener éxito. El resultado casi siempre es que las instituciones sufren un deterioro de su capacidad competitiva y esto limita su contribución a sostener la obra que el Señor nos ha encargado.

Las finanzas de la causa han de ser manejadas adecuadamente por hombres de capacidad comercial; pero los predicadores y evangelistas están apartados para otro ramo de trabajo. Descanse el manejo de los asuntos financieros sobre otras personas, y no sobre aquellas que han sido apartadas para la obra de la predicación del Evangelio. Nuestros ministros no han de ser



cargados pesadamente con los detalles económicos de la obra evangélica que se realiza en nuestras grandes ciudades. Los que están a cargo de nuestras asociaciones deben encontrar hombres de negocio para que cuiden de los detalles financieros de la obra en la ciudad.

**Ellen G. White, El Evangelismo, 71, 72**

Ellen G. White declara, sin la menor duda, que la iglesia debería nombrar a hombres de negocios, de buen testimonio, para que manejen estos aspectos. Quisiera que note que ella se refiere a hombres de negocios y no a personas que hayan estudiado el tema. Entiendo que ella habla de personas que poseen experiencia en el manejo de complejas estructuras de negocios, una experiencia exitosa por supuesto. Si usted lee las citas siguientes estará plenamente de acuerdo con todo lo que he mencionado.

En el mundo hay hombres que poseen una capacidad de organización dada por Dios, a quienes se necesita en la promoción de la obra para estos tiempos finales. No todos son predicadores, pero se necesitan hombres que puedan encargarse de la administración de las instituciones que cuentan con industrias, hombres que puedan actuar como dirigentes y educadores en nuestras asociaciones. Dios necesita a hombres que puedan mirar hacia el futuro y ver lo que debe hacerse, hombres que puedan actuar como financistas fieles, hombres que permanezcan firmes como una roca de parte de los principios en la crisis actual y en los peligros futuros que puedan presentarse.

**Ellen G. White, Consejos sobre Mayordomía Cristiana, 145, 146**

Junto con la cualificación profesional y la experiencia demostrada se requiere que sean “hombres de negocios consagrados, hombres que practiquen los principios de la verdad en toda transacción comercial”. Ella señala que la “experiencia es de gran valor”, por lo que no solamente el conocimiento es importante sino el haberlo empleado exitosamente en el pasado.

La experiencia es de gran valor. El Señor desea tener hombres de inteligencia relacionados con su obra, hombres calificados para ocupar diversos puestos de confianza en nuestras asociaciones e instituciones. Se necesitan especialmente hombres de negocios consagrados, hombres que practiquen los principios de la verdad en toda transacción comercial.

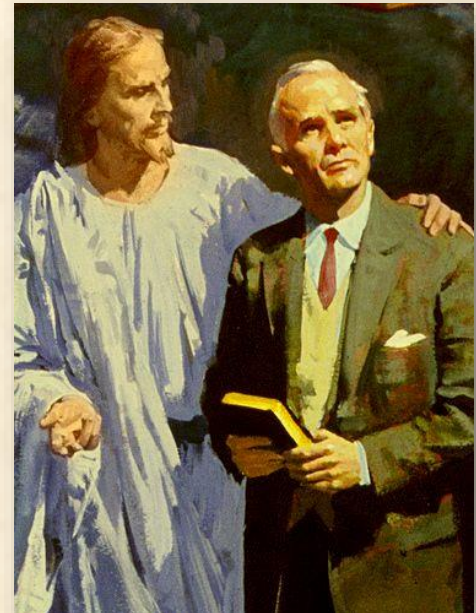
**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 437**

La Sierva del Señor destaca que estos hombres “encargados de los asuntos financieros no deben asumir otras responsabilidades, responsabilidades que son incapaces de llevar” con lo que reafirma la importancia que se usen personas bien preparadas para cualquier campo de acción de la obra. Para mayor énfasis ella señala que “tampoco se ha de encargar a hombres incompetentes la dirección de los negocios”. Lamentablemente, he visto muchas veces que no se selecciona a personas bien preparadas para asumir importantes funciones en la organización de la Iglesia. Quienes lo hacen así piensan que basta tener buenas intenciones o ser una buena persona para cumplir con una labor técnica exitosamente. Estoy seguro de que estas personas no dejarían que una persona que no fuera un médico operara a uno de sus parientes por más que supieran que es una excelente persona y un buen cristiano.

Los que están encargados de los asuntos financieros no deben asumir otras responsabilidades, responsabilidades que son incapaces de llevar; ni tampoco se ha de encargar a hombres incompetentes la dirección de los negocios. Los que dirigen la obra han errado a veces al permitir el nombramiento de hombres desprovistos de tacto y habilidad para dirigir importantes intereses financieros.

**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 437, 438**

En otro pasaje ella señala la importancia de estudiar para adquirir cada vez mayor conocimiento sobre la forma de administrar negocios. Señala que se deben adquirir por este medio “los principios y métodos correctos para manejar negocios”, y que también debe poseer experiencia ya que declara que ningún “hombre de negocios ahora relacionado con la causa necesita ser





novicio”. Tengo la total certidumbre que la iglesia debería preparar a los pastores en los temas de administración para que puedan relacionarse correctamente con los hombres de negocios que manejen nuestras industrias, clínicas, universidades y otras instituciones. Deben tener la base suficiente como para poder interactuar con ellos de manera de no comprometer a la iglesia con malas decisiones técnicas.

Los hombres que prometen en los ramos de negocios deben desarrollarse y perfeccionar sus talentos por medio de estudios y preparación muy cabales. Debe animárselos a colocarse donde, como estudiantes, puedan obtener rápidamente un conocimiento de los principios y métodos correctos para manejar negocios. Ningún hombre de negocios ahora relacionado con la causa necesita ser novicio... El agente humano debe procurar alcanzar la perfección, para ser un cristiano ideal, completo en Cristo Jesús.

**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 438**

La Sierva del Señor entiende, además, que no es una buena decisión contratar a personas no preparadas con bajos salarios porque a la larga esto será perjudicial a la economía de la obra. En la cita siguiente ella también destaca la importancia que estos hombres bien preparados podrían haber hecho escuela dentro de la Iglesia y ayudar a otros a cumplir mejor sus funciones, con mayor eficiencia y con un mejor resultado económico.

Se me ha mostrado que además de la mano de obra que ahora hay en la oficina, se deben emplear hombres competentes para colaborar en la administración de los diferentes departamentos de la obra. Deben emplearse hombres que tengan experiencia en los negocios y sean administradores sabios. Hubiera sido mejor en el pasado haber empleado a hombres que fuesen gerentes concienzudos, hombres que hubieran enseñado el cumplimiento, la prontitud y la economía a los demás, aunque hubiera sido necesario pagarles un salario doble de lo que se ha estado pagando a los supervisores.

**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 390**

## **7.2. Recursos humanos**

Dentro del tema que estamos tratando, la importancia del manejo del recurso humano presente en la organización de la iglesia es fundamental. El Espíritu de Profecía menciona en muchas oportunidades lo clave que resulta un manejo del recurso humano basado en los principios cristianos. Pero también recalca la importancia de utilizar métodos correctos en la gestión de las personas.

### **7.2.1. La gestión del recurso humano**

En la cita siguiente Ellen G. White señala que la “tarea de elegir hombres para la sagrada obra encomendada en nuestras manos ha sido encarada con demasiada liviandad” y afirma que como consecuencia de esto la obra ha sido afectada tanto en su calidad como en su eficiencia. Ella dice que para incorporarlos a la obra los responsables deberían “examinarlos minuciosamente antes de aceptarlos como ministros, que tener que realizar ese examen tan rígido después que han sido confirmados en su cargo y han puesto su molde sobre la obra”. Yo entiendo que estos principios no solamente aplican a los ministros sino también a las personas que participan en la gestión administrativa de la obra, como es posible notarlo cuando uno lee las siguientes citas.

La tarea de elegir hombres para la sagrada obra encomendada en nuestras manos ha sido encarada con demasiada liviandad. A consecuencia de este descuido, están trabajando en campos misioneros hombres inconversos, llenos de lujuria, desagradecidos, sin santidad. Aun cuando algunos de ellos han sido reprendidos a menudo, no han cambiado su conducta y sus prácticas sensuales traen oprobio a la causa de Dios. ¿Cuál será el fruto de una labor tal? ¿Por qué no recuerdan todos nuestros obreros que, de toda palabra, buena o mala, han de dar cuenta en el día del juicio? Toda inspiración del Espíritu Santo que guía a los hombres a la bondad y a Dios es anotada en los libros del cielo, y el obrero a través del cual el Señor ha traído luz será alabado en el día del Señor. Si los obreros se dieran cuenta de la responsabilidad eterna que descansa sobre ellos, ¿emprenderían la obra sin un profundo sentido de su carácter sagrado? ¿No deberíamos esperar que se vea la obra profunda del Espíritu de Dios en los hombres que se presentan para abrazar el ministerio?

El apóstol dice: “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”. Presten todos atención a estas palabras, y sepan que el Señor Jesús no aceptará ninguna transigencia. Al aceptar y retener obreros que persisten en mantener sus imperfecciones de carácter, y no dan plena prueba de su ministerio, la norma ha sido grandemente rebajada. Hay muchos que ocupan puestos de responsabilidad que desoyen la orden del apóstol, y hacen provisión para complacer los deseos de la carne. A menos que el obrero se vista del Señor Jesucristo y halle en él sabiduría, santificación y redención, ¿cómo podrá representar la religión de Jesús? Toda su



eficiencia, toda su recompensa se encuentra en Cristo. Debe haber evidencia por parte de los que asumen la solemne posición de pastores de la que están investidos, de que se han dedicado sin reserva a la obra. Deben tomar a Cristo como su Salvador personal. ¿Por qué es que aquellos que por mucho tiempo han estado ocupados en el ministerio, no crecen en gracia y en el conocimiento del Señor Jesús? Se me ha mostrado que complacen sus propensiones egoístas, y sólo hacen las cosas que concuerdan con sus gustos e ideas. Hacen provisión para complacer el orgullo y la sensualidad, y llevan a cabo sus ambiciones y planes egoístas. Están llenos de estima propia. Pero aun cuando sus malas propensiones puedan parecerles tan preciosas como la mano derecha o el ojo derecho, éstas deben ser separadas del obrero, o no será aceptable ante Dios. Por imposición de manos se ordena para el ministerio a hombres que no han sido cabalmente examinados con respecto a sus calificaciones para la obra sagrada; pero ¡cuánto mejor sería examinarlos minuciosamente antes de aceptarlos como ministros, que tener que realizar ese examen tan rígido después que han sido confirmados en su cargo y han puesto su molde sobre la obra!

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 170-172**

Ella habla de la importancia de seleccionar cuidadosamente a quienes deben actuar como presidentes (me parece que esto es también aplicable a los departamentales, secretarios y tesoreros) pues deben desempeñar responsabilidades muy importantes y deben tomar decisiones a tiempo y en su nivel de responsabilidad para evitar que estas decisiones deban ser elevadas a las instancias superiores. Su actuación a estos niveles de responsabilidad deberían ser una señal de si se encuentran preparados para alcanzar posiciones de aún mayor responsabilidad.

Los hombres que actúen como presidentes de las asociaciones de los estados deben ser seleccionados cuidadosamente. Desempeñen luego estos hombres las responsabilidades de la asociación de la manera más cabal, ferviente y piadosa. Si no están calificados para actuar en forma cuidadosa y con éxito, no los conservéis en su puesto.

Un cúmulo de asuntos se presenta ante la Asociación General; todas las dificultades se llevan a Battle Creek. Esto priva en gran medida a los presidentes de las asociaciones de su sentido de la responsabilidad. Muchos no están creciendo en capacidad y en juicio. Dan pasos equivocados, cuando debieran haber avanzado lo suficiente en su experiencia como para ser capaces de tomar determinaciones correctas habiendo buscado el consejo de Dios. Como presidentes de sus respectivas asociaciones, deben darse cuenta de que han de ser fieles en sus puestos de confianza. Estas asociaciones han de ser para ellos una escuela en la cual han de revelar capacidad para administrar. Han de aprender y aprender; educar y educar. Han de hacer una obra firme, semejante a la de Cristo, bien unida, de manera que no se desintegre.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 322**

Ellen G. White presenta con claridad la responsabilidad de los más altos cargos de la Iglesia, como, por ejemplo, el presidente de la Asociación General, y destaca la necesidad que sea un buen líder de su familia y que el amor y el temor de Dios ocupa en el centro de su ser, alejándose de los aspectos mundanos, porque si no, no estaría “capacitado ni aun para ser anciano de una iglesia”. Evidentemente, esto además de su preparación con aspectos técnicos como para administrar una gran corporación como la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

El que sea elegido presidente de la Asociación General debe, en el temor de Dios, permanecer en su puesto y ocupar su lugar sin parcialismo y sin intereses egoístas. Debe ser un mayordomo fiel. Debe ser el sacerdote de su propia casa y debe dirigirla sabiamente. Debe poner de manifiesto que comprende la obra de gobernar su propia familia con sabiduría y en el temor de Dios. Si esto se descuida, pondrá sus propios defectos en su obra. Si algún hombre da evidencia de que el amor y el temor de Dios no ocupan el centro de su ser, de manera que la verdad no gobierna su vida práctica, en tanto que las cosas mundanas ocupan un lugar preponderante, no está capacitado ni aun para ser anciano de una iglesia.

Se busca consejo de los que están en Battle Creek con respecto a asuntos que los dirigentes locales podrían resolver con la misma eficacia si buscaran al Señor, asuntos que debieran haber sido resueltos dentro de sus propias fronteras. El Señor declara que está cerca de todos los que claman a él con corazón sincero. Dijo Jesús: “pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. Esta promesa es hecha doble y triplemente segura. No hay fracaso para Dios. Hoy en día hay presidentes de asociaciones menos eficientes, fuertes y capaces de lo que debieran ser, porque colocan al hombre donde debiera estar Dios y reciben sólo aquello que el hombre puede darles.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 322, 323**

En su crítica a la situación que existía en Battle Creek, ella pone el dedo en la llaga al señalar que muchas veces quienes están en los niveles más altos piensan que son los únicos capaces de definir métodos y medios para alcanzar las metas de la organización. Al hacerlo ignoran que hay una gran capacidad desaprovechada, no solamente en los pastores que están a su cargo, sino en



el gran ejército de laicos que poseen talentos y habilidades en relación con la obra, capacidades que no siempre se toman en cuenta cuando se trata de alcanzar los objetivos de la Iglesia. Ella sostiene que hay “talentos en todos los lugares, pero no siempre se los reconoce” y que estos “talentos deben ser descubiertos y puestos a trabajar”; talentos que además crecerán al ser utilizados por el Espíritu de Dios. Suponer que otras personas no pueden contribuir con sus ideas a la mejora de la obra de Dios, y que las ideas del presidente deben de ser solamente apoyadas es un error, ella menciona que “Dios resulta grandemente deshonrado cuando se coloca a los hombres en el lugar que debe ocupar Dios. Él es el único cuyo consejo es infalible”.

¿No están registrados en los libros del cielo los nombres de los que aman y sirven a Dios? ¿No pueden ellos planear? ¿Se les ha concedido a los que están en Battle Creek un raciocinio y una sabiduría superiores que Dios no dará a los que están en las iglesias y en las asociaciones? “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”.

Las iglesias comprenderían cien veces mejor la forma en que actúa el Espíritu Santo si los pastores educaran a todos para que recordaran que tienen un Dios que está cerca y no lejos, y que lo pueden honrar pidiéndole ayuda y sabiduría en el mismo lugar donde están. Tendrían entonces una capacidad que fortalecería a la Asociación General.

Hay talentos en todos los lugares, pero no siempre se los reconoce. Estos talentos deben ser descubiertos y puestos a trabajar. Bajo la operación del Espíritu de Dios, el talento crecerá al ser utilizado. Pero Dios resulta grandemente deshonrado cuando se coloca a los hombres en el lugar que debe ocupar Dios. Él es el único cuyo consejo es infalible.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 325, 326**

Es evidente para Ellen G. White que los hombres deben trabajar en equipo para el adelanto de Su obra, apoyándose unos a otros, aconsejando y delegando responsabilidades a los jóvenes. Por ello señala que “Dios se apiade de su causa cuando se siga sin discusión la mente y el plan de un solo hombre”, Un buen pastor de iglesia no se convierte en infalible cuando le nombran presidente, ni él debe créelo, ni tampoco los que trabajan con él. Ella afirma además que el “Señor no sería honrado si existiera ese estado de cosas”. Dios no ha concentrado sus talentos en unos pocos hombres “y quiere que” los demás “sean pensadores y que tengan sus propios pensamientos y sus propios planes, en lugar de depender de otros para que piensen por ellos”.

Los dirigentes deben delegar responsabilidades en los demás y permitirles trazar planes e idear medios y ponerlos en ejecución, de manera que puedan adquirir experiencia. Déseles una palabra de consejo cuando sea necesario, pero no se les quite el trabajo porque se piensa que están cometiendo errores. Dios se apiade de su causa cuando se siga sin discusión la mente y el plan de un solo hombre. El Señor no sería honrado si existiera ese estado de cosas. Todos nuestros obreros deben tener oportunidad de ejercer su propio juicio y discreción. Dios ha dado talentos a los hombres que él quiere que usen. Les ha dado mente y quiere que sean pensadores y que tengan sus propios pensamientos y sus propios planes, en lugar de depender de otros para que piensen por ellos.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 302**

Ella critica además a los “presidentes de asociación” que eligen “a los que no van a discrepar con ellos, sino que se van a limitar a actuar como máquinas”. Esto es penosamente una práctica que he observado repetidamente en nuestras administraciones. Quienes son elegidos por los altos administradores piensan que les deben una lealtad que está por encima de la obra que todos ellos pretenden avanzar. La capacidad de trazar planes y elegir entre ellos los que sean más eficientes no está restringida a los principales administradores.

¡Cómo sufre mi corazón al ver a presidentes de asociación asumiendo la responsabilidad de seleccionar a los que pueden amoldar para trabajar con ellos en el campo! Eligen a los que no van a discrepar con ellos, sino que se van a limitar a actuar como máquinas. Ningún presidente tiene derecho de hacer esto. Dejen que otros hagan planes y, si fallan en algunas cosas, no consideren eso como evidencia de que no son capaces de ser pensadores.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 304**

Deberían sí idear planes y compartirlos con sus subalternos para que con el análisis y consejo de muchos los planes puedan ser mejorados. Esto que ocurre dentro de la estructura organizacional de la iglesia ocurre también con los laicos que son raramente consultados sobre los planes más importantes.

Nuestros hombres más responsables han trazado algunos planes sin sabiduría y los han llevado a cabo porque pensaban que eran perfectos. Necesitaban la colaboración de otras personas dotadas de mentalidad y carácter. Deberían haberse relacionado con otros hombres capaces de ver



las cosas desde un punto de vista completamente distinto. Los podrían haber ayudado en sus planes...

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 304**

Muchas veces se busca la opinión o el consejo de quienes se supone no van a discrepar, pero se teme consultar con aquellos que piensan diferente. A quienes han manifestado discrepancias en los métodos no se les consulta y se les trata como si fueran enemigos de la causa y su progreso. Note la importancia que Ellen G. White le da a este asunto.

Es un error apartarnos de los que no concuerdan con nuestras ideas. Esta actitud no inspirará a nuestros hermanos a tener confianza en nuestro juicio. Tenemos el deber de consultarlos y escuchar su consejo. Tenemos que pedirles consejo, y cuando lo den, no debemos desecharlo como si proviniera de enemigos. A menos que humillemos nuestros corazones ante Dios, no conoceremos su voluntad.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 500**

La importancia de consultar con los laicos de experiencia reconocida en la iglesia es valorada por la Sierva del Señor y ella sostiene que los “pastores y docentes de nuestras asociaciones deben trabajar unidos con sus hermanos de experiencia, pidiéndoles consejo y acatándolo”.

Nuestros pastores y dirigentes deben comprender la necesidad de consultar a sus hermanos que han estado mucho tiempo en la obra y que han logrado una profunda experiencia en los caminos del Señor. La tendencia de algunos a ensimismarse, y a creerse competentes para planear y ejecutar de acuerdo con su propio juicio y sus preferencias, los pone en dificultades. Esa forma independiente de actuar no es correcta, y no se debe seguir. Los pastores y docentes de nuestras asociaciones deben trabajar unidos con sus hermanos de experiencia, pidiéndoles consejo y acatándolo.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 501, 502**

Cuando fui nombrado anciano por primera vez (tenía 26 años... y ha pasado muchísima agua bajo los puentes desde entonces) me invitaron a una capacitación de ancianos y fui a esa reunión lleno de gozo pues aprendería cómo servir mejor a su iglesia. Aprendí muchas cosas interesantes... Cuando al año siguiente, que seguía siendo anciano, me invitaron a asistir a una nueva capacitación fui esperando que me dieran algo así como el segundo capítulo... pero me repitieron lo mismo, igual que el año siguiente, y el siguiente... por lo que desistí de asistir a alguna otra reunión más de este tipo. Muchos años después me convencieron de asistir otra vez, y ¿qué cree usted? ...pues lo mismo.

Le he comentado esto a más de un presidente de unión (junto con su plana directiva) y alguno de ellos me preguntó qué haría. Les dije que debería haber un plan de capacitación para los dirigentes, entre ellos los ancianos que fuera progresivo. Para los que están en su primer año debería ser general (como lo que recibí la primera vez), pero a la segunda debería incluir métodos para administrar la iglesia (planeamiento, gestión de proyectos), en los siguientes años profundización en doctrina, profecía, capacitación para manejar problemas con jóvenes, con personas desanimadas, con la aparición de disidentes, entre otras. Yo les comentaba que para un anciano de 20 años de experiencia en la gestión de la iglesia debe ser frustrante que un pastor recién ingresado en el ministerio pretenda darle lecciones de cómo administrar la iglesia... Imagínese si ese joven pastor pretende hacer frente a 500 ancianos que tienen unos 5.000 años de experiencia.

Me preguntaron qué haría con los ancianos de mayor experiencia y les dije que deberían sentar a sus pastores para que estos ancianos les enseñen cómo administrar una iglesia... puede parecer exagerado, pero por favor vuelva a leer la última cita del Espíritu de Profecía. Debo reconocer que ha habido algunos pastores en mi experiencia que han tenido a bien consultar con los ancianos de iglesia y recibir su consejo sobre qué y cómo hacer las cosas en esa congregación. Me pareció sabio, pero también muy poco frecuente.

### **7.2.2. La formación de los ministros**

Es evidente que todo lo mencionado antes no reduce en nada la gran importancia que los ministros ordenados tienen en el avance eficiente de la iglesia para alcanzar sus altos objetivos. Pero también es cierto que mejorar las prestaciones de los ministros ordenados contribuirá al éxito de la iglesia, así como para enfrentar a los enemigos de esta.

Dios tiene una iglesia, y ésta tiene un ministerio designado divinamente. “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes,



llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”.

El Señor tiene sus agentes designados, y una iglesia que ha sobrevivido persecuciones, conflictos y tinieblas. Jesús amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella, y él la restaurará, refinará, ennoblecerá y elevará, para que subsista firmemente en medio de las influencias corruptoras de este mundo. Hombres designados por Dios han sido escogidos para velar con celoso cuidado y vigilante perseverancia, para que la iglesia no sea destruida por los malos designios de Satanás, sino que subsista en el mundo y fomente la gloria de Dios entre los hombres. Habrá siempre un fiero conflicto entre la iglesia y el mundo. Un espíritu chocará contra otro, un principio contra otro, la verdad contra el error; pero en la crisis que ya se ha iniciado y que pronto ha de culminar, los hombres de experiencia habrán de hacer la obra que Dios les ha asignado, y velar por las almas como quienes han de dar cuenta.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 52, 53**

Es interesante notar que para Ellen G. White la necesidad de una mayor preparación de los ministros era una realidad en su tiempo. Ella reconoció que los laicos estaban adelantados a muchos ministros en la preparación para la tarea de administrar la iglesia.

Los ministros deben buscar una preparación cabal antes de entrar a la obra de ayudar a otros, porque las personas están más adelantadas que muchos ministros. Ellos deben luchar incansablemente en oración hasta que el Señor los bendiga. Cuando el amor de Dios esté ardiendo en el altar de sus corazones, ellos no predicarán para exhibir su propia inteligencia, sino para presentar a Cristo quien quita los pecados del mundo.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 21**

Ellen G. White entendió que la educación del ministro debía “continuar toda la vida” y que cada día debía “aprender y poner en práctica el conocimiento adquirido”. La supuesta autocomplacencia con el conocimiento ya adquirido no debía formar parte de la lógica del ministro frente a su labor en la iglesia. Ella resalta que el ministro no debe conformarse “con permanecer sin estudiar y sin mejorar”.

Un ministro no debe nunca pensar que aprendió lo suficiente y que puede cejar en sus esfuerzos. Su educación debe continuar toda la vida. Cada día debe aprender y poner en práctica el conocimiento adquirido.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 54**

El verdadero ministro de Cristo debería mejorar continuamente. El sol de la tarde de su vida debe ser más sazonado y productivo que el sol de la mañana. Debe continuar aumentando en tamaño y en brillo hasta su ocaso detrás de las montañas del oeste. Hermanos en el ministerio, es mejor, muchísimo mejor, morir a causa del trabajo duro en un hogar o en el campo misionero extranjero, que enmohecerse a causa de la inacción. No desmayéis a causa de las dificultades, no os conforméis con permanecer sin estudiar y sin mejorar.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 54**

La cita siguiente es impresionante. Pero la mayoría de los ministros con los que me he relacionado piensan que el aumento de conocimiento está relacionado con la teología. En muchas oportunidades he conversado con nuestros administradores sobre la necesidad que los ministros sean capacitados en administración, finanzas, manejo de proyectos, gestión del talento humano, consejería familiar, salud, creacionismo, entre otros puntos, pero vez tras vez se envía a los más destacados para hacer una maestría en divinidad dejándoles sin preparación en temas más críticos para su gestión, especialmente cuando son administradores. Note la importancia que ella otorga a la preparación del ministros en diferentes ramas de la ciencia, luego que hayan aprendido “las sencillas reglas” señalando que podrían convertirse en “gigantes intelectuales”.

Una vez que hayan aprendido las sencillas reglas [los ministros] deben dedicarse a la adquisición de conocimientos en relación con su trabajo, de manera que sean obreros que no tengan de qué avergonzarse. Si emplean sabiamente su tiempo, pueden ir dominando una rama de la ciencia tras otra, mientras se hallan empeñados en la obra de predicar la verdad. Momentos de oro son desperdiciados en conversaciones sin importancia, en la inactividad y en hacer cosas de poca consecuencia; momentos que deben ser usados todos los días en tareas útiles que nos ayudarán a acercarnos a la norma elevada.

Los hombres que se presentan ahora ante el pueblo como representantes de Cristo tienen generalmente más capacidad que educación, pero no usan sus facultades para sacar el mayor provecho de su tiempo y oportunidades. Si hubieran empleado las energías que Dios les dio, casi





todos los pastores podrían ser no solamente eficientes en lectura, redacción y gramática, sino aun en idiomas. Es esencial que se fijen un blanco elevado. Pero han tenido poca ambición y no han puesto a prueba sus facultades para alcanzar una norma elevada de conocimientos generales y en cuanto a las cosas religiosas.

Nuestros ministros tendrán que rendir cuenta a Dios por el enmohecimiento de los talentos que él les ha dado para que los desarrollaran mediante el ejercicio. Podrían haber hecho inteligentemente diez veces más obra si se hubieran interesado en llegar a ser gigantes intelectuales. Toda su experiencia en su elevada vocación es empequeñecida porque se contentan con permanecer donde están. Sus esfuerzos por adquirir conocimiento no obstaculizarán en lo más mínimo su crecimiento espiritual si estudian con motivos correctos y blancos adecuados.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 193, 194**

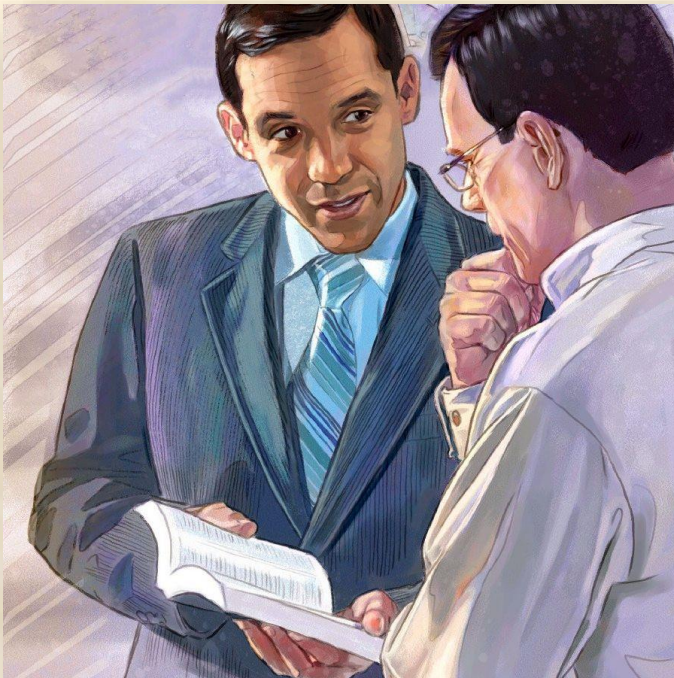
La Sierva del Señor acusa a los ministros de haber “tenido poca ambición” y de no haber “puesto a prueba sus facultades para alcanzar una norma elevada de conocimientos generales y en cuanto a las cosas religiosas”. Les dice que poseen “más capacidad que educación, pero no usan sus facultades para sacar el mayor provecho de su tiempo y oportunidades”. Todo esto, por supuesto, sin dejar de atender a lo que son sus responsabilidad en la iglesia.

Los ministros de la Palabra han sido los agentes escogidos por Dios para esparcir el conocimiento de su voluntad; pero hay muy poco espíritu misionero, aún entre nuestros ministros. Después de predicar la Palabra, algunos se limitan casi totalmente a la lectura y al estudio, descuidando otros deberes vitales e importantes. Aunque es correcto dedicar algún tiempo al estudio, todo ministro debe sentir un interés profundo por hacer todo lo que le sea posible hacer por la salvación de las almas por quienes Cristo murió. Debe visitar a las personas, y con amor y sabiduría buscar cómo interesarlas en las cosas espirituales.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 55**

Algunos ya habrían podido ser obreros cabales si hubieran hecho buen uso de su tiempo, sabiendo que tendrían que dar razón ante Dios de los momentos malgastados. Han desagradado a Dios porque no han sido trabajadores. La complacencia propia, el amor propio y el amor egoísta a la comodidad han mantenido a algunos alejados de lo bueno, les han impedido obtener un conocimiento de las Escrituras a fin de que pudieran estar enteramente preparados para toda buena obra. Algunos no aprecian el valor del tiempo y han permanecido ociosos en la cama en horas que podrían haber empleado en el estudio de la Biblia.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 93**



Una de las formas principales de mejorar sus prestaciones como ministro es que aproveche el conocimiento y experiencia que poseen otros ministros (superiores, pares y subordinados), y en especial de los laicos con los que se relaciona en su misión en la iglesia local o los grupos con los que trabaja.

Debería buscar, como lo hizo Moisés, el consejo de sus hermanos laicos no solamente para aliviar sus cargas, sino para hacer más eficiente su trabajo con la congregación... y tal vez ellos “quizá le hagan notar algunas cosas que usted no había pensado antes”.

Dios dio a Moisés instrucciones especiales para el manejo de su obra. Le ordenó que se relacionara con hombres para que fueran sus consejeros, para que sus responsabilidades pudieran ser aliviadas.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 57**

Únase con sus hermanos si quiere que ellos se unan a usted, y le brinden su confianza. La confianza y fe producirán confianza y fe. Usted debe ganarse la confianza no sólo de sus hermanos ministros, sino también de aquellos con quienes entra en contacto, y mostrarles que



les tiene confianza, y que usted cree que son enseñados por Dios del mismo modo que usted es enseñado por Dios. Exponga sus planes ante ellos. Uno se sentirá libre de hablar y después otro, y quizá le hagan notar algunas cosas que usted no había pensado antes.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 63**

El conocimiento del pastor debe abarcar el cómo tratar con personas “con una interminable variedad de temperamentos” por lo que debe conocer cómo interactuar con ellos “a fin de determinar qué medios ejercerán sobre ellos la mejor influencia para llevarlos en la debida dirección”.

Como el médico trata con la enfermedad física, así también atiende el pastor al alma enferma de pecado. Y su obra es tanto más importante que la del médico cuanto es la vida eterna más valiosa que la existencia temporal. El pastor tiene que vérselas con una interminable variedad de temperamentos; y es deber suyo llegar a conocer los miembros de las familias que escuchan sus enseñanzas, a fin de determinar qué medios ejercerán sobre ellos la mejor influencia para llevarlos en la debida dirección.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 245, 246**

### **7.2.3. Competencias**

Existe, como he mencionado ya, la idea que basta que los pastores estén bien preparados en los temas teológicos (que concuerdo que es importante también) para que sean exitosos en el manejo de la iglesia. No es esa la idea que tenía la Sierva del Señor sobre este asunto, idea que queda plasmada en la cita siguiente. Ella dice que Dios le “ha manifestado que todas nuestras instituciones deben ser administradas por hombres de carácter espiritual y que no inmiscuyan sus propias ideas y planes defectuosos con su administración...” y sostiene que se necesita que “se unan a nuestras instituciones personas de mente amplia y que puedan trazar planes que estén en armonía con el crecimiento de la obra y con el carácter elevado de la misma, la tendencia seguirá siendo de achicar todo lo que se emprenda y luego Dios quedará deshonrado”. Sus palabras evidentemente implican que no es lo que estaba ocurriendo en ese momento en nuestras instituciones, y pienso que sigue sin ocurrir en nuestro tiempo, cuando se piensa que los pastores deben administrar todas nuestras instituciones, aunque sea evidente que no siempre poseen las calificaciones ni la experiencia necesarias para hacerlo. Se supone equivocadamente que Dios cuidará de su obra a pesar de la incompetencia (muchas veces involuntaria) de quienes la administran. Estas palabras pueden parecer duras, pero quisiera que note que no es una opinión personal, sino que se trata de algo sobre lo que nos ha alertado el Espíritu de Profecía.

Repetidas veces se me ha manifestado que todas nuestras instituciones deben ser administradas por hombres de carácter espiritual y que no inmiscuyan sus propias ideas y planes defectuosos con su administración... Hasta que no se unan a nuestras instituciones personas de mente amplia y que puedan trazar planes que estén en armonía con el crecimiento de la obra y con el carácter elevado de la misma, la tendencia seguirá siendo de achicar todo lo que se emprenda y luego Dios quedará deshonrado.

**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 5, 519**

Ya desde aquellos tiempos, ella señalaba que “la causa de Dios necesita hombres y mujeres que posean raras calificaciones y buenas facultades de administración; hombres y mujeres que hagan una investigación paciente y cabal de las necesidades de la obra en los diversos campos; se necesita a quienes tengan una gran capacidad para el trabajo; quienes posean corazones cálidos y bondadosos, cabezas serenas, buen sentido y juzguen sin prejuicio; quienes estén santificados por el Espíritu de Dios”, personas que además sean capaces de “decir intrépidamente No, o Sí y Amén a las propuestas hechas; quienes tengan fuertes convicciones, claro entendimiento y corazones puros, llenos de simpatía...”, es decir tengan la independencia de pensamiento como para oponerse a lo que no les parece adecuado, sin que por eso se cuestione su lealtad a sus superiores, como si esto estuviera sobre la lealtad a la misión de la iglesia.

Actualmente la causa de Dios necesita hombres y mujeres que posean raras calificaciones y buenas facultades de administración; hombres y mujeres que hagan una investigación paciente y cabal de las necesidades de la obra en los diversos campos; se necesita a quienes tengan una gran capacidad para el trabajo; quienes posean corazones cálidos y bondadosos, cabezas serenas, buen sentido y juzguen sin prejuicio; quienes estén santificados por el Espíritu de Dios, y puedan decir intrépidamente No, o Sí y Amén a las propuestas hechas; quienes tengan fuertes convicciones, claro entendimiento y corazones puros, llenos de simpatía...

**Ellen G. White, Obreros evangélicos, 439**

Quisiera además que note que cuando ella habla “de conseguir a las personas más capacitadas para que trabajen en nuestras diversas instituciones y en los numerosos departamentos de nuestra causa” no se refiere exclusivamente a los ministros (en ningún momento se refiere como



si fuera un mensaje solamente acerca de ellos) sino en particular a los laicos. Dice que quienes “se relacionen de esta manera con la causa, deben ser hombres preparados, personas a quienes Dios pueda enseñar y a quienes pueda honrar como a Daniel, con sabiduría y entendimiento” destacando no solamente la preparación técnica sino su relación Dios, pues los define como “pensadores, hombres que lleven la impronta de Dios, y que progresen constantemente en santidad, en dignidad moral y en la excelencia con que realizan su trabajo”. ¿Será que el Señor espera que esta sea la realidad de los laicos que trabajen en las instituciones de la obra o también desea que esta sea una definición de los ministros?

De tiempo en tiempo me he sentido instada por el Espíritu del Señor a dar testimonio a nuestros hermanos concerniente a la necesidad de conseguir a las personas más capacitadas para que trabajen en nuestras diversas instituciones y en los numerosos departamentos de nuestra causa. Los que se relacionen de esta manera con la causa, deben ser hombres preparados, personas a quienes Dios pueda enseñar y a quienes pueda honrar como a Daniel, con sabiduría y entendimiento. Deben ser pensadores, hombres que lleven la impronta de Dios, y que progresen constantemente en santidad, en dignidad moral y en la excelencia con que realizan su trabajo.

**Ellen G. White, Mensajes Selectos Tomo II, 217**

Ellen G. White exhorta a los administradores a crecer, a poseer “mentes razonadoras e inteligencia santificada” y señala que ellos deben ser “hombres de suficiente amplitud mental como para saber respetar a los obreros de intelecto cultivado y recompensarlos proporcionalmente a las responsabilidades que desempeñan”. Deben si tener cuidado de no atribuirse “la gloria a sí mismos” pues los “que se retiran de las manos del Señor y se valoran a sí mismos como capaces de conducir la obra, no están guiados por el Espíritu de Dios sino por “otro espíritu””.

Si son hombres que crecen, si poseen mentes razonadoras e inteligencia santificada, si escuchan la voz de Dios y procuran captar cada rayo de luz que procede del cielo, avanzarán, tal como el sol, en un curso constante, y aumentarán en sabiduría y en favor con Dios... Los administradores de nuestras instituciones deberían ser hombres de suficiente amplitud mental como para saber respetar a los obreros de intelecto cultivado y recompensarlos proporcionalmente a las responsabilidades que desempeñan.

**Ellen G. White, Mensajes Selectos Tomo II, 217**

Que nadie se considere suficiente por haber sido usado como instrumento del Señor. Dios utiliza a los hombres, y los honra otorgándoles sabiduría por tanto tiempo como le sean fieles y no se atribuyan la gloria a sí mismos. Los que se retiran de las manos del Señor y se valoran a sí mismos como capaces de conducir la obra, no están guiados por el Espíritu de Dios sino por “otro espíritu”.

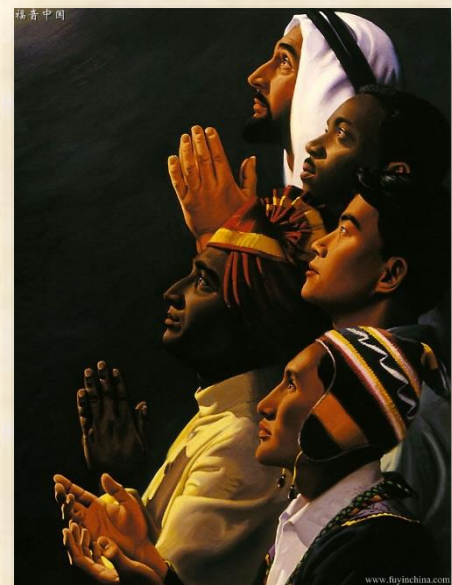
**Ellen G. White, Alza tus ojos, 134**

Seguramente ya he mencionado que Dios desea otorgar a los ministros el “pensamiento ágil y penetrante, la habilidad de planear y ejecutar”; en especial lo relacionado con la capacidad de planear y ejecutar proyectos, que es una de las capacidades que deberían poseer los ministros que ocupen los escalones más altos de la administración de la iglesia. Nuestros ministros deberían ser formalmente capacitados en la universidad en estos temas para que desempeñen su trabajo de administrar una porción de la corporación adventista con criterios correctos y que la lleven al éxito, tomando en cuenta además las diferencias culturales de nuestros tan variados campos.

El pensamiento ágil y penetrante, la habilidad de planear y ejecutar, son de él. Él es quien nos bendice con salud y abre caminos para que obtengamos medios por el diligente uso de nuestras facultades.

**Ellen G. White, En lugares celestiales, 305**

Una de las habilidades que el Espíritu de Profecía señala que deberían poseer los administradores es la de idear “medios originales por los cuales comunicar la luz a los que están cerca y a los que están lejos...” pues señala que “no han sido lo suficientemente sabios para planear e ingeniar medios y maneras para ocupar el campo con anticipación, antes que el enemigo tomara





posesión del mismo". Año tras año los planes principales de las divisiones, uniones y asociaciones o misiones repiten las mismas cosas que se han hecho por años sin incorporar cambios relevantes en estos métodos. La necesidad de nuevos métodos no es solamente para enriquecer lo que se ha hecho en el pasado, sino que la sociedad en medio de la cual nos desenvolvemos ha cambiado marcada y aceleradamente y por lo tanto no se le puede "atacar" utilizando las mismas estrategias que pueden haber resultado exitosas en el pasado. Por otro lado, la tecnología ofrece hoy muchos más medios y oportunidades de alcanzar a las personas donde se encuentren.

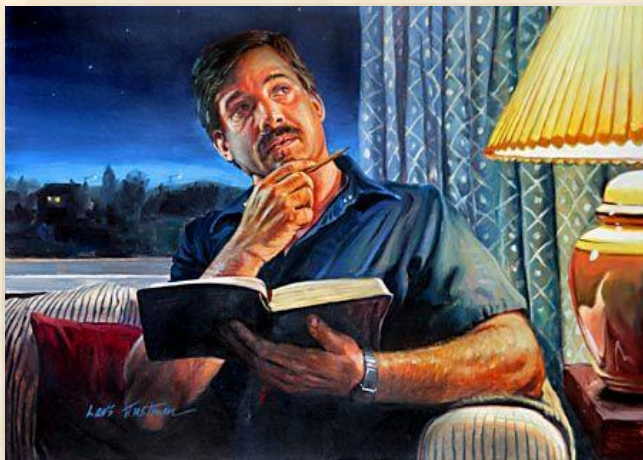
Manifiesten los obreros de Dios tacto y talento, e ideen medios originales por los cuales comunicar la luz a los que están cerca y a los que están lejos... Se ha perdido tiempo, oportunidades áureas no se han aprovechado porque los hombres han carecido de una visión clara y espiritual, y no han sido lo suficientemente sabios para planear e ingeniar medios y maneras para ocupar el campo con anticipación, antes que el enemigo tomara posesión del mismo.

**Ellen G. White, El Evangelismo, 153, 154**

Dentro de este aspecto Ellen G. White recomienda a los ministros "consultar a hombres que aman y temen a Dios y que tienen experiencia en la obra, a fin de que, bajo los impulsos del Espíritu de Dios, podáis formar planes y desarrollar métodos por los cuales podáis trabajar seriamente en procura de resultados seguros. El Señor ayudará a los que quieran usar para gloria de su nombre las aptitudes que les ha confiado". Discrepo totalmente del pensamiento de los ministros que llegan a una iglesia con sus ideas personales sobre qué debe hacerse y que no consultan a los dirigentes de esta para al menos enriquecer sus planes e ideas. Cuanto más peligroso es para quienes administran un campo que hagan esto y piensen que sus ideas son las mejores y que no deben confrontarlas con otros, de manera que surjan "planes bien formados" en lugar de "seguir ideas vanas y planes trazados al azar".

Deberíais consultar a hombres que aman y temen a Dios y que tienen experiencia en la obra, a fin de que, bajo los impulsos del Espíritu de Dios, podáis formar planes y desarrollar métodos por los cuales podáis trabajar seriamente en procura de resultados seguros. El Señor ayudará a los que quieran usar para gloria de su nombre las aptitudes que les ha confiado.

**Ellen G. White, Mensaje para los Jóvenes, 195**



Los pensamientos deben ser disciplinados. Controlad la mente para que trabaje en la dirección debida, y según las órdenes emanadas de planes bien formados. De esta manera, cada paso que se dé será hacia el progreso, y ningún esfuerzo o tiempo se perderá en seguir ideas vanas y planes trazados al azar. Debemos considerar el blanco y el objeto de la vida, y siempre mantener en vista propósitos dignos. Los pensamientos debieran disciplinarse cada día y mantenerse a punto, como la brújula al polo. Toda persona debiera tener blancos y propósitos, y luego hacer que cada pensamiento y acción contribuyan al cumplimiento de aquello que se ha propuesto. Los pensamientos deben ser controlados. Debe haber una firmeza de propósitos para realizar lo que se ha

emprendido.

**Ellen G. White, Mente, Carácter y Personalidad, Tomo 2, 682**

No estamos frente a un emprendimiento humano, sino frente a la más elevada tarea que Dios haya otorgado a los hombres. Se requiere "dedicar todas sus energías a su realización" y utilizar todos los talentos disponibles y el mayor esfuerzo para "alcanzar el más alto nivel de excelencia".

La tarea del obrero cristiano no es ligera ni falta de importancia. Él tiene una alta vocación, a cuyo molde y color se adaptará toda su vida futura. El que se entrega a una obra tan sagrada debe dedicar todas sus energías a su realización. Debe tener un blanco elevado; nunca alcanzará una norma más alta que la que se proponga alcanzar.

**Ellen G. White, Obreros Evangélicos, 76**

Anoche me parecía estar hablando a nuestro pueblo, diciéndoles que, como adventistas del séptimo día, debemos cultivar amor, paciencia y verdadera cortesía. Jesús fortalecerá los líderes de



su pueblo si aprenden de él. El pueblo de Dios debe esforzarse por alcanzar el más alto nivel de excelencia.

**Ellen G. White, El ministerio de la alimentación saludable, 21**

No debe suponerse que alcanzar estas competencias será cuestión de solamente pedir las sin que exista un esfuerzo denodado en alcanzarlas, pues “no se logra excelencia sin gran esfuerzo”. Se requiere ferviente actividad para “alcanzar la cima de la montaña”.

Enséñese desde la infancia a la juventud, que no se logra excelencia sin gran esfuerzo. La ambición de alcanzar grandes alturas no tiene importancia. Jóvenes amigos: no se puede alcanzar la cima de la montaña permaneciendo inactivos y con sólo el deseo de estar allá. Podrán conseguir su objetivo haciendo solamente una etapa a la vez, avanzando con lentitud, posiblemente, pero conservando cada etapa alcanzada.

**Ellen G. White, Hijos e Hijas de Dios, 335**

La obcecación, por otro lado, con lo que algunos defienden sus puntos de vista no es precisamente una virtud. La “causa de la testarudez es la estrechez de mente. Hay hombres de gran capacidad intelectual que han permitido que la testarudez llegue a formar parte de su carácter, y no quieren creer que algo sea correcto porque no se originó en ellos”. Muchos desean que sus ideas sean seguidas sin discusión y no son capaces de reconocer que hay otras mejores que las suyas. Al no consultar a otros suponen que no hay nada que ellos podrían aportar para mejorar su pensamiento y el efecto es que la obra del Señor sufre. Otros piensan que es una señal de lealtad que sus subalternos piensen como él y que respalden sus ideas o planes. Ellen G. White sostiene que los “jóvenes deben ser adiestrados para ser pensadores” y que no deben depender del juicio de sus superiores, ni “ser su sombra, el eco de sus palabras” o “que deben repetir sus ideas y ejecutar sus planes”.

La testarudez es un mal rasgo del carácter, y si no se la vence, puede hacer mucho daño. El testarudo nunca cede cuando se trata de sus propios conceptos e ideas. La causa de la testarudez es la estrechez de mente. Hay hombres de gran capacidad intelectual que han permitido que la testarudez llegue a formar parte de su carácter, y no quieren creer que algo sea correcto porque no se originó en ellos.

**Ellen G. White, Cada día con Dios, 349**

Creo que he presentado este asunto muchas veces delante de ustedes, pero no veo que hayan cambiado su comportamiento. Queremos que todos nuestros hombres responsables deleguen responsabilidades en los demás. Asignen a otras personas ciertas tareas que los obliguen a trazar planes y a usar su buen juicio. No los eduquen para que dependan del de ustedes. Los jóvenes deben ser adiestrados para ser pensadores. Hermanos míos, no crean ni por un instante que su forma de obrar es perfecta y que los que se relacionan con ustedes deben ser su sombra, el eco de sus palabras, y que deben repetir sus ideas y ejecutar sus planes.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 302, 303**

Por último, por favor lea la cita final y tome la decisión de hacer al obra como la Sierva del Señor deseaba que la hicieran los hombres de su tiempo... y del nuestro.

Debe haber mucha más responsabilidad personal, mucha más meditación y planificación, mucho más poder mental dedicados al Maestro. Esto ampliará la capacidad de la mente, y agudizará las percepciones para saber qué hacer y cómo hacerlo. Hermanos, tendréis que luchar con dificultades, asumir responsabilidades, dar consejos, hacer planes y ejecutarlos, buscando constantemente la ayuda de Dios. Orad y trabajad, trabajad y orad; como alumnos de la escuela de Cristo, aprended de Jesús.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 498, 499**

### **7.3. Historia y organización**

Es importante también estudiar la organización de la iglesia desde el punto de vista histórico, para entender las razones de su estructura en el devenir de los tiempos. Con el auxilio de un libro de George R. Knight, uno de los más reconocidos historiadores de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, voy a tratar de cubrir algunos de los aspectos más relevantes de esta historia. El libro no deja de ser una visión crítica de la historia y de la organización actual.

Quisiera corregir, antes de avanzar en el tema, la falsa interpretación que se da en general a la crítica. La crítica es un análisis o juicio sobre una situación, una persona o un trabajo; también es un texto de carácter expositivo—argumentativo que resume los aspectos fundamentales de un producto cultural y ofrece, además, una evaluación fundamentada de su calidad por parte de un crítico o especialista en el tema. Por lo tanto, la crítica no implica una visión negativa del evento, la situación o producto (una obra de



arte, de música o teatro, entre otras) sino una evaluación de su calidad en base al juicio de una persona entendida que se supone suficientemente experta e imparcial. Un escritor en ciernes, por ejemplo, puede sentirse beneficiado porque un experto reconocido haga una crítica sobre su obra. Puede sentirse decepcionado, pero con seguridad encontrará en ella formas de mejorar su producción futura. Un crítico también es diferente de un apologista que defiende un pensamiento, documento o persona en particular.

Me considero personalmente un apologista de la Santa Biblia o del Espíritu de Profecía, pero prefiero tener un visión crítica de lo que los hombres hacemos, que es imperfecto, en contraste con lo que Dios hace. Evidentemente también, la crítica sobre un tema especializado, ejecutada por quien no está calificado, tendrá más que ver con el propio gusto o sesgo del supuesto crítico que con una valoración comparativa adecuada.

Dicho esto, permítame referirme a la etapa anterior a la existencia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, es decir mientras se desarrollaba el movimiento millerita que dio origen a aquella. Muchos de nuestros principales pioneros provinieron de las fuentes de la Conexión Cristiana, una iglesia que valoraba en mucho la libertad de sus miembros y tenía escaso apego a la existencia de un credo o una organización, que entendían, pudieran reducir la tan apreciada libertad de los creyentes.

Uno de los dirigentes del movimiento escribió a principios de la década de 1830 que la Conexión había surgido simultáneamente en varios lugares de los Estados Unidos a comienzos del Siglo XIX "no tanto para establecer doctrinas peculiares y distintivas, sino para garantizar, en favor de individuos e iglesias, más libertad e independencia en relación con asuntos de fe y práctica, para librarse de la autoridad de credos humanos, y de las cadenas de formas y costumbres establecidas, para hacer de la Biblia la única guía de los creyentes, exigiendo para todo individuo el derecho de ser su propio interprete para juzgar por sí mismo cuáles son sus doctrinas y requerimientos y, en el terreno de la práctica, seguir más estrictamente la sencillez de los apóstoles y los cristianos primitivos". El movimiento se oponía a todo "ataque a la libertad cristiana" (J. N. Brown, *Encyclopaedia of Religious Knowledge, 1836, 362; ...*).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 17**

La enseñanzas de Miller sobre la pronta venida del Señor provocaron una salida masiva de miembros de la Conexión Cristiana, entre ellos Joshua V. Himes, de gran importancia para el movimiento millerita, pero en especial James S. White y Joseph Bates que resultarían claves para el surgimiento de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Joseph Marsh, mencionado aquí tuvo un breve paso por el millerismo y terminó alejado de la verdad luego del chasco.

Reflexionando sobre la crisis de la década de 1840, un historiador del movimiento conexionista cuenta que "algunos de los pastores más descollantes, y los editores de los periódicos, pusieron de manifiesto la falacia del razonamiento de Miller; pero no lograron detener la enorme desbandada que se dio entre sus miembros... En un tiempo increíblemente breve, muchos ministros cristianos que se vieron atraídos por la forma que Miller tenía de ver las profecías comenzaron a predicar los puntos de vista de este y los propios caprichos de cada cual. Durante la década de 1840, esta tendencia continuó imparable, dando como resultado que los "cristianos" perdieran muchos buenos pastores que, en su intento por 'salir de Babilonia', arrastraron consigo una iglesia tras otra" (Morrill, History, 175). Dentro de la "enorme desbandada" se encontraban Joshua V. Himes, quien había sido secretario del Congreso de la Asociación General de la denominación en 1833, y Joseph Marsh, editor del segundo periódico más importante del movimiento, el Christian Palladium. Con todo lo que valían estos dirigentes, aun de mayor importancia para la historia de este libro fue la deserción de un joven ministro de nombre Jaime White y de Joseph Bates, laico muy influyente. White y Bates serían dos de los fundadores del adventismo del séptimo día. Ellos incorporarían al nuevo movimiento las ideas sobre organización que habían adquirido en la Conexión Cristiana.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 20**

Los milleritas no deseaban fundar una nueva iglesia, y no invitaban a los miembros a salir de las iglesias que les acogían. A pesar de esto al "organizar una asociación y fundar un periódico, los creyentes adventistas ya habían iniciado una existencia independiente, aun cuando permanecían en sus iglesias". No tardarían en aparecer algunas razones para que los milleritas empezaran a abandonar sus iglesias por la negativa de estas de estudiar los temas relativos a la segunda venida o la resistencia "a formar clases bíblicas especiales para el estudio del advenimiento". En algún momento estas fuerzas centrífugas serían aún más fuertes, en particular cuando los miembros milleritas empezaron a ser expulsados de sus iglesias por sus peculiares creencias y su renuencia a aceptar el control de sus iglesias sobre la difusión de estos temas.

La primera asociación general millerita, celebrada en octubre de 1840, dejó muy claro que los líderes del movimiento deseaban trabajar dentro del marco de las iglesias existentes. "Nosotros no somos", decía un informe de la asociación, "de aquellos que siembran discordia entre los hermanos, de los que se apartan de la comunión de las iglesias". E insistía que "no tenemos el



propósito de distraer a las iglesias con nuevas invenciones, ni de hacernos de un nombre dando inicio a otra secta entre los que siguen al Cordero". Mas bien, to que querían era sencillamente "reavivar y restaurar ...los hitos antiguos" dentro de sus iglesias (**Report of the General Conference, 14 y 15 de octubre de 1840, 22, 20**).

No obstante, con la propia acción de organizar una asociación y fundar un periódico, los creyentes adventistas ya habían iniciado una existencia independiente, aun cuando permanecían en sus iglesias. El segundo Congreso de la Asociación General daría un paso de gigante hacia la crisis que, a la postre, había de llevar a los milleritas a separarse de las denominaciones existentes. Esa conferencia incitó a los creyentes a promover la cuestión del advenimiento en sus iglesias, a presionar a sus pastores con el tema, y a formar clases bíblicas especiales para el estudio del advenimiento (**Signs of the Times, 2 de agosto de 1841, 70**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 21, 22**

La "construcción de tabernáculos milleritas" fue otra de las razones que provocaron la separación de los milleritas de sus iglesias, pero, aunque "los creyentes adventistas habían ido adquiriendo todos los atributos de una denominación, incluyendo la ordenación de ministros" sin embargo predominaba el hecho que "no tenían deseo alguno de formar un nuevo cuerpo religioso". La expectativa cercana de la supuesta segunda venida hacía perfectamente explicable que no desearan formar una nueva organización religiosa, al menos con la complejidad que ahora poseen las existentes.

Otro movimiento tendente a la separación adventista fue la construcción de tabernáculos milleritas. El primero de esos tabernáculos se inauguró en Boston en mayo de 1843. Fue uno de los muchos que se levantaron, ya que las congregaciones adventistas se veían cada vez mas forzadas a encontrar nuevos lugares de reunión.

Por todo ello, entre el verano de 1842 y el de 1844, los creyentes adventistas habían ido adquiriendo todos los atributos de una denominación, incluyendo la ordenación de ministros. Sin embargo, aun entonces, no tenían deseo alguno de formar un nuevo cuerpo religioso. ¿Por qué habrían de hacerlo? Jesus vendría pronto. Después de ese acontecimiento no habría necesidad de que existiesen denominaciones.

En consecuencia, en mayo de 1844, Josiah Litch escribió: "no se ha hecho ninguna previsión para el establecimiento de instituciones permanentes, entre los adventistas... Si hubiésemos de decir que existe algo que se podría llamar organización, se trataría de la forma más simple, voluntaria y primitiva... No esperamos ni deseamos ninguna otra organización, hasta que alcancemos la Nueva Jerusalén, y nos organicemos bajo el Rey de reyes. Aquí, somos peregrinos y extranjeros, sin lugar donde morar" (**Advent Shíeld, mayo de 1844, 90, 91**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 24**



La crisis generada por el gran chasco, cuando Jesús no vino por segunda vez como esperaban los milleritas, fue agudizado por el fanatismo generado en especial por los llamados espiritualizadores. En un intento de salvar el movimiento, que no alcanzaba a identificar lo que realmente había pasado ese 22 de Octubre, los principales líderes convocaron "a un congreso organizativo en Albany, Nueva York, que debía dar inicio el 29 de abril de 1845". En su momento William Miller dijo que el congreso "fue convocado para liberar, respecto a la anarquía y confusión de BABILONIA en la que tan inesperadamente habíamos caído, y, en lo posible, para desenredamos de ellas"; algo que penosamente, para la unidad, no ocurrió.

En el adventismo posterior al chasco reinaba el caos, especialmente en aquel sector del movimiento que creía que Cristo había venido espiritualmente a los corazones de los creyentes el 22 de octubre. Diversos tipos de fanatismo corrían incontrolados entre los llamados "espiritualizadores". A fin de evitar que la causa adventista acabara en la ruina total, Rimes cursó una invitación para acudir a un congreso organizativo en Albany, Nueva York, que debía dar inicio el 29 de abril de 1845. El propósito. del congreso, según se anunció, no era debatir sobre doctrinas controvertidas sino:

1. "fortalecemos mutuamente en la fe de la cercanía del advenimiento";
2. "asesoramos sobre el mejor modo de llevar adelante unificadamente nuestra obra, dando consuelo y preparando para la pronta venida de nuestro Señor a las congregaciones adventistas de las que formamos parte"; y



3. "unificar nuestros esfuerzos para la conversión y salvación de los pecadores" (**MW 20 de marzo de 1845, 96**). En pocas palabras, el Congreso de Albany intentó devolver el orden a las filas de un movimiento diezclado, tras el Chasco, por el fanatismo promovido por los espiritualizadores.

William Miller explicó con mucho acierto el objetivo cuando escribió que el Congreso de Albany "fue convocado para liberar, respecto a la anarquía y confusión de BABILONIA en la que tan inesperadamente habíamos caído, y, en lo posible, para desenredarnos de ellas" (**AH, 4 de junio de 1845, 129...**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 26, 27**

Solamente uno de los grupos que formaban parte del millerismo "se desarrollaría en una organización significativa por encima del nivel congregacional. Ese grupo es la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Pero esto no se dio con facilidad" pues aún dentro de los fundadores iniciales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día existía "la creencia de que organizarse equivale a volverse Babilonia, igual que creían los demás milleritas". Este pensamiento dominante debía ser enfrentado para que la iglesia pudiera progresar hacia una organización adecuada para dar el mensaje al mundo.

De todos los grupos adventistas posteriores al chasco, solamente uno se desarrollaría en una organización significativa por encima del nivel congregacional. Ese grupo es la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Pero esto no se dio con facilidad. Después de todo, dentro de su bagaje llevaban la creencia de que organizarse equivale a volverse Babilonia, igual que creían los demás milleritas. Algunos de ellos habían sufrido excomunión, y dos de sus dirigentes tenían un legado conexionista. En consecuencia, igual que los grupos de Albany, durante la década de 1850 procuraron alcanzar una organización eficiente. Su lucha, ...había de alcanzar su punto culminante entre 1861 y 1863...

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 30, 31**



Muchos milleritas fueron, como he mencionado antes, expulsados de sus iglesias por sus intereses peculiares, por decirlo de alguna manera, que colisionaban con las doctrinas de sus iglesias. Un caso especial para la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día es el relativo a la "Iglesia Metodista Episcopal de Portland, Maine" que "en septiembre de 1843 excomulgó a la familia de Elena Harmon después de un proceso eclesiástico formal". "Esa expulsión afectó personalmente a la joven Elena, puesto que tal hecho suscitó en Lizzie, su hermana gemela, rencor hacia la religión para el resto de su vida". En adición, "Elena había sido testigo de primera mano de la injusticia de una denominación altamente centralizada que en el Estado de Maine había realizado una depuración sistemática tanto de los laicos como de los ministros (incluyendo su pastor favorito, Levi Stockman) que, pese a todo, no renunciaron a sus creencias milleritas".

Por lo tanto, los 3 principales líderes de la futura, en ese entonces, Iglesia Adventista del Séptimo Día tenían razones para no desear formar una organización, y además "pertenecían a ese sector del adventismo posterior al Chasco que creía que la puerta de la salvación ya había sido cerrada y que su misión para con el mundo en general había finalizado en 1844. Debido a esta creencia, no sentían ningún deseo de organizarse con fines de evangelismo o de misión".

Los primeros observadores del sábado no se vieron afectados únicamente por los conceptos relativos a Babilonia, sino que algunos de ellos habían sido expulsados de sus denominaciones por la sola razón de negarse a permanecer en silencio acerca de su creencia en la pronta venida de Jesús. La Iglesia Metodista Episcopal de Portland, Maine, por ejemplo, en septiembre de 1843 excomulgó a la familia de Elena Harmon después de un proceso eclesiástico formal (**NB, 48-59**). Esa expulsión afectó personalmente a la joven Elena, puesto que tal hecho suscitó en Lizzie, su hermana gemela, rencor hacia la religión para el resto de su vida. Elena había sido testigo de primera mano de la injusticia de una denominación altamente centralizada que en el Estado de Maine había realizado una depuración sistemática tanto de los laicos como de los ministros (incluyendo su pastor favorito, Levi Stockman) que, pese a todo, no renunciaron a sus creencias milleritas.

Por lo tanto, tres de los fundadores del adventismo del séptimo día tenían razones para tener recelo de la religión organizada: Jaime White y Joseph Bates, por su origen conexionista, y Elena G. de White, por las injusticias de las que había sido testigo y que había padecido en 1843 y 1844. Y para colmo, también pertenecían a ese sector del adventismo posterior al Chasco que creía que la





puerta de la salvación ya había sido cerrada y que su misión para con el mundo en general había finalizado en 1844. Debido a esta creencia, no sentían ningún deseo de organizarse con fines de evangelismo o de misión. Después de todo, iba a transcurrir solamente un breve intervalo antes de que Jesús regresara. Fueron los adventistas de la puerta abierta quienes, creyendo que aun tenían una misión en el mundo, se habían organizado en Albany en 1845. Los adventistas de la puerta cerrada de todas las tendencias se habían opuesto a las resoluciones de Albany por ser una negación de su fe adventista. Los creyentes de la puerta cerrada no veían en absoluto razón alguna para organizarse. No obstante, lentamente eso había de cambiar.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 34, 35**

Las grandes diferencias doctrinales con las iglesias de las que provenía este grupo empezaron a impulsarlos a “desarrollar un sistema más amplio de organización eclesiástica” que “derivó de la necesidad de mantener la unidad ética y doctrinal”. La necesidad de sostener a los ministros, así como definir quiénes eran realmente ministros reconocidos, fue otro de los acicates para establecer algún tipo de organización. Las ideas de Ellen G. White y su esposo empezaron a ser apoyadas por los testimonios que el Señor daba a Su sierva.

Un segundo acicate que impulsó a los observadores del sábado a desarrollar un sistema más amplio de organización eclesiástica derivó de la necesidad de mantener la unidad ética y doctrinal. Pronto surgirían problemas relacionados con estas cuestiones al iniciarse el tiempo de recoger que culminarían cuando ambos esposos White abogaron firmemente en favor del “orden evangélico” hacia finales del año 1853.

Las iniciativas de 1853 no fueron las primeras peticiones de que hubiese una organización más amplia. Cabe mencionar que, por septiembre de 1849, Jaime White defendía que los predicadores itinerantes contasen con un apoyo financiero, y exponía la necesidad de “apartar temporalmente” a cierta mujer “de la comunión” (**JW al Hno. y Hna. Collins, 8 de septiembre de 1849**). Unos meses después, en el contexto de comentarios relativos a cierto individuo de quien no creía que Dios lo hubiese llamado a ser predicador itinerante, Jaime White escribió en una carta a un hermano sobre la necesidad de avanzar hacia el “orden evangélico” (**18 de marzo de 1850**).

Las inquietudes de su esposa parecen haber sido semejantes a las de Jaime. En diciembre de 1850 escribió: “vi que en el cielo todo estaba en orden perfecto. Dijo el ángel: ¡mirad! ¡Cristo es la cabeza; avanzad en orden! Haya sentido en todo. Dijo el ángel: ¡Contemplad y conoced cuán perfecto y hermoso es el orden en el cielo! ¡Seguidlo!” Ella, además, habló del fanatismo y de aquellos que habían sido excomulgados por su conducta inadecuada. Poco antes de concluir, destacó que “si Israel [es decir, la iglesia] avanzara de forma consecuente hacia delante, caminando según el orden bíblico, sería tan temible como un ejército que despliega sus estandartes” (**Ellen G. White, Mensajes Selectos, Tomo II, 25 de diciembre de 1850**).

Las primeras inquietudes de Jaime y Elena G. de White respecto a la organización parecen haber sido esencialmente las mismas. Ambos temían que surgieran representantes desordenados, fanáticos y no autorizados dentro del incipiente movimiento observador del sábado.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 39, 40**

En 1853, Ellen G. White decidió enfrentar los temores de quienes no deseaban una organización sosteniendo que el “Señor ha mostrado que el orden evangélico ha sido temido y descuidado en demasía. Debe rehuirse el formalismo; pero al hacerlo, no se debe descuidar el orden. Hay orden en el cielo. Había orden en la iglesia cuando Cristo estaba en la tierra, y después de su partida el orden fue estrictamente observado entre sus apóstoles. Y ahora en estos postreros días, mientras Dios está llevando a sus hijos a la unidad de la fe, hay más necesidad real de orden que nunca antes”.

También expuso el peligro que los fieles verdaderos se vieran afectados por “mensajeros enviados por sí mismos” que decía que eran una “maldición para la causa” y señalaba la importancia de “preparación de los ministros y la ordenación de aquellos aprobados por “hermanos de experiencia y sano criterio””. Es evidente que las razones que ella esgrimía eran no solamente importantes sino urgentes para preservar a la iglesia de influencias negativas, además de fortalecer a esta para el cumplimiento de la misión que los testimonios presentaban.

Para finales de diciembre de 1853, Elena G. de White hizo su primer llamamiento de gran alcance hacia un mayor orden. Basando sus convicciones en una visión recibida durante su viaje hacia el Este en el otoño de 1852, escribió: “El Señor ha mostrado que el orden evangélico ha sido temido y descuidado en demasía. Debe rehuirse el formalismo; pero al hacerlo, no se debe descuidar el orden. Hay orden en el cielo. Había orden en la iglesia cuando Cristo estaba en la tierra, y después de su partida el orden fue estrictamente observado entre sus apóstoles. Y ahora en estos postreros días, mientras Dios está llevando a sus hijos a la unidad de la fe, hay más necesidad real de orden que nunca antes”. Buena parte de su artículo tiene que ver con los problemas suscitados por los



"mensajeros enviados por sí mismos", quienes son una "maldición para la causa" de los observadores del sábado. Como había hecho Jaime, ella abordó la preparación de los ministros y la ordenación de aquellos aprobados por "hermanos de experiencia y sano criterio" (**Ellen G. White, Primeros Escritos, 97, 99, 101...**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 45**

Poco tiempo después la necesidad de una organización se vio reforzada por la exigencia de administrar las propiedades que iba adquiriendo la iglesia y que requerían de aspectos legales para su seguridad. Todos estos aspectos iban generando cada vez mayor certeza sobre la necesidad de una organización con determinada complejidad.

Ya la naciente iglesia había experimentado amargos casos de pérdida de propiedades a manos de "hermanos" que se aprovecharon de la debilidad organizativa existente. Por otro lado, la necesidad legal de la organización obligaba también a tener un nombre bajo el cual se colocarían las propiedades de la iglesia. Ya había habido casos en que algunas congregaciones utilizaron nombres que anticipaban el hecho que la iglesia debía tener una denominación común. Todo esto a pesar de las reticencias de quienes no deseaban una organización, o de quienes pensaban que todo lo que se hiciese, incluyendo los aspectos legales debían estar sostenidos por la Santa Biblia. Hubo, en su momento, que enfrentar a los objetores utilizando su propio método, para que presentaran de qué manera se iba en contra de las Sagradas Escrituras cuando se organizaran como una denominación. Saldado este punto llegó el momento de proponer y llegamos en 1860 a nuestro nombre actual, cosa que fue aceptada entusiastamente por la Sierva del Señor.

Jaime White planteó la cuestión de los trámites para la organización legal de las propiedades de la iglesia en febrero de 1860 a fin de que esta pudiera tener posesión legal de ellas y otorgarles seguridad. Afirmó con claridad que se oponía a firmar pagarés a individuos que deseaban prestar su dinero a la editorial. Por lo tanto, el movimiento necesitaba hacer planes para conservar la propiedad de la iglesia de una "forma adecuada" (**Review & Herald, 23 de febrero de 1860, 108**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 57, 58**

Las páginas de la Review muestran durante todo el verano de 1860 que algunos observadores del sábado iban viendo más las cosas como Jaime White sobre el tema de la organización legal de la editorial y otros aspectos de la organización. Entre tanto, ciertas congregaciones específicas habían comenzado a organizarse legalmente a fin de proteger su propiedad. Sin duda, estos hermanos se habían sentido motivados a raíz de la presentación hecha por Jaime del triste caso de los milleritas de Cincinnati. Los creyentes de ese lugar habían construido un lugar de reuniones en un solar que pertenecía a uno de ellos. Siendo que el edificio estaba situado en su propiedad, legalmente pertenecía a este individuo. Eso no generó problemas hasta que el caballero cedió a la tentación, se apoderó de la llave, y "no permitió el acceso a la congregación, de manera que el lugar construido y consagrado para la adoración de Dios se convirtió en una fábrica de vinagre" para la ganancia personal del dueño del suelo. White destacó también que la congregación pronto construyó una segunda capilla en el solar de otro miembro de quien les parecía que "podían confiar con toda certidumbre". Pero, "les jugó una pasada similar" (**Review & Herald, 26 de abril de 1860, 180**).

Para prevenir problemas similares, varias congregaciones de observadores del sábado comenzaron a organizarse a mediados de 1860. En mayo, la iglesia de Parkville, Michigan, adoptó artículos de asociación, usando el nombre de Iglesia del Segundo Advenimiento de Cristo de Parkville. Unas cuantas semanas después, la congregación de Fairfield, Iowa, se organizó "autodenominándose 'La Iglesia del Dios Viviente'" (**Review & Herald, julio de 1860, 30**).

Los problemas relativos a la propiedad llegaron a un punto crítico en un congreso convocado por Jaime White en Battle Creek para discutir la cuestión junto con los asuntos de los trámites para la organización legal y la adopción formal de un nombre, que era un requisito para la tramitación. Entre el 29 de septiembre y el 2 de octubre de 1860, delegados de por lo menos cinco Estados discutieron detalladamente la situación y las posibles soluciones. Todos estuvieron de acuerdo en que, cualquier cosa que hicieran, tendría que estar de acuerdo con la Biblia. Sin embargo, como cabía esperar, estaban divididos sobre el asunto hermenéutico, de si algo necesita estar explícitamente mencionado en la Biblia. Jaime White, como siempre, arguyó que "todo deber cristiano no está dado en las Escrituras" (**Review & Herald, 16 de octubre de 1860, 169**). Ese punto esencial tenía que reconocerse antes de que pudieran avanzar hacia la organización legal. Gradualmente, según iban aflorando los diversos problemas y opciones, la mayoría de los candidatos fue aceptando la regla hermenéutica de White.

El congreso de octubre de 1860 consiguió tres metas principales. La primera involucraba la adopción de una constitución para la tramitación de la organización legal de la asociación publicadora. La segunda fue lograr que "las iglesias individuales se organicen... de tal manera que puedan retener su propiedad eclesiástica y sus edificios legalmente". Jaime White, que seguía



luchando en la arena hermenéutica con los que querían textos para probarlo todo, invitó dos veces a los objetores a presentar "un texto de las Escrituras que evidenciara que este proceder está equivocado". Incapaces de encontrar tal pasaje o de igualar su lógica, los objetores se rindieron y la propuesta fue aprobada (**Review & Herald, 16 de octubre de 1860, 170,171**).

La tercera meta lograda en las reuniones de octubre de 1860 tenía que ver con la elección de un nombre denominacional, siendo que los delegados finalmente convinieron que no había forma de evitar ser vistos como una denominación por quienes contemplaban el movimiento desde el exterior. Muchos se inclinaban por el nombre de "Iglesia de Dios", pero el grupo no lo aceptó porque otros cuerpos religiosos ya lo utilizaban. Jaime White subrayó que el nombre adoptado no debería resultar objetable para el mundo en general. Finalmente, David Hewitt propuso "que adoptemos el nombre de adventistas del séptimo día". Su propuesta fue aceptada, pues muchos delegados reconocían que era "elocuente a la hora expresar nuestra fe y posición [doctrinal]" (**Review & Herald, 23 de octubre de 1860, 179**). Según las detalladas actas del Congreso, Elena G. de White se mantuvo en silencio, pero posteriormente expresaría su entusiasta opinión sobre el nombre. "El nombre adventista del séptimo día -declaró después de las reuniones presenta los verdaderos rasgos de nuestra fe, y convencerá a la mente inquisidora. Como una saeta de la aljaba celestial, herirá a los transgresores de la ley de Dios, e inducirá al arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo" (**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 1, 204, 205**).

Las reuniones de 1860 habían logrado mucho, pero aún quedaban aspectos pendientes. Los logros de 1861 edificarían sobre la plataforma establecida en 1860.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 60-62**

En el congreso de 1861 se inició la formación de asociaciones (la de Michigan en primer lugar, nucleando un conjunto de iglesias geográficamente próximas), siendo que las iglesias conformantes firmaban un pacto, indicando que "los abajo firmantes, nos asociamos como iglesia, tomando el nombre de adventistas del séptimo día, comprometiéndonos a guardar los mandamientos de Dios, y la fe de Jesucristo". Aunque esta declaración era muy bien intencionada hubiera sido muy difícil considerarla como un credo o algo que se le asemejara. Todavía la renuencia a definir un credo o conjunto de doctrinas que identificara a la iglesia era muy grande, y tomaría muchísimo tiempo enfrentarla con éxito.

El Congreso de octubre de 1861 es uno de los eventos cumbre en la historia adventista del séptimo día. El primer punto en la reunión administrativa fue "la forma adecuada de organizar las iglesias". Como parte de ese punto, Jaime White recomendó que los miembros de cada congregación se organizaran formalmente firmando un pacto como iglesia. Su propuesta de pacto comenzaba así: "Nosotros, los abajo firmantes, nos asociamos como iglesia, tomando el nombre de adventistas del séptimo día, comprometiéndonos a guardar los mandamientos de Dios, y la fe de Jesucristo".

Aun cuando el Congreso adoptó el pacto, se generó una larga discusión sobre la diferencia entre un pacto y un credo. Cuando todos quedaron convencidos sobre la pertinencia bíblica de firmar un pacto, la discusión avanzó a la mecánica de organizar una iglesia y nombrar cargos directivos eclesiásticos. Los delegados acordaron asignar el tema a una comisión de pastores para que desarrollara un plan que publicarían en la *Review*.

El punto central de la agenda era la recomendación "a las iglesias en el Estado de Michigan de unirse en una Asociación, con el nombre de Asociación de Michigan de los Adventistas del Séptimo Día". Los delegados adoptaron la recomendación junto con una sencilla estructura que consistía en un Presidente, un Secretario, y una Junta de tres miembros. Durante el primer año, Joseph Bates y Urias Smith, presidente y secretario, respectivamente, de la junta organizadora, continuarían con esas funciones en la Asociación (**Review & Herald, 8 de octubre de 1861, 148**). Al siguiente año, los delegados escogieron de presidente a William S. Higley, un laico.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 66**

Un año y medio después una media docena de asociaciones dio a luz a la "Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día" presidida por John Byington, ante la prudente declinación de James S. White ("porque algunos interpretarían su enérgica campaña por el establecimiento de una organización completa como una maniobra calculada para obtener poder en beneficio personal"), en una fecha considerada por nuestros historiadores, con algunas discrepancias menores, como la fecha de creación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

La Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día se organizó en una reunión convocada para tal propósito en Battle Creek del 20 al 23 de mayo de 1863. El voto facultativo dice así: "con el propósito de asegurar la unidad y eficiencia en el trabajo, promover los intereses generales de la causa de la verdad presente, y perfeccionar la organización de los adventistas del séptimo día, nosotros, los delegados de las varias Asociaciones de los diferentes Estados, por este



medio procedemos a organizar una Asociación General, y adoptar la siguiente constitución para el gobierno de la misma". La constitución establece a los aspectos usuales de un documento tal, incluyendo la elección de un presidente, secretario, tesorero, y junta ejecutiva. Los delegados eligieron por unanimidad a Jaime White como presidente, pero el declinó la invitación porque algunos interpretarían su enérgica campaña por el establecimiento de una organización completa como una maniobra calculada para obtener poder en beneficio personal. Después de cierta discusión, el Congreso escogió a John Byington en lugar de White (**Review & Herald, 26 de mayo de 1863, 204-206**).

El Congreso de mayo fue apoyado por representantes de cinco Asociaciones (las de Nueva York, Iowa, Michigan, Wisconsin, y Minnesota) y de un Estado (Ohio) que formaría una Asociación antes de que terminara el mes. Asistieron 19 delegados oficiales (diez de ellos representando a la Asociación de Michigan). Además de establecer la Asociación General, el Congreso de mayo de 1863 también desarrolló un modelo de constitución que debía adoptarse por todas las Asociaciones estatales.

#### **George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 71, 72**

Los avances no estarían exentos de problemas pues los principales dirigentes de una de las asociaciones, la de Iowa, se "oponían fuertemente a la organización de la iglesia y dirigían campanas de crítica y hostilidad contra la dirección general de la denominación, especialmente Jaime y Elena G. de White". La propia asociación de Iowa los removió de su cargo y estos dirigentes "dejaron la denominación, llevándose consigo algunos miembros para formar el Grupo de Marion. A diferencia de la mayoría de los brotes que han salido del adventismo del séptimo día, el Grupo de Marion no desapareció [aunque es una iglesia muy pequeña]. Hoy en día se lo conoce como la Iglesia Universal de Dios (del Séptimo Día)".

No todos estaban contentos con la recién formada Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. Los dos objetores más activos fueron el primer presidente y secretario de la recientemente organizada Asociación de Iowa: B. F. Snook y W. H. Brinkerhoff. Ambos se oponían fuertemente a la organización de la iglesia y dirigían campanas de crítica y hostilidad contra la dirección general de la denominación, especialmente Jaime y Elena G. de White. En julio de 1865, la circunscripción de la Asociación de Iowa reemplazó a Snook con George I. Butler. Posteriormente, Snook y Brinkerhoff dejaron la denominación, llevándose consigo algunos miembros para formar el Grupo de Marion. A diferencia de la mayoría de los brotes que han salido del adventismo del séptimo día, el Grupo de Marion no desapareció. Hoy en día se lo conoce como la Iglesia Universal de Dios (del Séptimo Día).

#### **George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 80**

George I. Butler, reemplazante de B. F. Snook como presidente de la Asociación de Iowa es un personaje singular en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pues fue presidente de la Asociación General en 3 periodos, los dos últimos solamente un año, el último de ellos durante el tormentoso congreso de Minneapolis en 1888 que casi fracturó a la iglesia. A pesar de esto Butler supo reconocer sus fallas y fue hasta su muerte un fiel miembro de la iglesia. A raíz de su primer periodo desarrolló en un libro la idea de un estilo de liderazgo de un solo hombre, el presidente de la Asociación General. Ellen G. White defendió el principio del liderazgo en la "Asociación General como cuerpo y contra el tipo de autoridad individualista propuesto por Butler", que es el concepto con el cual se administra, al menos en teoría, la iglesia en todos sus niveles de administración. Butler retrocedió y aceptó.

Más o menos a la vez, Elena G. de White escribió una carta de 18 páginas a Butler que ponía de manifiesto su armonía esencial con su esposo. Aseveró que Butler, al defender su estilo independiente de liderazgo y modales más bien despóticos, había desarrollado sus ideas sobre el liderazgo en "beneficio propio", y, a continuación, la Sra. White negaba validez del principio de liderazgo de un solo hombre promovido por Butler. Por otro lado, aunque negaba la autoridad de cualquier persona que quisiera actuar individualmente como líder, Elena G. de White sostuvo la autoridad de la Asociación General como cuerpo:

"Usted, le escribió a Butler, yerra grandemente al dar a la mente y el juicio de un hombre esa autoridad e influencia con la que Dios ha investido a su iglesia a través del juicio y la voz de la Asociación General. Cuando este poder que Dios ha colocado en la iglesia es acreditado a un hombre y a él se le otorga la autoridad de ser criterio para otras mentes, entonces se cambia el verdadero orden bíblico... Su posición acerca del liderazgo es correcta, si usted le da a la supremo autoridad organizada en la iglesia lo que le ha dado a un hombre. Dios nunca planeó que su obra llevara el sello de la mente de un hombre y el juicio de un individuo" (**Ellen G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 3, 541...**).

Tras reconocer que la necesidad había impuesto que Jaime dirigiese la obra durante sus primeros días, Elena agregó que, una vez establecida la organización, "entonces era el momento apropiado para que mi esposo dejara de llevar por más tiempo las responsabilidades y los cargos



pesadas". (Ellen **G. White, Testimonios para la Iglesia, Tomo 3, 549**). En un folleto que contenía la carta de Elena a Butler, Jaime adjuntó una sección sobre liderazgo en la que volvía a publicar la mayor parte de su artículo aparecido en la *Review* y destacaba que "nunca había profesado ser un dirigente en ningún otro sentido que aquel que convierte en dirigentes a todos los ministros de Cristo" (en **Elena G. de White, Testimonio 25, 190**).

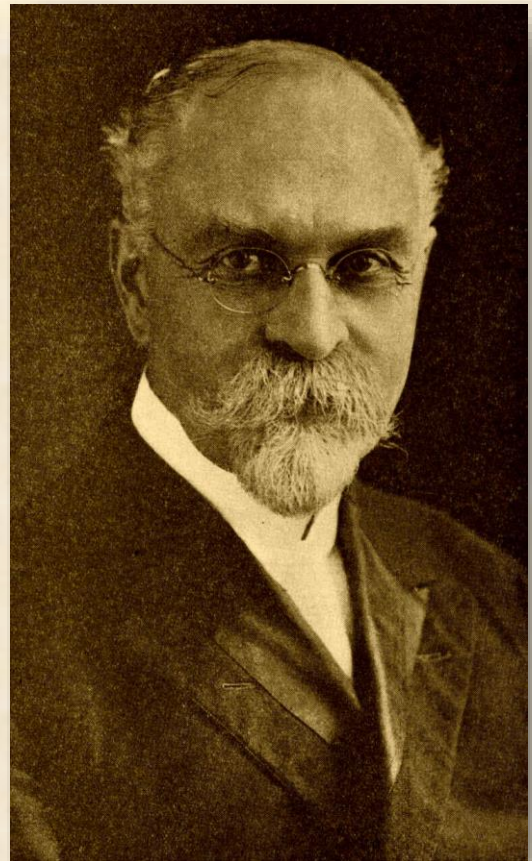
Así pues, los esposos White se pronunciaron firmemente en favor de la autoridad de la Asociación General como cuerpo y contra el tipo de autoridad individualista propuesto por Butler. Por su parte, Butler se arrepintió de sus acciones, dimitió de la presidencia de la Asociación General, compró y quemó todos los ejemplares disponibles (unos novecientos sesenta) de su libro *El Liderazgo*, y en el Congreso de la Asociación General de 1875 propuso una resolución donde se dejaba sin efecto el apoyo a sus ideas de liderazgo. Sin embargo, en vez de adoptar una resolución inmediata, el Congreso nombró una comisión para estudiar el asunto (**Review & Herald, 26 de agosto de 1875, 59**). Et Congreso de 1877, basándose en el informe de la comisión, votó dejar sin efecto su aprobación de todas aquellas porciones del libro *El Liderazgo* de Butler que enseñasen "que el liderazgo del cuerpo quede confinado en una persona concreta". Además, el Congreso votó que "la más alta autoridad debajo de Dios entre los adventistas del séptimo día se encuentra en la voluntad del cuerpo de ese pueblo, según se expresa en las decisiones de la Asociación General cuando actúa dentro de su propia jurisdicción, y que tales decisiones reclaman el sometimiento de todos sin excepción, a no ser que se muestren en conflicto con la Palabra de Dios y los derechos de la conciencia individual" (**Review & Herald, 4 de octubre de 1877, 106...**).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 84, 85**

El congreso de Minneapolis de 1888, donde se enfrentaron la corriente legalista impulsada por Butler, desde su lecho de enfermo, y quienes impulsaban los conceptos centrales de la justificación por la fe, dejó tocada a la iglesia e hizo además evidentes algunos otros problemas que parecían no haber sido percibidos. La reorganización de la iglesia iniciada en 1901 liderada por Ellen G. White que había sido, años antes, enviada a Australia junto con su hijo William (1891-1900) en un poco disimulado esfuerzo de recortar su influencia en la Asociación General y en la marcha de la iglesia. Además de enfrentar un problema relacionado con el crecimiento y lo inadecuada que evidenciaba ser la organización de ese entonces, "para gobernar una Iglesia mundial" (pues seguía siendo manejada desde los Estados Unidos por personas que no conocían los aspectos más importantes de la obra en el extranjero), la denominación se encontraba en bancarota y con un grave endeudamiento. Era necesario un fuerte golpe de timón y los artífices del cambio fueron "W. C. White, E. G. White y A. G. Daniells", siendo este último nombrado presidente de la Asociación General, posición en la que permaneció 21 años, un periodo muy fructífero para la iglesia.

La reorganización de la denominación ocurrida en los años 1901-1903 no fue el producto de la reflexión teórica. Al contrario, evolucionó de las necesidades prácticas que la Iglesia enfrentaba en el contexto de la comprensión bíblica de su mensaje y misión. No constituían precisamente la menor de esas necesidades las exigencias de un mero crecimiento. Entre 1888 y 1900, la feligresía aumentó un 290%, y la iglesia se implantó en una cuarentena de nuevos países. Los sectores institucionales del adventismo se habían expandido proporcionalmente de forma aún más rápida que la propia iglesia al convertirse, verdaderamente, en un cuerpo internacional en la década de 1890.

Un crecimiento tan rápido como ese había engendrado dos problemas. Primero, que la denominación se acercara al borde de la bancarota. Acabó el año 1900 solamente con 32,93 dólares en la tesorería. Es más, incluso esos 32,93 dólares representaban dinero prestado. La Asociación General se desenvolvía con un deficitario programa de gastos. Esto queda ilustrado con una carta circular enviada por el presidente de la Asociación General a los presidentes de las Asociaciones locales en 1897. "Nuestras finanzas", decía, "están en una condición





realmente bochornosa... Les hemos pagado a nuestros obreros tan poco este año desde el mes de enero como ha sido posible. Muchos no cuentan con lo suficiente para vivir, y se encuentran en las circunstancias más lamentables... La Asociación General está gastando más de lo que ingresa a razón de 29.000 dólares o más al año" ...

Aparte del endeudamiento de la Asociación General, I. H. Evans calculó en 1901 que las instituciones de la denominación habían acumulado una deuda adicional de un millón y cuarto de dólares, suma fabulosa en esa época... Según escribió **P. T. Magan**, "todas nuestras instituciones se han dedicado a pedir dinero prestado" (**Review & Herald, 11 de abril de 1899, 235**). La deuda denominacional era tan pesada que la Iglesia y sus instituciones no podían siquiera mantenerse al paso del pago de los intereses. Además, para empeorar las cosas, la Asociación General era, en cierto sentido, responsable de la deuda de las organizaciones auxiliares aun cuando, debido a la situación de independencia de estas, tenía poco control sobre su endeudamiento posterior.

La indigencia financiera de la Iglesia estaba comenzando a afectar su capacidad de enviar misioneros. Para finales de la década de 1890 eran enviados al extranjero nada más que la mitad de los que partían en la primera parte de la década... En 1899, el presidente de la Junta de Misiones Extranjeras informó que "durante los últimos dos años no hemos abierto obra nueva en ninguna región del mundo. Ha sido una imposibilidad"... Francamente, si la iglesia había de mantener su planteamiento expansivo de la misión, tendría que gastar su dinero más sabiamente y mantener mejor control sobre sus finanzas.

El segundo problema que enfrentó el adventismo a finales del Siglo XIX también estaba relacionado con la misión. La estructura de 1863 ya no era adecuada para gobernar una Iglesia mundial. En pocas palabras, el éxito misionero de la denominación había comenzado a exigir una revisión de su estructura administrativa.

Por lo tanto, igual que durante las décadas de 1850 y 1860, los problemas financieros y administrativos relacionados con la comprensión que la Iglesia tenía de su misión bíblica exigían pensamiento creativo y urgencia de acción cuando el adventismo se encaminaba a su Congreso de la Asociación General de 1901. Con esos hechos en mente, no debería sorprendernos descubrir que los arquitectos del cambio en ese Congreso (W. C. White, E. G. White y A. G. Daniells) habían tenido toda una amplia experiencia en el campo misionero en el extranjero.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 115-117**

La influencia de Ellen G. White resultó determinante para que los delegados entendieran la gravedad de la situación y la necesidad y magnitud de los cambios que serían requeridos para relanzar a la iglesia para alcanzar al mundo, así como para descentralizar y acelerar las decisiones, a la par que se disminuía el poder de unos pocos que administraban la obra mundial desde la perspectiva norteamericana. Exigió "una renovación sin demora. No permitir que este Congreso termine y se cierre como lo han hecho todos los Congresos, con la misma manipulación, con el mismo tono y el mismo orden. ¡Dios no lo quiera! Dios no lo quiera, hermanos".

Quisiera que note que Ellen G. White se refirió a la "misma manipulación, con el mismo tono y el mismo orden" que ella había percibido en congresos anteriores. Felizmente empezando por George A. Irwin, el presidente en funciones de la Asociación General, así como los delegados, reconocieron la necesidad de un gran cambio y se empeñaron en conseguirlo. La reorganización, por su amplitud y complejidad, se realizó entre 1901 y 1903 y cambió totalmente la estructura de la iglesia, en especial a nivel mundial.

El tono para el Congreso de la Asociación General de 1901 fue puesto el 1 de abril, un día antes que se iniciase oficialmente el Congreso. En esa fecha, A. G. Daniells presidió una reunión de dirigentes denominacionales en la biblioteca del Colegio de Battle Creek. Daniells dijo a los allí reunidos que algunos de ellos se habían reunido la noche anterior, pero que habían querido abrir la discusión para incluir personas adicionales y también permitir que la "hermana White... esté presente y que nos presente cualquier luz que pudiera tener para nosotros".

Elena G. de White, sin embargo, no quería hacerse cargo de la reunión. "Pensaba", le dijo a Daniells, "permitirle a usted dirigir y, si yo tuviera algo que decir, entonces lo diría". Daniells contestó que él y sus colegas no quería discutir más el asunto de la reorganización hasta que la hubieran escuchado a ella".

La Sra. White se opuso diciendo, "yo preferiría no hablar hoy, ...no porque no tenga que decir, porque lo tengo". Después de esa declaración, ella presentó durante alrededor de una hora a hora y media uno de los discursos más influyentes de su ministerio. En términos nada inciertos, exigió "sangre joven" y una "organización nueva por completo" que ampliara la base gobernante de la organización. Oponiéndose a la concentración del poder en unos pocos individuos, no dejó lugar a



dudas de que "el poder regio y controlador", así como cualquier administrador que ostentase algún "pequeño trono", tendría que desaparecer. Exigió "una renovación sin demora. No permitir que este Congreso termine y se clausure como to han hecho todos los Congresos, con la misma manipulación, con el mismo tono y el mismo orden. ¡Dios no to quiera! Dios no to quiera, hermanos"...

Para la reunión de apertura del Congreso de la Asociación General se vio a Elena G. de White subir al estrado y demandar reorganización en términos muy firmes, aun cuando "la forma en que ha de lograrse, no [la podía] decir". Desde su perspectiva, era su deber instar a la reforma, pero era responsabilidad de los delegados desarrollar la forma. G. A. Irwin, el presidente, reconoció la fuerza de la petición hecha por ella, pero no fue más allá de las generalidades sobre el tema de la reforma. En ese punto, Daniells tomó la iniciativa y propuso que "se suspendan las normas y precedentes usuales para organizar y tramitar los asuntos de la Asociación General" y que se nombrara una comisión general que desarrollara recomendaciones relacionadas con la reorganización de la denominación y otros temas de interés. Su propuesta fue aprobada...

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 117-119**

Los cambios fueron significativos para administrar la obra de forma más descentralizada. La creación de las Uniones, que luego se agruparían en divisiones, permitió que se administraran los recursos y se tomaran las decisiones con mayor conocimiento de las peculiaridades de los campos y sus retos, lo que se haría con mayor rapidez y eficiencia. Las organizaciones auxiliares (clínicas, escuelas, universidades, fábricas de alimentos) se vincularon a la estructura de las uniones y se administraban desde los mismos campos. La presidencia de la Asociación General redujo la influencia personal, pero ganó en un conjunto de consejeros que permitiría decisiones más meditadas, consensuadas y menos poder omnímodo.

...el Congreso de 1901 llevó a cabo algunos de los cambios más significativos en la historia de la denominación. Los más importantes fueron cinco:

1. La creación de Uniones de Asociaciones y Uniones de Misiones que supervisarán las Asociaciones y Misiones locales y, de esta manera, dispersarán la autoridad administrativa de los cargos directivos de la Asociación General.
2. La mayoría de las organizaciones auxiliares serán suspendidas y, en su lugar, se convertirán en Departamentos de la Asociación General, de las Uniones, de las Asociaciones locales y de cada iglesia individual.
3. La Junta Ejecutiva de la Asociación General aumentará sus miembros a 25 personas en un intento adicional de dispersar el poder y la autoridad.
4. La propiedad y administración de las instituciones que habían estado bajo la jurisdicción de la Asociación General y las organizaciones auxiliares se transferirá a las Uniones.
5. La Asociación General no tendrá presidente. En su lugar, la Junta Ejecutiva de la Asociación General escogerá un presidente que servirá generalmente durante un período corto, y la junta lo quitará en cualquier momento si se deseaba un cambio.

Por to tanto, la reorganización de 1901 fue una reestructuración considerable que, si bien se apegó al patrón general del plan de 1861-1863, también to modificó para atender las necesidades de una iglesia en permanente cambio. Los cambios de mayor dimensión incluían tanto la centralización como la descentralización. Por un lado, se dispersaba la autoridad administrativa del presidente (números 1, 3 y 5 en la lista anterior). Pero, por otro lado, la iglesia oficial había ganado poder más directo sobre sus diversas ramas (números 2 y 4 de arriba).

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 121, 122**

La historia testifica que la reorganización de 1901-1903 resultó tremendamente beneficiosa para la iglesia pues "se vio una expansión denominacional sin precedentes". El crecimiento en uniones y asociaciones demostró el impactante efecto de los cambios, y Daniells señaló que "los resultados demuestran que ese cambio ha aumentado considerablemente la eficiencia de la administración de la obra". Evidentemente hay prosperidad escuchando a los profetas que traen el mensaje seguro del Señor.

Durante las décadas que siguieron a la reorganización de 1901-1903 se vio una expansión denominacional sin precedentes. Daniells, en su mensaje introductorio al Congreso de la Asociación General de 1909, destacó que "el crecimiento y extensión de nuestra causa demuestran más claramente cada año el valor de la organización total, y el significado de la instrucción que vino a nosotros mediante el Espíritu de Profecía en el Congreso de 1901 con referencia a la reorganización. Allí no se nos dijo que nos desorganizáramos, sino que nos reorganizáramos".

Más aún, Daniells hizo notar que los miembros de la junta Ejecutiva de la Asociación General habían aumentado de trece a cuarenta, el número de Uniones de dos a 21, y el número de Asociaciones locales de 45 a 102. Luego habló de los siete Departamentos integrados a la Iglesia procedentes de las organizaciones auxiliares. Daniells concluyó sus comentarios informando que "la



reorganización que ha tenido lugar desde el Congreso de 1901 ha atraído al círculo administrativo más de quinientas personas que no estaban anteriormente, y los resultados demuestran que ese cambio ha aumentado considerablemente la eficiencia de la administración de la obra".

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 149, 150**

Aunque George R. Knight en los últimos años se ha convertido en un crítico abierto de la organización, sus puntos de vista históricos sobre el devenir de la organización y sus preguntas sobre su actual eficacia y eficiencia no pueden ser echados en saco roto. Después de todo han pasado ya 120 años desde la reorganización de la iglesia (recordemos que la reorganización se dio apenas 38 años después de la creación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día) por lo que nos parece adecuado preguntarnos si esta estructura sigue siendo la ideal para la obra en este tiempo o si requiere algún cambio menor o radical. El mundo ha cambiado totalmente desde inicios del Siglo XX y los métodos y estructuras de las corporaciones han cambiado sustantivamente desde entonces. Lea el análisis final de George R. Knight y extraiga sus propias conclusiones.

Muchos adventistas del séptimo día sinceros se preguntan si su iglesia no se ha vuelto más papista que el papa en el terreno de la organización eclesiástica. Habiéndose apartado de un ámbito radicalmente contrario a la organización a finales de la década de 1840 y principios de la de 1850, el adventismo del Siglo XXI puede considerarse la organización eclesiástica mundial más intrincada en la historia del cristianismo. Ciertamente, es la más inestable, aunque muchas personas todavía no hayan visto la magnitud del problema.

El proceso editorial de la versión publicada de mi presentación ante el Concilio Anual de 1998, titulada "El congregacionalismo adventista: ¿Llamada de despertador o repique fúnebre?" (**Adventist Review, 28 de enero de 1999, 12-18**), ilustra mi argumento. En mi manuscrito original, yo había escrito que ninguna denominación en el mundo tenía tantos niveles administrativos que sostener. Los editores, procurando echarme una mano, agregaron las palabras "exceptuando la Iglesia Católica Romana". Yo me opuse al cambio y escribí a lápiz "incluyendo la Iglesia Católica Romana". Esa rama del cristianismo tiene únicamente dos niveles por encima de la iglesia local, mientras que el adventismo tiene cuatro...

Ahora cuatro puede sonar como un número mágico o incluso "inspirado" de unidades administrativas para algunos adventistas, siendo que es todo lo que han conocido durante su vida. Pero una cantidad cada vez mayor de miembros está cansada de sostener una estructura tan inmensa. En consecuencia, muchos ya no están enviando la totalidad de sus contribuciones (y a veces nada) mediante los canales denominacionales prescritos. En pocas palabras, estas personas están votando silenciosamente contra el statu quo con sus talonarios de cheques cuando deciden poner su dinero en proyectos específicos (ya sea locales o de otra naturaleza) y no en lo que perciben que es "el gran agujero negro" de la maquinaria denominacional. Aunque algunos adventistas ...se sienten atraídos hacia una forma congregacional de organización eclesiástica, muchos más han adoptado una "mentalidad congregacional" en la que ellos, como individuos (mas bien que las congregaciones enteras), deciden cómo dedicar su tiempo y su dinero. Hace falta que los dirigentes denominacionales y los laicos reconozcan y aborden esa realidad.

Ahora bien, una posible opción de cara al futuro en términos de organización eclesiástica es procurar mantener la situación actual. Si bien esa opción representa una posibilidad y la vía de menor resistencia, no parece ser una opción saludable por una razón: según notamos arriba, la presente estructura, además de costosa, está perdiendo el apoyo personal y financiero de un porcentaje cada vez más grande de miembros de iglesia. Esto es especialmente cierto en el caso de una generación que ha crecido en la era post denominacional. Dada la erosión de la "lealtad ciega", es probable que la opción de mantener el statu quo en la organización eclesiástica se volverá cada vez más económicamente inviable.

Aún más seria es la pregunta de si la organización adventista actual continúa siendo misiológicamente viable. O sea, ¿es la forma mejor y más eficiente de cumplir la misión escatológica de la iglesia? Más y más miembros laicos y pastores están contestando esa pregunta negativamente. Expresan su preocupación respecto a una estructura que, vista a escala mundial, puede que tenga tantos pastores ordenados detrás de escritorios como "ejerciendo el ministerio". Las batallas se ganan, señalan ellos, en las trincheras donde tiene lugar la acción, no en retaguardia, donde se trazan y aprueban los planes de batalla. Si bien es cierto que necesitamos desarrollar planes de batalla estratégicos, también es cierto que ninguna organización puede dañarse a sí misma mediante la proliferación ilimitada de la administración y la administración intermedia. En pocas palabras, demasiada organización podría en realidad frustrar la misión de la iglesia en vez de facilitarla.

La esencia del adventismo consiste en la misión de predicar el mensaje de los tres ángeles de **Apocalipsis 14: 6-12**, no en la misión de crear la estructura burocrática perfecta. El meollo del problema de la identidad en la Iglesia Adventista del Séptimo Día lo encontramos precisamente en



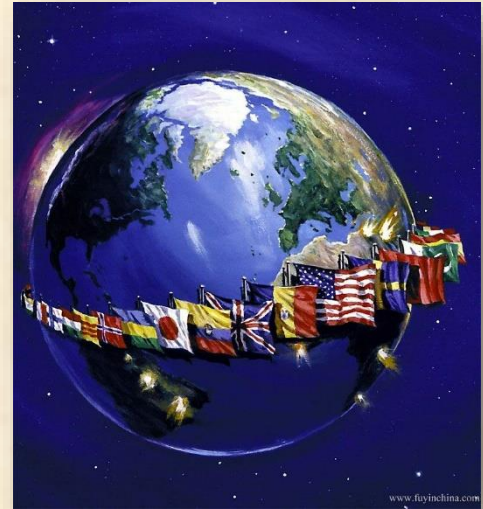


este punto. He planteado en otros escritos que la denominación ha ido adquiriendo su identidad de manera creciente a partir del tamaño y número de sus estructuras e instituciones más que de su misión (**Adventist Review, 14 de febrero de 1991, 810; Fat Lady and the Kingdom, 16-20**). Encontramos una cruel paradoja en esa crisis de identidad, puesto que la única función de la estructura e instituciones de la Iglesia debería ser facilitar el cumplimiento de la misión.

En otras palabras, las estructuras e instituciones no son fines en sí mismas, sino medios para un fin. Por lo tanto, deberían mantenerse sólo aquellas estructuras e instituciones que contribuyan al cumplimiento de la misión de la denominación de la manera más eficiente y efectiva. En armonía con el deseo de permanecer fiel a las doctrinas bíblicas de la iglesia y a la comisión mundial que le fue encomendada, el cambio progresivo hacia una misión más efectiva se halla en el centro mismo de la organización del adventismo de 1861-1863 y de su reorganización en 1901-1903. El cambio hacia la funcionalidad dentro de ese contexto es una virtud más bien que un pecado.

Pero en la base de la decisión de reorganizarse para la misión, en el contexto del Siglo XXI, hay una cuestión de valores. Barry Oliver lo expone muy bien cuando aduce que "es prerrogativa de la iglesia ...decidir si está dispuesta a mantener su dedicación a la misión global y a encontrar estructuras que faciliten más tanto el cumplimiento de su mandato como el regreso de Cristo, o centrarse en otro principio"...

El adventismo en el momento de su última reorganización importante tenía 78.000 miembros. Existía en un mundo sin aviones ni computadoras, y ni siquiera un sistema funcional de telefonía. La reorganización creada en 1901-1903 fue muy efectiva dentro del contexto de su época. Sin embargo, como otras organizaciones, el adventismo ha multiplicado el número de sus Departamentos y funcionarios hasta tal punto que para el último cuarto del Siglo XX tenía un exceso de altos cargos.



Si bien algunos podrán defender que lo único que hace falta es quitarle unos kilos de más a la denominación, otros recalcarían que una reestructuración significativa sería mucho mejor para facilitar su misión. Se ha sugerido que en vez de remodelar un sistema desarrollado en la era de los carruajes tirados por caballos, la mejor opción para el Siglo XXI sería reorganizarse para la misión según líneas que tengan en cuenta los medios de transporte y de comunicación modernos, así como aprovechar la gran diversidad de la iglesia en la misión de extenderse a un mundo diverso.

Las personas y negocios que se adaptan mejor a los masivos cambios internos y externos son los que están dispuestos a pensar creativamente al aplicar principios eternos a situaciones alteradas drásticamente. Uno de los escenarios más problemáticos que el adventismo podría crear para sí mismo sería confundir las estructuras y formas actuales con la única forma de hacer las cosas, o, peor aún, con la forma divina de hacer las cosas.

Afortunadamente, el adventismo no está atado a sus estructuras actuales. Las importantes investigaciones doctorales de Andrew Mustard y Barry Oliver han demostrado ampliamente que las estructuras organizativas actuales del adventismo no deben considerarse piezas rígidas. Por el contrario, las estructuras históricamente han dejado lugar para el desarrollo y la modificación al afrontar nuevas situaciones, siempre que se perciba que esos cambios están en armonía con los principios generales del orden bíblico. Tanto la organización de 1861-1863 como la reorganización de 1901-1903 tuvieron como meta primordial la funcionalidad para la misión.

Eso significa que no es correcto considerar las estructuras establecidas en aquellos momentos históricos como si fuesen aplicables necesariamente a todos los lugares y todos los tiempos. Por otro lado, es importante reconocer que aun cuando las estructuras en la superficie pueden alterarse, los principios subyacentes tienen validez permanente.

**George R. Knight, Nuestra Organización, Aliada o enemiga de la gran comisión, 191-195**

Encuentro mucho sentido a lo que plantea este autor en especial porque, por ejemplo, el cambio en la calidad de las comunicaciones ha reducido la necesidad de la presencia geográfica de administradores en el general de las organizaciones, sean estas estatales o privadas, sean de empresas productoras o extractivas o de empresas comercializadoras. No veo la razón para que no produzca un cambio en los



métodos de administrar una iglesia. Por otro lado, la tecnología ha abierto posibilidades increíbles (para el tiempo de los pioneros) de alcanzar a los no alcanzados, sin importar, casi, donde vivan. Las barreras del idioma, así como las geográficas, han casi desaparecido por el impulso de esta tecnología, cuya velocidad de cambio parece indetenible.

Por otro lado, nuestra tendencia a duplicar estructuras cada vez que una asociación se divide en dos coloca una carga cada vez mayor sobre la feligresía de la que se demanda cada vez mayor esfuerzo. También la pandemia ha abierto un campo de no presencialidad en las iglesias, lo que cuestiona si se necesita construir más templos, o tener un ratio constante de pastores por miembro de iglesia, cuando la tarea se ha vuelto cada vez más virtual. Aunque estas son más preguntas que respuestas, lo cierto es que es un tema para pensar... y para orar para que Dios nos muestre su voluntad y consejo.

#### 7.4. Estructura y eficiencia

Un aspecto por considerar es la relación entre la estructura y la eficiencia en la iglesia, tanto a nivel local como en la estructura eclesial superior. Una cosa que he aprendido hace muchos años es que la eficiencia de las organizaciones depende de las personas, aunque parezca una simpleza decirlo. Depende de su aptitud y de su actitud, en especial de esta última. La aptitud está vinculada a los conocimientos, experiencia y habilidades que posee una persona, mientras que la actitud depende mucho del sistema de liderazgo existente, así como de la personalidad y carácter del individuo. Podemos tener personas brillantes dentro de una organización, pero si el tipo de liderazgo es autoritario estas personas se limitarán a hacer lo menos que necesiten hacer para no ser penalizadas. Un liderazgo, en cambio, que propugne, estimule y nutra el trabajo en equipo hará que las personas utilicen todo su potencial, pues sienten que sus ideas, aun cuando fueran discrepantes, son apreciadas.

Evidentemente la actitud no es suficiente. Nadie aceptaría que le operara del corazón por mejor disposición que yo tenga. No basta con la actitud, pero se requiere que personas técnicamente aptas posean también la actitud adecuada. En muchas ocasiones en las estructuras superiores de la iglesia se eligen a personas para ocupar puestos para los que no están capacitados y que tampoco han ejercido antes, por lo que no tienen experiencia, al menos en posiciones similares. Se necesita, como ya hemos mencionado capacitar a los ministros y otros administradores para que posean los conocimientos necesarios para honrar a Dios con su trabajo. Pero también es importante que el estilo de liderazgo en todos los niveles promueva la participación y contribución abierta de las personas para optimizar los resultados.

##### 7.4.1. La iglesia local y su potencial contribución

Me gusta la cita siguiente en la que Ellen G. White se refiere a un gran líder como Nehemías. Ella sostiene que la “conducta seguida por este patriota hebreo para la realización de sus planes debiera ser adoptada por ministros y dirigentes”. Note que ella habla de los planes trazados por él, y que esto debería ser la forma de operar de “ministros y dirigentes”.

Se necesitan hoy hombres como Nehemías en la iglesia. No sólo hombres que puedan orar y predicar, sino hombres cuyas oraciones y cuyos sermones estén sostenidos con propósitos firmes y decididos. La conducta seguida por este patriota hebreo para la realización de sus planes debiera ser adoptada por ministros y dirigentes. Cuando han trazado sus planes debieran presentarlos a la iglesia en tal forma que ganen su interés y cooperación. Que la gente entienda los planes y participe en la obra, y entonces tendrá un interés personal en su prosperidad.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 142**

Además, ella resalta la necesidad que estos “planes debieran presentarlos a la iglesia en tal forma que ganen su interés y cooperación. Que la gente entienda los planes y participe en la obra, y entonces tendrá un interés personal en su prosperidad”. Esto me parece muy importante. No en todas las iglesias a comienzo del año se presenta a la iglesia, para su aprobación, los planes y presupuestos para que la iglesia conozca qué se desea hacer y con qué recursos financieros se espera contar. Tampoco se realizan estas reuniones administrativas para informar periódicamente, una vez al trimestre por lo menos, sobre el cumplimiento de los planes, así como el ingreso y salida de los recursos, usando indicadores adecuados. Muchos hermanos, por lo tanto, no están enterados de la administración de los líderes y tampoco se sienten comprometidos a aportar su cuota de sacrificio personal para que se logren los objetivos. Considero que lo que parece positivo para la iglesia local debería ser realizado por los campos para informar a sus miembros sobre la marcha de nuestras instituciones y de la porción eclesial en particular.

Por otro lado, todo miembro de iglesia debería contribuir con sus talentos al progreso de su obra, pues esta tarea no debe ser dejada solamente a los ministros. Ellen G. White sostiene que hay “una abundancia de talento en la iglesia que debe ser utilizado. Hay hombres y mujeres que tienen habilidades, y a quienes Dios aceptaría como obreros en su causa; pero ellos están rehuendo la



responsabilidad bajo la excusa de no tener la capacidad para realizar esta obra". Una de las tareas del ministro debe ser potenciar este talento desperdiciado, estimulando a los miembros a utilizar sus talentos para alcanzar a otros con el mensaje de salvación. También debe estimularlos a proponer, como hemos mencionado antes, métodos novedosos para alcanzar a otros y no pretender que sigan las ideas del ministro.

Muchos laicos no hemos participado como podríamos y ella exclama que "hay tanto trabajo que se deja sin hacer para Dios y por las almas porque es una cruz, y porque cada uno busca su propia complacencia, y trabaja por sus propios intereses egoístas". Soy un convencido que la iglesia debe aprovechar más el talento de los laicos y que estos deben adelantarse para ofrecer sus capacidades para engrandecer la obra.

En cada departamento de la causa de Dios hay abundantes oportunidades para los que trabajarán con el espíritu de humildad que caracterizaba al Maestro. De todas partes se oyen voces pidiéndonos ayuda. Los ministros solos nunca podrán hacer este trabajo. Hay una abundancia de talento en la iglesia que debe ser utilizado. Hay hombres y mujeres que tienen habilidades, y a quienes Dios aceptaría como obreros en su causa; pero ellos están rehuyendo la responsabilidad bajo la excusa de no tener la capacidad para realizar esta obra. Las damas que en el salón de belleza pueden entablar una conversación con un tacto maravilloso y presteza, evaden señalar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y entonces cuando se arrodillan en oración, suplican para que la luz brille en la mente y el corazón de esa alma preciosa por quien Cristo murió. ¡Oh, hay tanto trabajo que se deja sin hacer para Dios y por las almas porque es una cruz, y porque cada uno busca su propia complacencia, y trabaja por sus propios intereses egoístas!

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 170**

Un grave y tal vez no sospechado impedimento para el éxito de la verdad se halla en nuestras iglesias mismas. Cuando se hace un esfuerzo para presentar nuestra fe a los no creyentes, con demasiada frecuencia los miembros de la iglesia quedan indiferentes, como si no fuesen parte interesada en el asunto, y dejan que toda la carga recaiga sobre el predicador. Por esta razón, la labor de nuestros predicadores más capaces ha producido a veces poco fruto. Pueden predicarse los mejores sermones que sea posible dar, el mensaje puede ser precisamente lo que la gente necesita, y, sin embargo, no se ganan almas como gavillas que presentar a Cristo.

Cuando trabaje donde ya haya algunos creyentes, el predicador debe primero no tanto tratar de convertir a los no creyentes como preparar a los miembros de la iglesia para que presten una cooperación aceptable. Trabaje él por ellos individualmente, esforzándose por inducirlos a buscar una experiencia más profunda para sí mismos, y a trabajar por otros. Cuando estén preparados para apoyar al predicador con sus oraciones y labores, mayor éxito acompañará sus esfuerzos.

**Ellen G. White, El Ministerio Pastoral, 175, 176**

#### **7.4.2. La estructura superior diseñada por Dios**

No debemos dejar de reconocer que Dios ha bendecido a su pueblo guiando a nuestros pioneros a establecer modelos de organización que han permitido un gran crecimiento, aunque "tenemos pocos hombres ricos entre nosotros". El secreto es que hemos "avanzado bajo las órdenes del Capitán de nuestra salvación. Dios ha bendecido nuestros esfuerzos unidos. La verdad se ha difundido y ha florecido. Las instituciones se han multiplicado. La semilla de mostaza ha crecido hasta ser un árbol grande. El sistema de organización ha demostrado ser un gran éxito. Se adoptó la dadivosidad sistemática ...de acuerdo con el plan de la Biblia. El cuerpo ha sido "concertado y unido entre sí por todas las coyunturas". A medida que hemos avanzado, nuestro sistema de organización ha continuado demostrando su eficacia". No debiera pasar por nuestra mente el desconocer la conducción de Dios a este respecto.

Nuestra obra no fue sostenida por grandes donaciones o legados, porque tenemos pocos hombres ricos entre nosotros. ¿Cuál es el secreto de nuestra prosperidad? Hemos avanzado bajo las órdenes del Capitán de nuestra salvación. Dios ha bendecido nuestros esfuerzos unidos. La verdad se ha difundido y ha florecido. Las instituciones se han multiplicado. La semilla de mostaza ha crecido hasta ser un árbol grande. El sistema de organización ha demostrado ser un gran éxito. Se adoptó la dadivosidad sistemática ...de acuerdo con el plan de la Biblia. El cuerpo ha sido "concertado y unido entre sí por todas las coyunturas". A medida que hemos avanzado, nuestro sistema de organización ha continuado demostrando su eficacia.

Que nadie albergue el pensamiento de que podemos prescindir de la organización. La erección de esta estructura nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en demanda de sabiduría, que sabemos que Dios ha contestado. Ha sido edificada por su dirección, a base de mucho sacrificio y conflicto. Que ninguno de nuestros hermanos esté tan engañado como para intentar derribarla, porque así crearíais una situación en la que ni siquiera soñáis. En el nombre del



Señor os declaro que la organización ha de permanecer, fortalecida, establecida, fijada. A la orden de Dios, "Avanzad", hemos avanzado cuando las dificultades que debían superarse parecían imposibilitar el avance. Sabemos cuánto ha costado poner por obra los planes de Dios en lo pasado, los planes que han hecho de nosotros como pueblo lo que somos. Sea, pues, cada uno de nosotros sumamente cuidadoso para no confundir las mentes con respecto a las cosas que Dios ha ordenado para que tengamos prosperidad y éxito en hacer avanzar su causa.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 27, 28**

Esto no quiere decir que no sea posible perfeccionar lo hasta aquí realizado o a encontrar la mejor forma de utilizar los mejores medios que el avance de la ciencia nos ofrece hoy. El inicio de la cita siguiente siempre me ha emocionado; por una lado, por la necesidad que tenemos de seguir confiando en el Líder, y por otro, no olvidar lo que el Señor ha hecho a pesar de nuestras limitaciones.

Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que Dios ha hecho, me siento llena de asombro, y confianza en Cristo como nuestro líder. No tenemos nada que temer por el futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido.

Podemos ser ahora un pueblo fuerte, si ponemos nuestra confianza en el Señor; porque estamos manejando las grandiosas verdades de la Palabra de Dios. Tenemos todas las razones para estar agradecidos. Si andamos en la luz de los vivientes oráculos de Dios tal como brilla sobre nosotros, tendremos grandes responsabilidades, en correspondencia con la gran luz que Dios nos ha dado. Tenemos muchos deberes que realizar, porque hemos sido hechos depositarios de la verdad sagrada que debe ser dada al mundo en toda su hermosura y su gloria. Hemos contraído con Dios la deuda de usar toda ventaja que él nos ha confiado para hermostrar la verdad por la santidad del carácter, y para proclamar los mensajes de amonestación, consuelo, esperanza y amor a los que están en las tinieblas del error y del pecado.

**Ellen G. White, Testimonios para los Ministros, 31**

#### **7.5. Los ministerios independientes**

El tema de los ministerios independientes siempre ha sido una preocupación para la iglesia. Aunque me gustaría hacer una diferenciación entre un ministerio independiente y uno autónomo, entiendo que el problema no es el uso de los términos sino en la actitud de los ministerios frente a la organización oficial de la iglesia. He encontrado un material muy valioso en un libro de Edgardo D. Iourno, un prolífico y muy sensato autor, doctor en teología entiendo, que me permite citar aquí y que encontraría muy difícil no concordar con él en su visión sobre este tema.

Pero permítame definir antes lo de autónomo o independiente. Yo considero que tengo un ministerio autónomo, pues no dependo de la estructura de la iglesia, y no solicito recursos de la organización, ni de ningún hermano para sostenerlo, lo hago con mi tiempo y mis recursos. Pero al mismo tiempo respeto a la organización oficial de la iglesia y me considero ortodoxo con respecto a la doctrina de la iglesia. Me parece que esta es la forma es cómo deberían proceder aquellos que desean apoyar a la iglesia en su amplia tarea de cumplir la misión.

El problema es de aquellos ministerios independientes que atacan a la iglesia, se oponen a la organización y sus líderes, a la doctrina de la iglesia, y buscan desviar los recursos (incluyendo los diezmos) hacia ellos, lo que se convierte muchas veces en un medio de vida que Dios no puede aprobar. Estos ministerios intentan atraer a los miembros para abandonar la iglesia y unirse a estos ministerios.

Los Adventistas del Séptimo Día (ASD) generalmente realizan su misión a través de la estructura organizada de su iglesia, la cual consiste en iglesias, asociaciones/misiones, uniones, divisiones y la Asociación General. Parte de esta estructura también son sus instituciones: hospitales, escuelas, casas publicadoras, estaciones de radio y televisión, entre otras.

En adición, un grupo de ministerios de apoyo (MA) han surgido de tanto en tanto cuyo propósito declarado es asistir a la Iglesia Adventista del Séptimo Día (IASD) en el cumplimiento de su misión. Sin embargo, éstos funcionan fuera de la estructura regular de la iglesia. La iglesia ha sido ricamente bendecida por estos ministerios de apoyo: cumplen una tarea que la iglesia no puede hacer a causa de limitaciones financieras y de personal. Estos ministerios operan en armonía con la iglesia organizada.

En un pequeño número de casos, sin embargo, ciertas organizaciones privadas operan con intereses cruzados con la iglesia.

1. Buscan erigir una "iglesia dentro de otra iglesia".
2. Acusan a la iglesia de apostasía de la fe histórica.



3. Acusan al liderazgo denominacional de apostasía.
4. Las diferentes acusaciones mellan la confianza de la hermandad en la organización, logrando que se desvíen diezmos hacia estos ministerios independientes.

La filosofía de estos movimientos recién mencionados comenzó a gestarse con M. L. Andreasen, un ex profesor de seminario y el padre del perfeccionismo moderno, quien comenzó a acusar al liderazgo de la iglesia por enseñar en el libro Questions on Doctrine lo que él denominó una "nueva teología anti adventista". Al no encontrar la respuesta que esperaba del liderazgo, difundió sus críticas por las iglesias entre 1957 y 1960. Su actitud belicosa hacia el liderazgo de la Asociación General estableció el tono de los así llamados "ministerios independientes" (MI), que asumirían una postura similar desde fines de la década del '80. Aunque, vale decirlo, Andreasen no llegó tan lejos con sus críticas, negándose a liderar un grupo rebelde cuando se lo propusieron, algunas de las semillas teológicas y concretas de su rebelión germinaron tres décadas después.

Varios factores provocan el florecimiento de diferentes MI.

1. El gran crecimiento de la iglesia hace que también crezca el número de opiniones diversas.
2. El crecimiento de la iglesia demanda mayor actividad y por lo tanto los errores también aumentan.
3. La información fluye como nunca antes.
4. Mundanalidad en la iglesia.
5. Falta de énfasis en nuestros mensajes distintivos.

Los promotores de los Movimientos Independientes en lugar de efectuar contribuciones positivas suelen amenazar los fundamentos y por ende la misión de la iglesia. Ellos ven su razón de ser en llamar a la iglesia a una posición más elevada, lo cual es necesario. Pero el efecto frecuente de sus actividades es el de dividir y debilitar a la iglesia en lugar de fortalecerla.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
5-9**

La crisis generada con la publicación de Questions on Doctrine en 1957, en mi opinión no manejada adecuadamente por la iglesia, al no sostener con mayor precisión y difusión la doctrina, ha dejado un espacio para estos movimientos que han llenado este mediante Internet y las redes sociales, donde la iglesia no se ha distinguido por su adecuada utilización.

Note el perfil que señala Iourno de los líderes de este movimiento y la metodología que utilizan para alcanzar a los miembros tal vez menos informados, en especial, aunque no únicamente, en el tercer mundo. La iglesia no ha sabido defenderse frente a esto por su renuencia a señalar con nombre y apellido a los disidentes que penetran en los hogares de los hermanos de iglesia como si fueran pastores o laicos reconocidos por la iglesia oficial. En alguna ocasión hemos tenido que negar el púlpito a pastores disidentes que habían conseguido que algún dirigente local poco informado los haya invitado. Por si acaso, esto ocurrió en una de las iglesias de más alto nivel educativo, social y económico de mi país.

El perfil de las personas enroladas en estos ministerios es:

1. Rehúsan subordinarse a quienes tienen posiciones de autoridad en la iglesia.
2. No se someten a la disciplina, el sistema o el orden.
3. Son celosos en extremo.
4. No toleran ni la más leve contradicción, requieren que sin cuestionamientos se reconozcan sus reclamos. Hacen de sus propias ideas y nociones un criterio de norma.
5. Hablan de su propia perfección con satisfacción.
6. Se arrojan el derecho divino de decir quién será salvo, y haciendo qué.
7. Tienen "comezón de oír": les gusta encontrar algo extraño, maravilloso, nuevo.

Mel Matinyi ha registrado con brevedad y exactitud el modus operandi que emplean los Movimientos Independientes en países del tercer mundo:

1. Envían miles de materiales gratuitos: casetes [ahora CDs], panfletos, revistas y libros, a pastores y creyentes. Muchos de éstos no pueden adquirir literatura publicada por editoriales oficiales, de manera que consumen sólo las publicaciones obsequiadas por estos grupos, y luego las comparten o predicán en base a ellas.
2. Los feligreses no están al tanto de las circunstancias que ocurren en las juntas de la Asociación General, por lo cual son presa fácil.
3. Emisarios de estos Movimientos Independientes ofrecen estudiar escritos de Elena G. de White (EGW) en las casas de miembros de iglesia, en privado porque, según dicen, los líderes no desearán que ellos conozcan la verdad.



4. Las citas de EGW son seleccionadas y citadas de acuerdo con la perspectiva doctrinal del grupo. Los miembros no tienen manera de chequearlas ni comprobarlas.
5. Los pastores, en la mayoría de los casos, atienden varias iglesias, quedándoles poco tiempo para nutrirlos y pastorearlos.
6. Una vez que la iglesia local y el pastor ha tomado conocimiento, han pasado varias semanas y la semilla de división germinó, convirtiéndose los miembros afectados en hostiles y combativos.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
10-12**

El negativo efecto financiero de estos movimientos en la iglesia es conocido, pues en muchos casos poseen recursos mayores a los que disponen las asociaciones o misiones locales. Insisto en que la iglesia debe trazar una línea clara con aquellos ministerios que socaban la unidad de la iglesia y roban, sí esa es la palabra adecuada, los recursos del Señor.

En un estudio publicado hace una década, una comisión nombrada por la División Norteamericana también analizó el fenómeno detectando lo que denominaron "una iglesia dentro de otra". Se llegó a tal conclusión luego de observar los siguientes rasgos y prácticas:

1. Liderazgo con autoridad propia.
2. Organización de congregaciones locales.
3. Reuniones campestres paralelas.
4. Ordenación de ministros.
5. Bautismos de conversos.
6. Recepción de fondos.

Un preocupado administrador eclesiástico de Estados Unidos añade alguna información adicional acerca del desarrollo de las actividades de estos grupos. Declara que los Movimientos Independientes hacen circular materiales críticos con el fin de minar la confianza de la hermandad en la organización de la iglesia, luego de lo cual logran captar sus diezmos. Tan grave es la situación que los fondos retenidos ascendieron a US\$ 8.000.000 en el año 1992, lo cual derivó en ajustes presupuestarios en la Asociación General, siendo afectadas algunas asociaciones norteamericanas al punto de tener que reducir en un tercio sus obreros.

La mezcla entre piedad y crítica es subrepticia. Trazan una línea en la arena y apelan a su audiencia a elegir en quién confiará, en la iglesia o en su organización privada.

El grupo más vulnerable a sus ataques es el de los recién conversos y jóvenes, aunque también sacude la fe de líderes locales.

Si éste fuera un conflicto lejano a Sudamérica, de todas maneras, merecería su estudio en estas latitudes. F. Canale puntualiza que "pertenece a una hermandad mundial. Lo que pasa en otras partes del mundo adventista forma parte de nuestra familia... Una característica esencial del liderazgo es la capacidad de anticipar los obstáculos a fin de maximizar la unidad y la misión de la iglesia".

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
12-15**

Iourno también reconoce que este problema, un monstruo del mil cabezas, no ha sido atacado o enfrentado efectivamente por la iglesia. Discrepo si que el asunto sea tratado en el campo teológico únicamente, pues me parece que se requiere identificar a los ministerios que hacen esto, a sus dirigentes, así como difundir con la suficiente amplitud todos estos aspectos para que la hermandad sepa diferenciar con claridad la fuente correcta y oficial de la iglesia.

Por carecer de un paradigma bíblico que evalúe la fidelidad de los tales, se genera confusión e incertidumbre entre los miembros de iglesia, líderes y pastores acerca la actitud que se debe asumir ante ellos.

De acuerdo con la observación de líderes adventistas de diferentes niveles, el problema aún no ha sido confrontado acertadamente. No obstante, otros avizoran una manera de hacerlo, construyendo una respuesta en el terreno teológico en el cual se arraigan las principales diferencias.

Si esta obra queda inconclusa, el resultado es que "los miembros se desilusionan de la iglesia de Dios, pueden retirar su compromiso personal y apoyo financiero, con el resultado de que la iglesia se verá debilitada en los intentos de completar su misión". De allí que la tarea de confrontar



teológicamente con estos ministerios es una obra que debe ser hecha sin dilación. Como advierte **S. Scholtus** acerca de cualquier conflicto con movimientos disidentes, "no se debe dejar que avance porque es difícil de erradicar si no se está atento a su surgimiento y crecimiento".

Ante la situación planteada se impone la necesidad de un paradigma bíblico que evalúe los ministerios independientes, determine la "frontera" entre ministerios independientes de apoyo y de crítica y establezca cuál debe ser la relación apropiada de los tales con la iglesia organizada.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
15-18**

Hace muy bien este autor, en diferenciar, como hace Jesús, entre aquellos que están difundiendo el mensaje correcto de aquellos que no lo hacen. La cita bíblica siguiente es muy importante para no caer en la censura de todo aquél que no posee un registro oficial, o que pueda estar utilizando un método o medio diferente. Pienso que en este sentido la actitud de la iglesia debe ser de estudiar a estos ministerios, al menos desde el punto de vista doctrinal, del uso de recursos financieros, y de su posición antagónica a la estructura formal de la iglesia y sus líderes. No todo el que ofrece una visión crítica de la forma en la que opera la iglesia es un enemigo.

Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: no se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

**Marcos 9: 38-41**

Es probable que **Marcos** pretendiera enseñar a su audiencia, mayormente compuesta de discípulos que no hablan caminado con Jesús, qué significaba en verdad ser discípulo. En este sentido el incidente de **9: 38-41** es especial, porque le permitió enfatizar que discípulo no es aquel que camina con el Maestro, sino el que vive bajo sus ideales y realiza sus obras. No es imprescindible la presencia física inmediata de Jesús para participar de su poder. Como el exorcista anónimo, todo discípulo fiel puede esperar la dotación habilitadora del Espíritu de Dios al llevar adelante la misión que le encomendó. El que lleva adelante la misión como Jesús lo hubiera hecho en su lugar, confiando en Él, puede esperar su poder y el éxito que lo acompaña.

El exorcista identificado y comprometido con Jesús lo sigue como un siervo, y en ello... califica con precisión en qué consiste el discipulado de este hombre, un discipulado como que el de los Doce en aquel momento.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
60, 61**

La actitud de los discípulos hacia el exorcista anónimo debiera haber sido al menos neutral, ya que cualesquiera hubiere sido la intención del exorcista su accionar no podía ser sino amigable. El significado espiritual de una ayuda ofrecida a un hermano en el favor de la causa de Jesús trasciende el valor material de la ayuda. Una copa de agua puede ser juzgada digna de eterna recompensa. Si aun el mínimo servicio hecho en el nombre de Cristo será recompensado; ¡cuánto más un exorcismo hecho en su nombre!

Las palabras de Jesús son un reproche a la ciega exclusividad y arrogante presuposición de que las acciones de Dios en el mundo se limitan a las formas que son familiares.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
131, 132**

La perícopa [denominación de cada uno de los pasajes o fragmentos de la Biblia que han adquirido gran notoriedad por leerse en determinadas ocasiones del culto religioso o liturgia] en **Marcos 9: 38-41** revela que Jesús no admite incompatibilidad en el hecho de que un hombre, rechazado por Juan por ser un exorcista sin seguir a los Doce, puede ser un exorcista y al mismo tiempo estar "a nuestro lado".

¿Por qué Jesús recibe a quienes los discípulos en un primer momento rechazan? ¿En qué radicaba la diferencia? La clave está en capturar el concepto neotestamentario de comunión.

La palabra comunión se traduce de la palabra griega koinonion que significa "tener en común con, compartir". La base de la comunión humana es tener una naturaleza común. Un artista y un minero no tienen comunión porque no tienen una naturaleza común, pero dos artistas si la tienen,



porque sus naturalezas son las mismas. Lo mismo ocurre en la relación del hombre con Dios. Si un hombre ha de tener comunión con Dios debe tener una naturaleza común a Él. Ama lo que Dios ama y odia lo que Dios odia.

Dado que Jesús entendía comunión precisamente en el sentido de tener iguales metas, sentimientos y opiniones acerca de las cosas, acepta al exorcista como uno de los suyos, más allá de que no formara parte del grupo de los Doce. Este hombre manifiesta una naturaleza común a Jesús porque odia lo que él odia, luchando contra el mal del lado del Señor. Para los discípulos comunión equivalía a compañerismo. Pero para Jesús comunión sobrepaja compañerismo. Puede haber comunión con la iglesia en la misión sin haber proximidad.

Se hace evidente incluso en la redacción marcana que los Doce no son estrechamente concebidos como un grupo selecto. Un círculo mayor es ya avizorado. Son aparentemente distinguidos de los Doce, pero el más llano significado del episodio en **9: 38-41** es proveer un reproche a los Doce por ser tan estrictamente exclusivistas de su propio grupo. El mensaje de Marcos a su audiencia gentil es alentador; ¡Jesús ya los tenía presente mientras caminaba con los Doce!

Pero el pasaje no se agota en ello. Además, aporta material con el cual modelar la actitud del cuerpo para con aquellos que ayudan en la misión.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
133-135**

Con meridiana claridad Iourno sostiene que no todos los ministerios de apoyo a la iglesia debían ser prohibidos por no haber nacido en la estructura formal. En realidad, muchas de las iniciativas para crear un ministerio autónomo son generadas porque la estructura formal de la iglesia se mueve muy lentamente para cubrir lo que es necesario para cumplir con la misión. Por ejemplo, si hubiera tenido que pedir la autorización de la iglesia para iniciar mi ministerio (en unos 6 años me han leído unas 120.000 personas solamente en Academia.edu) hasta ahora estaría esperando. La proliferación de este tipo de ministerios es evidente porque hay 700 veces más laicos que ministros (este es un cálculo redondo, por si acaso) por lo que es lógico que tengan una mayor capacidad de generar iniciativas para llevar el mensaje a otros, además de estar más libres de las ataduras organizacionales.

Por ende, se excluye la posibilidad de prohibir. Los sentimientos expresados por Juan no nacen necesariamente de una dura y estrecha intolerancia. Pueden surgir de muy buenas fuentes: de la lealtad, del deseo de conservar sin corrupción la verdad proclamada, de un férreo sentido de la necesidad de unidad y organización. Pero como una regla, prohibir a quienes no nos siguen puede provenir de:

1. Falta de confianza en la verdad, intentando sostenerla porque no se cree que resista embates.
2. Lealtades confundidas, lealtad al medio antes que, al fin, a la organización antes que al evangelio al cual la organización sirve, a la institución antes que a Dios, a lo regional antes que a lo universal.

Existen muchas personas más distinguidas por su tenacidad que por su sabiduría en discernir lo que requiere de su tenacidad.

La réplica de Jesús es atemporal. El reino de Dios tiene las dimensiones de Dios mismo. Aquellos que obran para Jesús pertenecen a Él, y no deben ser obstaculizados.

Una actitud de feliz reconocimiento, dondequiera que aparezca, no significa una reducción de la fe a algún común denominador de todas las creencias. El mundo no será salvado por una masa de confusión. Sosteniendo la fe en Jesús como poder y sabiduría de Dios, se debe tener mente y visión hospitalaria.

Cuando ajenos a la iglesia predicán las grandes verdades cristianas, y no se oponen a ella, aunque no se los siga ni ellos se reúnan al cuerpo, se debe permitir su actividad antes que prohibirla sin evaluación.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
138-140**

Soy de la idea que las asociaciones deberían encargar a algunos administradores la responsabilidad de promover estos ministerios autónomos proveyendo apoyo técnico, y una base de principios de comportamiento, para que se pudiera alcanzar a cada vez más personas, como hacen, por ejemplo, las





asociaciones de empresarios y profesionales adventistas en el mundo. En adición, no todos los ministerios que pudieran surgir caerían en el campo teológico, sino que podrían enfocarse en el servicios las comunidades en medio de las cuales nos movemos, considerando, por supuesto, todas las diferencias culturales que pudieran existir.

Retornando al caso presentado por **Marcos** el autor hace una diferenciación entre la tolerancia ideológica (que yo pienso que no puede existir cuando se trata de defender la verdad) y la tolerancia misiológica que tenía que ver con una actividad que realizada este hombre en apoyo de la misión de la iglesia. Esta diferenciación puede ser útil para tratar con ministerios que sirven a la comunidad sin penetrar en el campo teológico. Aunque debo reconocer que la palabra tolerancia no me gusta, pues parece referirse a una concesión de alguien sobre lo que corresponde realmente un derecho, entiendo el propósito del autor en presentar este caso.

Aunque **W. Barclay** [William Barclay, Comentario al Nuevo Testamento] supone que **Marcos 9: 38-41** se refiere a la tolerancia ideológica, en verdad se trata de la tolerancia misiológica. Jesús enseña a los discípulos a tolerar la actividad del individuo en cuestión, no sus enseñanzas, porque este hombre no estaba enseñando sino actuando al expulsar demonios.

No obstante, aunque referidas a la tolerancia de quien piensa diferente, las ideas de Barclay son válidas con respecto a la tolerancia para con quien sirve de manera distinta. Lo que es cierto acerca de la verdad es igualmente correcto acerca de la misión:

Es necesario recordar que la verdad siempre es mayor que aquel que la capta o proclama. El fundamento de la tolerancia no es la perezosa aceptación de todo lo que sea. No es el sentimiento de que no podemos estar seguros de nada. El fundamento básico de la tolerancia es sencillamente el reconocimiento de la magnitud de la orbe de la verdad. La intolerancia es señal tanto de arrogancia como de ignorancia, porque es señal de que se cree que no hay más verdad que la que uno abarca [Comentario Bíblico Adventista, Tomo 5, Marcos 9: 39].

Verdad y misión, ambas proceden de Dios y por lo tanto son extensas como su Autor. Reconocer esta realidad despierta la tolerancia.

Debe afirmarse, por otra parte, que el hecho de que este relato no es una mera producción de la comunidad cristiana se advierte en que la creación de un principio de tolerancia tal difícilmente hubiera podido ser atribuido a la iglesia primitiva, que luchaba por conciliar cristianos de diferentes orígenes. Es un llamado a la generosidad en nuestra estima de los demás, digno de la inspiración divina.

Jesús (**Marcos 9: 38-41**; **Lucas 9: 49, 50**) y Pablo (**Filipenses 3: 15, 16**) demostraron tolerancia hacia quienes pensaban diferente de la norma en pensamiento o lealtad de grupo. Cuando los oponentes difieren de Pablo personalmente (**Filipenses 1: 15-18**), él puede ser conciliatorio. La lealtad a Cristo y la esencia del evangelio hace la diferencia.

Sin embargo, la tolerancia al igual que la lealtad, tiene sus límites y éstos también son provistos por el relato. **Marcos 9: 39, 40** es un precepto acerca de la tolerancia; pertenecer a un grupo no es una prueba adecuada de discipulado. Pero **Mateo 12: 30** es un correctivo que evita el abuso de este principio; pertenecer a Jesús es esencial.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar, Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día, 141-144**

**El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.**

**Mateo 12: 30**

La cita del Espíritu de Profecía a este respecto me parece muy ilustrativa pues señala que en su celo los discípulos “debían tener cuidado de no desalentar a esas almas. Cuando Jesús ya no estuviese personalmente entre ellos y la obra quedase en sus manos, no debían participar de un espíritu estrecho y exclusivista, sino manifestar la misma abarcante simpatía que habían visto en su Maestro”. Debemos permitir que quienes (a nuestro limitado criterio) no piensen u obren “en todas las cosas conforme a nuestras ideas y opiniones personales” puedan trabajar para Dios de acuerdo con lo que el Espíritu Santo pueda impulsarlos, pues cada “alma a la cual Dios ha hecho voluntaria es un conducto por medio del cual Cristo revelará su amor perdonador”, y su esfuerzo e interés debería ser alentado y apoyado por sus hermanos y líderes.

Ninguno de los que en alguna forma se manifestaban amistosos con Cristo debía ser repelido. Había muchos que estaban profundamente conmovidos por el carácter y la obra de Cristo y cuyo corazón se estaba abriendo a él con fe; y los discípulos, que no podían discernir los motivos, debían



tener cuidado de no desalentar a esas almas. Cuando Jesús ya no estuviese personalmente entre ellos y la obra quedase en sus manos, no debían participar de un espíritu estrecho y exclusivista, sino manifestar la misma abarcante simpatía que habían visto en su Maestro.

El hecho de que alguno no obre en todas las cosas conforme a nuestras ideas y opiniones personales no nos justifica para prohibirle que trabaje para Dios. Cristo es el gran Maestro; nosotros no hemos de juzgar ni dar órdenes, sino que cada uno debe sentarse con humildad a los pies de Jesús y aprender de él. Cada alma a la cual Dios ha hecho voluntaria es un conducto por medio del cual Cristo revelará su amor perdonador. ¡Cuán cuidadosos debemos ser para no desalentar a uno de los que transmiten la luz de Dios, a fin de no interceptar los rayos que él quiere hacer brillar sobre el mundo!

**Ellen G. White, El Deseado de Todas las Gentes, 405**

El concepto con el que la Asociación General entiende "que una organización independiente queda calificada por su aporte a la misión de la IASD" me parece adecuado, pues si los que participan "contribuyen al apresuramiento del regreso del Señor debieran ser apoyados y fortalecidos". La Asociación General comprende que "es perjudicial para la iglesia intentar poner cada iniciativa creativa en una caja administrativa"; por lo que el "liderazgo, en consecuencia, da la bienvenida a grupos que se involucran en evangelismo de diferentes maneras y están en armonía con las doctrinas y objetivos de la iglesia".

Tampoco esta actitud debe entenderse como un cheque en blanco pues es "peligroso si los ministerios interpretan su independencia como significando que sólo deben responder ante el Señor. Eso se convierte destructivo". Por esta razón me gusta más decir que son ministerios autónomos y no independientes.

Los administradores de la Asociación General entienden que una organización independiente queda calificada por su aporte a la misión de la IASD. "Todos los miembros, líderes y organizaciones que contribuyen al apresuramiento del regreso del Señor debieran ser apoyados y fortalecidos". La organización se siente aliviada en cierta medida y dispuesta a respetar la autonomía de ellos, puesto que "aparte de la envergadura e incapacidad de administrar [toda la obra hecha por los ministerios de apoyo]... es perjudicial para la iglesia intentar poner cada iniciativa creativa en una caja administrativa". Para estas organizaciones el hecho de ser organizaciones independientes es sólo un asunto de función y estatus legal, no de misión.

Por otra parte, se comprobó que alentarlos no va en detrimento de la estabilidad financiera de la organización.

El liderazgo, en consecuencia, da la bienvenida a grupos que se involucran en evangelismo de diferentes maneras y están en armonía con las doctrinas y objetivos de la iglesia.

Pero esta actividad no está exenta de riesgos. "Es peligroso si los ministerios interpretan su independencia como significando que sólo deben responder ante el Señor. Eso se convierte destructivo". Y si atraen de alguna manera a los críticos, pueden derivar en la tendencia insana de la excesiva independencia. El equilibrio en la independencia debe ser cuidadosamente vigilado. La independencia en los métodos no debe virar a independencia de la organización.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
152-154**

Algunos ministerios independientes se caracterizan como "ministerios de reforma" lo cual no está mal pues la iglesia requiere de reavivamiento y reforma, pero el hecho es que se convierten en jueces de la organización cuando esta no está dispuesta a ser o hacer lo que estos movimientos le señalan con cierta obcecación.

Esto es un peligro pues los supuestos reformadores (que podrían tener razón en algunos aspectos) se transforman a veces en críticos acerbos de la organización, o algunas de sus ramas (publicaciones, salud, educación...) y se enfrentan a los administradores, o lo que es peor se convierten en una fuente de desunión doctrinal. Me considero como un escritor crítico (recuerda la definición que hice sobre la crítica) pero deseo de todo corazón que la Iglesia Adventista del Séptimo Día que es la iglesia remanente, y la última iglesia que el Señor ha llamado para la obra del tiempo final, iglesia a la que amo y donde está mi esposa, mis hijas, yernos y nietos, tenga el éxito en el cumplimiento de la misión que Dios espera. Este deseo se traduce en recomendar métodos mejores para la gestión de la iglesia, o de los proyectos de desarrollo o evangelismo, pero nunca en debilitar a la iglesia o a los que la dirigen.

Tanto Hope International como Hartland Institute, dos de los Movimientos Independientes más representativos, pueden ser llamados "ministerios de reforma" más que "ministerios de alcance". Esta es una actividad loable, puesto que la iglesia continuamente necesita reforma. Pero,



según entiende la Asociación General, los "reformadores" a veces se vuelven obsesionados con unos pocos puntos que creen importantes. Y en el caso de que la iglesia no acepte inmediatamente sus mensajes, lo ven como una señal de rechazo e insensibilidad a la voz de Dios.

Una cantidad de grupos e individuos sienten la carga de proclamar lo que ellos denominan "el testimonio decidido". Algunos creen que han sido designados por Dios para llevar ese mensaje a quien fuera donde fuera.

A lo largo de la historia se ha tenido que lidiar con dos extremos: una tendencia a ignorar o excusar el mal, y el celo desmedido que ello conlleva. Lo cierto es que si ese testimonio sólo añade mayor carga al que las lleva, no es útil.

R. Figuhr, uno de los que administró la crisis entre la Asociación General y M. L. Andreasen, luego de finalizado el conflicto reflexionó:

Es desafortunado que algunos tomen la posición de que, si sus opiniones no son aceptadas, los hermanos entonces están equivocados; y es un doble error para una persona comenzar a difundir sus posturas en un esfuerzo por forzar su aceptación. Cuánto mejor es dejarle a Dios la corrección de las equivocaciones una vez que nos hemos acercado de la manera adecuada... Frecuentemente somos tentados como Pedro a desenvainar la espada para defender lo que creemos que es correcto. Los resultados más comunes son confusión y prejuicio a la obra que amamos... La oración es una poderosa espada en las manos del cristiano fiel... [Dios] responderá en su propia manera divina.

**Edgardo D. Iourno, Reunir o desparramar,  
Ministerios de apoyo y ministerios independientes en la Iglesia Adventista del Séptimo Día,  
154-156**

Dios le bendiga.